

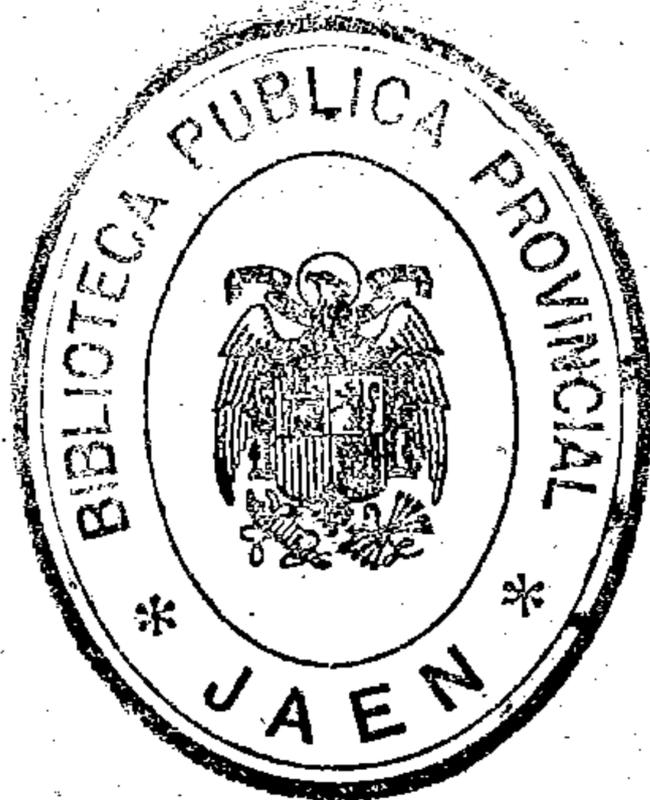
B-34

2057

LA
CIVILIZACION

EN LOS

CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTANISMO



007
CAS
CIV

D

Es propiedad.

4875

LA
CIVILIZACION

EN LOS
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES
PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

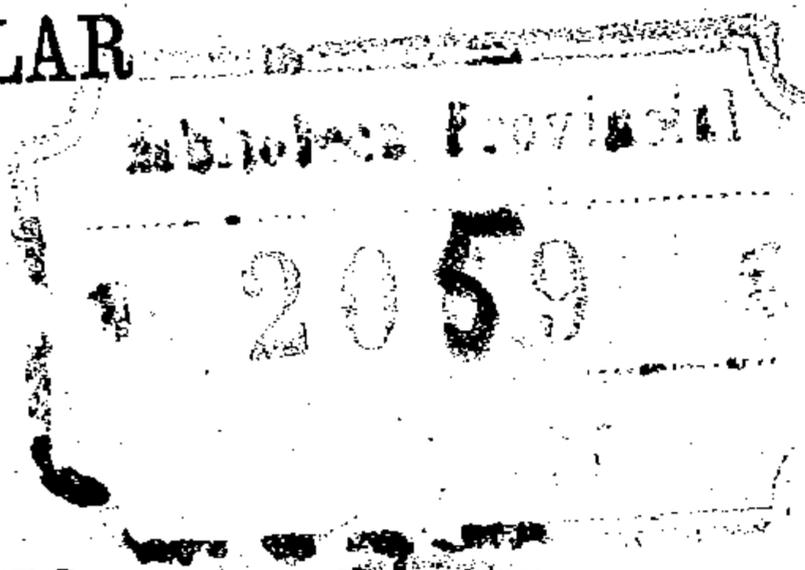
—
POR
EMILIO CASTELAR

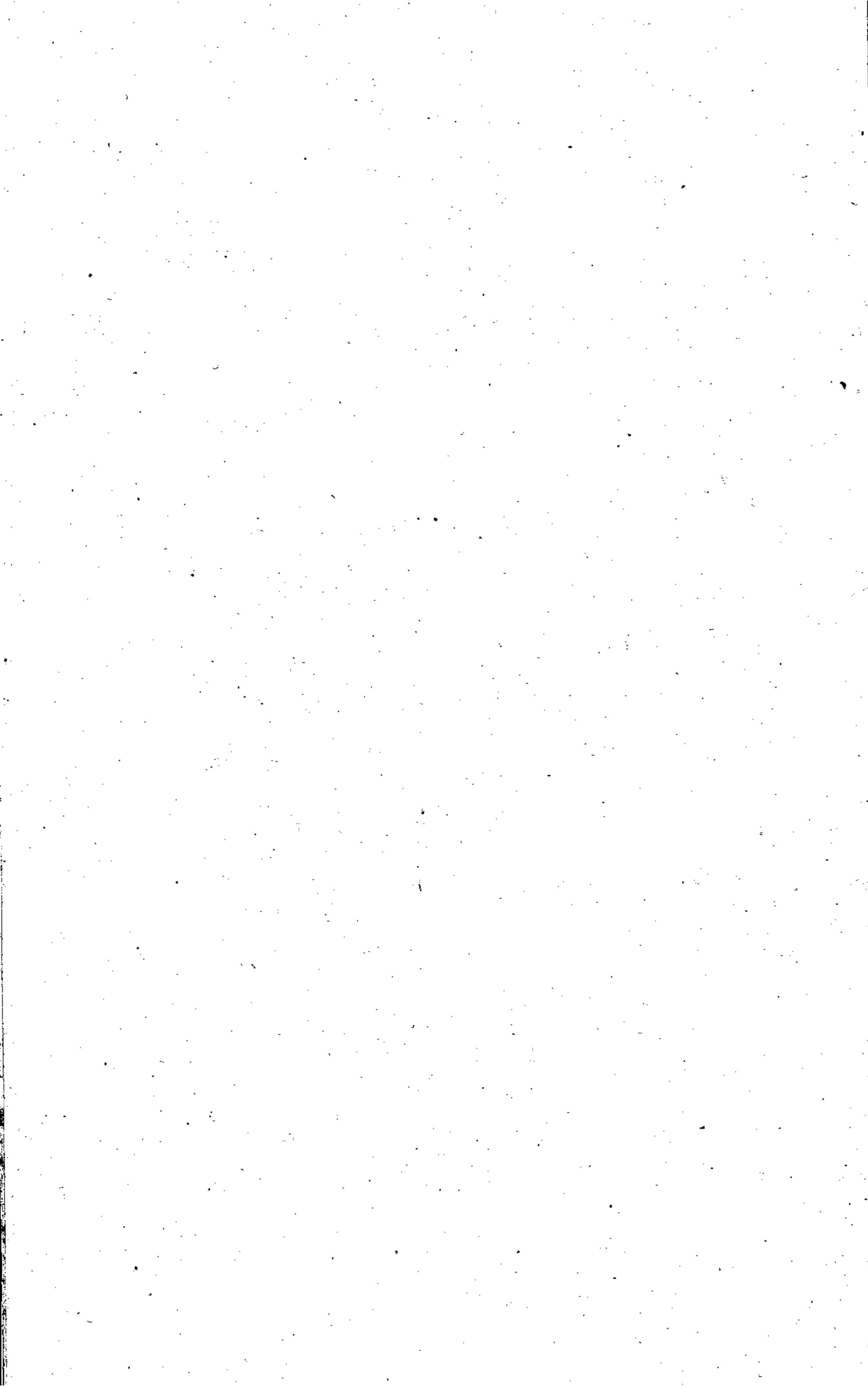
—
TERCERA EDICION
—

TOMO CUARTO

MADRID :
EDITORES: A. DE SAN MARTIN Y AGUSTIN JUBIA
Puerta del Sol, 6; Carretas, 39, El Libro de Oro,
y calle de la Bola, núm. 3.

1876







DECADENCIA DEL IMPERIO

Y PROGRESOS DEL CRISTIANISMO.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Ya que es preciso, dado el compromiso forzoso que me he impuesto de hablar y el voluntario que os habeis impuesto de escucharme, y que yo agradezco tanto más cuantos menos méritos encuentro en mí que lo abone, contemos esta triste, esta larga, esta universal decadencia del Imperio romano, y las promesas de rehabilitacion y las esperanzas de progreso que traia en su inmortal doctrina el Cristianismo. En la anterior leccion, con tanta benevolencia escuchada, ofrecí en pocos rasgos la vida toda del siglo segundo, más con el objeto de conmoveros con sus ejemplos que con el de adoctrinaros con sus enseñanzas, porque de antiguo sé que nada podria yo deciros que os fuese de provecho; y así presenté con todo el cui-

dado que me consintiera la escasez de mis fuerzas, el gnosticismo consumiéndose en el trono de Roma; los estóicos en lucha con este elemento extraño al carácter romano; la victoria de las ideas de los filósofos que parecían tan débiles, sobre las armas de los pretorianos que parecían tan fuertes; los principios metafísicos del estoicismo que daban conciencia del espíritu universal á la sociedad, tan en armonía con la universal civilización latina, y sus principios morales que predicaban la igualdad natural de los hombres y la justicia; los caracteres que el estoicismo revistiera, según las épocas, ora de lucha, ora de protestas, ora de aquella organización poderosa que le dió la victoria; las enseñanzas que ofrecían sus sectarios en vida y sus enérgicos ejemplos en la hora de la muerte; su idea en Epitecto, su ley en Marco Aurelio, y su impotencia para salvar á Roma probada por Cómodo; los pretorianos asomando de nuevo á desgarrar el Imperio; el pueblo de los comicios en el Circo; la desmoralización de la sociedad creciendo; la marca de infamia que Tácito imprimió sobre la frente de Roma conservándose todavía como el castigo de los prevaricadores; la sátira desconcertando la armonía entre el fondo y la forma del arte clásico que fuera el encanto de tantas generaciones; la tristeza desesperante de la poesía; la muerte de la religión; el evehemerismo que diseña los dioses con su crítica; la reac-

cion religiosa intentada por Apuleyo en sus apoteosis de los misterios de Isis; la debilidad de esta reaccion en aquellos tiempos en que las carcajadas de Luciano conmovian todo el Olimpo; el mitho de Psiquis, verdadero símbolo del deseo innato en el alma humana de volar al cielo; la verdad cristiana planteándose como religion del espíritu frente á frente del paganismo que se defendia como religion del Estado; los padres apostólicos sucediendo á los Apóstoles, y los apologistas á los padres apostólicos; el espíritu griego sacudiendo los átomos que en sus alas depositara naturaleza para ascender á lo infinito; la union del Génesis de la naturaleza con el Génesis del espíritu; y por último, el ejemplo de aquellos mártires que, al morir en las hogueras, al mismo tiempo que revelaban un nuevo espíritu religioso y ponian un nuevo Dios sobre los altares, salvaban el gran principio no conocido de los antiguos, el principio de la libertad de conciencia; alma, vida de la presente civilizacion. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores: ahora me entristezco, me apeno al considerar los tiempos de decadencia, de infamia que vamos á recorrer; la ausencia de toda justicia en el poder, de todo freno en el ejército, de toda dignidad en el pueblo; el silencio de la tribuna; la congojosa y larga agonía de la reina de las naciones, cuyo cetro, que trasformara la hu-

manidad, está perdido en el cieno de todos los vicios. Nunca hubo mayores motivos para imaginar que el mundo iba á perderse; nunca esos ánimos desconfiados que de todo recelan y que por todo tiemblan, pudieron con mayor fundamento creer que la civilizacion caia en los abismos; nunca asomaron tan grandes, tan generales y tan terribles síntomas de desolacion universal y de universal ruina, pues el horizonte nublado por los miasmas de todos los vicios, el poder corrompido, el pueblo degradado, los templos abandonados, los dioses sin ofrendas, el crimen pagado con un trono, el derecho vendido en pública subasta, el enflaquecimiento de los caractéres, el frenesí de todas las pasiones que envilecen al hombre, parecian conjurarse para envenenar á la humanidad, y pudriria hasta la médula de los huesos, y borrarla para siempre de esta tierra, llena tambien de ponzoñoso virus, que pedia el cauterio del hierro y del fuego para sus llagas; y sin embargo, en medio de tantos males, en el seno de las Catacumbas se ocultaban los que venian á renovar el espíritu, en desiertos ignorados de Roma, los que venian á renovar la sangre de la humanidad, bajo aquel envilecimiento de la esclavitud, la libertad en toda su pureza, la libertad con todo su vigor, la libertad del espíritu, el mayor bien del hombre, el mejor don de Dios; la libertad que nadie puede arrebatarlos, pues ni aun despues de la muerte se

apartará de la conciencia; promesas sacratísimas de regeneración que vienen á decir á los Jeremías de nuestros tiempos, á los que creen que el mundo se acaba porque se acaban sus preocupaciones y sus ídolos, que no se interrumpe la carrera triunfal de la humanidad hácia el bien, que no se rompe ni aun por las mayores tempestades la cadena misteriosa del progreso, que no se pierde el amparo de la Providencia, y que no se puede apartar el espíritu humano de este planeta á que Dios lo ha adherido hasta cumplir su destino y realizar toda su misteriosa esencia. (Ruidosos aplausos.)

Pero no habia remedio. Roma se moría, el Imperio espiraba. La muerte de la gran nación se explica por el cumplimiento de sus fines providenciales é históricos. En la antigüedad sucedia que cuando un pueblo acababa su trabajo dejaba á otro pueblo el encargo de continuarlo. No habia esta simultaneidad de vida que hay en la Europa moderna, ni se comprendia esa coexistencia de grandes naciones que es el carácter de nuestra civilización. Ninguno, absolutamente ninguno de los pueblos que tenian acabada su obra, volvian á levantarse para continuarla, como si se hubiera agotado en aquella toda su vida. Así es que desde el instante mismo en que vimos por la constitución antonina decretada la idea fundamental de Roma, lá idea de la unidad de la especie humana,

pudimos presentir que Roma se moria porque era cumplido su destino y estaba realizado su trabajo. La India dá sus dioses á la conciencia humana y se aísla y se pierde para la historia como si la envolviera misteriosa nube. Babilonia cincela esos dioses, los manda á Occidente, y muere. Persia despierta con su espada las razas orientales, y las disciplina, y cae y retrocede y se hunde cuando encuentra en su camino un pueblo pequeño, pero libre, que le cierra el paso. El fenicio dá su leño al mar, su vela al viento, y llega hasta la tierra sagrada donde el sol se pone, y lleva en su mano la letra alfabética, el signo del comercio intelectual, la moneda, el signo del comercio material, y parece que se hunde en los mares cuando nada nuevo tiene que dar á la historia. Cartago que ayer continuaba el trabajo de Fenicia, es en el instante en que crece Roma un monton de cenizas. Roma está subiendo las gradas del trono de la tierra cuando aspira á realizar la idea de la unidad del mundo, ocupa ese trono mientras la realiza, y baja sus gradas tintas en sangre así que la ha realizado. En las naciones modernas sucede que el espíritu nacional sobrevive á sus antiguas ideas, porque se renueva en otras más progresivas. Pero el feudalismo muere así que se acaba la irrupcion de los bárbaros del Norte y de los bárbaros del Mediodía; el poder político de los Papas así que empiezan á formarse las nacionali-

dades y á nacer los derechos civiles, y el poder absoluto de los reyes así que las naciones ya están formadas; como se concluirá el breve reinado de la clase media el día en que la idea del derecho universal haya penetrado en todas las conciencias. Pero los pueblos quedan y siguen su obra maravillosa; al paso que en la antigüedad una nación se encerraba, como Cleopatra, en su tumba con sus instituciones y con sus dioses.

Hoy vamos á estudiar, señores, la decadencia de la sociedad antigua, la ruina irremediable de Roma. Dos síntomas anunciaban que todo se perdía en aquella sociedad, el silencio de la palabra y el silencio, todavía más terrible, de la historia. La palabra es la forma de la idea, la historia es la manifestación de la conciencia. Por la palabra el hombre se distingue de los demás seres creados, por la historia se perpetúa su vida en las generaciones venideras. La palabra es la revelación perenne del espíritu. La historia es como la revelación especial de la conciencia. Cuando una sociedad habla, no muere, porque hay en su mente la sávia de una idea. Cuando tiene una historia que le avise de sus crímenes, no muere, porque todavía puede distinguir el bien del mal y salvarse. Santa es la palabra en cuya virtud el alma sale de sí y espléndidamente se manifiesta con todos los matices de sus ideas, con todo el poder de sus facultades. Santa es la historia en cuya virtud no

queda sin castigo ningun gran crimen sobre la tierra. ¡Qué sería de nuestros amores, de nuestras ideas, de nuestras esperanzas, de nuestros recuerdos sin la palabra humana que los saca del aislamiento de nuestro sér y los reparte entre todos los hombres! ¡Qué sería de nuestra fugaz vida sin la historia! La palabra es la luz que de sí despide el alma. La historia es como el resplandor de la conciencia, como el grito de la vida presente que salva los tiempos y que rompe el límite del espacio. ¡Y qué era la palabra en Roma? Cerrados los comicios, desierto el Foro, destrozada la tribuna de los Rostros, desvanecida para siempre la sombra de los grandes oradores que llenáran el mundo con el eco de su voz, perdido el senado ó cuando más convertido en vil adúlador de los poderosos, muda toda idea en presencia del César; la palabra, la revelacion del espíritu se habia perdido en Roma; y aquellas ruidosas asambleas, donde los Gracos resucitaban la elocuencia griega en toda su belleza, donde Ciceron halagaba los oidos del pueblo con sus largos y armoniosos períodos que sonaban como una música heróica, aquellas ruidosas asambleas se habian convertido en academias puestas bajo la proteccion del César, donde poetas, semejantes á míseros eunucos, torpes y adúladores, iban á levantar con su poesía vendida al oro y al poder entre los inmortales al infame tirano, que habia ahogado indignamente el

espíritu al ahogar su revelacion, su luz, la palabra humana, la cual, cuando se alza libremente, aunque impalpable como el aire que la recoge, hiela á los tiranos en sus tronos, y funde como el rayo del cielo las cadenas de los esclavos. (Entusiastas aplausos.) Y si la palabra humana se perdiera, trocada de grande y libre en vil panegirista de los Césares, ¿qué habia sido de la historia? Lo primero que nos aflige al considerar este tiempo es la historia, lo que se ha llamado la historia augusta. Todavía se comprende que calle la palabra, pero no se comprende, no se puede comprender que calle la conciencia. Contemplad la historia de estos tiempos. Roma, pobre en su origen, grosera en sus mithos, feroz en aquella su primitiva vida de luchas y depredaciones, enemiga de la filosofía, incapaz de pulsar una lira tan delicada y armoniosa como la lira griega; distinguíase de los demás pueblos anteriores, de todas las naciones que la habian precedido, por su sentimiento de justicia y de derecho, y como consecuencia de este sentimiento, por su historia, que es como la conciencia de su justicia y de sus providenciales destinos; por su historia, género en que ha sobrepujado á su maestra la Grecia; pero cuando llega á esta época, cuando los mártires llaman á las puertas de sus templos que se bambolean, y los bárbaros á las puertas de su Imperio que cruje; cuando el ideal romano se apaga en un lago

de sangre, no hay en su historia aquel acento épico de Tito Livio, que es como el cántico de las legiones vencedoras, ni aquellas ideas levantadas de Salustio, que son como el exámen de la conciencia de una sociedad, ni aquellas sentencias de Tácito, última protesta contra el envilecimiento, nó; porque ora nazca de que la administracion es un secreto, ora de las continuas guerras, ora de la raiz de todos los males, de la servidumbre, lo cierto es que si para cada uno de aquellos bárbaros hay un historiador, si Commodo, Caracalla, Heliogábalo, Valente tienen sus Trebelios, Lampridios y Herodianos, en el ánimo de estos historiadores no hay patria, no hay humanidad, no hay justicia, no hay una lágrima para los grandes dolores ni una voz de reprobacion para los grandes crímenes; y así todos cuentan la inmolation de tantas víctimas, la muerte de tantos pueblos, aquella muerte de que se alimentara el Imperio, lo mismo que el carnicero cuenta las ovejas que ha degollado en un dia; cual si la esclavitud hubiera apagado en ellos la última luz que se apaga en la vida, la luz de la conciencia. (Ruidosos y prolongados aplausos).

Es necesario que nos acerquemos, que toquemos con nuestras propias manos, que veamos con nuestros mismos ojos aquella universal decadencia, para que aprendan los poderosos á huir de la injusticia y los pueblos á huir de la esclavitud co-

mo de la muerte. Es necesario ver cómo desaparece, cómo se descompone en este grande oleaje de hechos el ideal romano, y con el ideal romano la conciencia y la vida de Roma. En el Imperio había dos ideas, una positiva, otra negativa; una de oposición á la sociedad antigua y otra de formación de la nueva sociedad. La idea negativa consistía en destruir el privilegio, en destrozar las antiguas familias patricias, sobre cuyas espaldas descansaba la antigua sociedad. La idea positiva consistía en elevar al trono los representantes de todas las razas, desde el íbero al galo, desde el galo al sirio, desde el sirio al godo; y poner piedra sobre piedra en las ciudades destruidas por el genio feroz del patriciado como Corinto y Cartago; y uniformar la administración para que el universo se rigiera por una sola ley; y abrir el Senado á todos los magistrados, y el ejército á todos los guerreros, y las doce tablas á todas las ideas, y los grandes honores á todos los hombres; y emancipar progresivamente todos los pueblos de sus dioses bárbaros, de sus leyes ciclópeas; y convertir poco á poco el estado guerrero, y por consecuencia violento de la humanidad, en estado agrícola, y por consecuencia pacífico; hasta que abolido el privilegio de ciudadanía por la constitución antonina, y el derecho quiritarario escrito por la lanza del guerrero tinta en la sangre caliente del enemigo sobre el campo mismo de batalla;

abolidas estas formas del antiguo privilegio, el edicto perpétuo va elaborando el derecho comun, el derecho natural, que es la trasustanciacion del alma de Roma por las ideas de todos los pueblos, y su comunicacion misteriosa á toda la humanidad. (Ruidosos aplausos.)

Pero este gran prodigio de dinámica social se personificaba en un hombre, en el César, y esta personificacion tenia todos los males del despotismo. El viejo ideal romano, en cuya presencia temblaban las naciones, era una sola personalidad alzada en la cúspide del mundo, una sola personalidad que era senador, tribuno, dictador perpétuo y universal; y su palabra, que el pretor recogia, formaba el derecho, y su brazo vencía con sus legiones en los cuatro puntos del horizonte, y su sombra representaba la majestad del pueblo, y su alma el refugio de la libertad, y sus labios el oráculo de la religion, y su voz la voz de las generaciones romanas; de suerte que hijo y padre á un mismo tiempo de Roma, como la universal adulacion le llamaba, tenia en sus manos el destino de todas las naciones; favorecia á un pueblo y lo llenaba de monumentos grandiosos, aborrecia á otro y lo borraba de la tierra; en un dia de tristeza mataba cien patricios, y en otro de alegría trescientos gladiadores; á una señal suya se desenvainaban un millon de espadas hambrientas de matanza, y por un paseo suyo perdian la vida muchas gene-

raciones; y con todas estas facultades, con todos estos poderes que le embriagaban, se creía superior á los demás hombres, y, como todos los que se creen superiores á los demás hombres, desertaba de la humanidad; y allá en su soberbia, en sus vértigos divinos, iba á buscarle el puñal del asesino; porque en esos Imperios donde el pensamiento calla, no hay más manera de oposicion que el tiranicidio; y como la oposicion á lo presente, que es el deseo de mejorar, el afan de progresar, deseo, afan innatos á la sociedad como al corazón la esperanza; deseos, afan sin los cuales no viviría ni un momento; como la oposicion en esos Imperios no se funda en las leyes de la naturaleza humana, en la libertad del pensamiento, en la libertad de la palabra, se tuerce, se corrompe, y toma la abominable forma del crimen, que viene á herir la altiva frente de los conculcadores del derecho. (Ruidosos y prolongados aplausos.) Así, señores, el dogma de todos los publicistas de los siglos décimosexto y décimosétimo era el regicidio. Y así en esta Roma imperial en que el César se creía un Dios, de más de ochenta emperadores solo diez mueren en su lecho, como para mostrar al mundo cuán impotente es la omnipotencia de los soberbios. (Aplausos.)

Estudiando, señores, el Imperio, lo primero que echamos de ver es el impulso de los hechos, la fuerza diatética de los acontecimientos, la ló-

gica viva, real, de la historia. Los hechos se encadenan en el tiempo y en el espacio, como si los dictara un solo espíritu, como si los escribiera una sola mano. El Imperio se organiza y triunfa por el trabajo colectivo de las generaciones más que por el impulso de una sola voluntad. Lo que más admira es que estando todo el mundo esclavo, las fuerzas de los esclavos lo hacen todo, y siendo un solo hombre libre, este hombre libre nada hace. Y no creais que solo se asientan mónstruos en el trono de Roma, no. Hay allí hombres que merecerian haber vivido en los mejores tiempos de la República. Hay hombres que tienen toda la severidad de costumbres de los Camilos, de los Gracos, de los Escipiones, de los más grandes guerreros y más grandes tribunos de la República romana; ensalzados por historiadores como Plutarco. Pero, señores, como observan Guibbon, Guizot y otros historiadores que no son demócratas como yo, y que por consiguiente no tienen tanto motivo para quejarse de los excesos del poder, ¡cuán funesto don es el despotismo aún para los mismos que lo ejercen! Aquellos hombres que se levantan como en personificación de toda la humanidad sobre la cúspide del mundo; que tienen bajo su manto imperial toda la tierra; que creen que el sol es como un topacio engarzado en su diadema; que ven todos los pueblos en el polvo como inmensa turba de esclavos y todos los ejércitos aguardando una

señal suya para lanzarse al combate como inmensa turba de gladiadores; que tienen templos y altares, y holocaustos y sacerdotes como los dioses del Olimpo; aunque hayan heredado virtudes cívicas superiores á las que tuvieran los primitivos romanos, sienten tristeza infinita, desaliento inexplicable, como si el poder absoluto les envenenara el alma (Aplausos). Como observa un gran escritor, jamás ofrecieron los anales del mundo una serie de hombres más grandes tocados de una impotencia más incurable; un Vespasiano debedor de Oriente que muere como un misántropo; un Tito, delicias del género humano, que se consume de tristeza; un Antonio Pio, en quien el mundo cree ver, tantas eran sus virtudes, un santo y en quien la historia no ve más que un excéptico; un Marco Aurelio, que vive en las ideas de la moral más pura y muere en brazos de la desesperacion más triste; un Septimio Severo, que despues de haber vencido á los bárbaros, despues de haber interpuesto su pecho como un gran escudo entre la irrupcion de estos pueblos y Roma, despues de haber humillado la soldadesca que quiere mandar en el Imperio, pide, segun nos cuenta Herodiano, un veneno para extinguir la vida que le abrumba; un Probo, que deseaba que el Imperio no hubiera menester ni ejércitos ni tributos, y que incapacitado de realizar estas reformas se clava en el vientre las lanzas de sus guardias; un Decio, que

corre á las orillas del Danubio y obliga á retroceder á los godos á sus desiertos retardando la inevitable caída de Roma, y se desespera al ver que pudiendo salvarla de sus enemigos no puede salvarla de sus vicios; un Aureliano que intentaba cauterizar las llagas sociales del Imperio y se abrasaba el corazón, y se decía: «Hasta los dioses me abandonan;» un Diocleciano, que hace el postrer esfuerzo para salvar aquella sociedad, y se desciiñe por último la túnica de los Césares que le oprime como si tuviera una serpiente enroscada al cuerpo; todos grandes hombres, pero todos consumidos por los mismos grandes dolores; como si el Imperio, que era para los Césares protervos ocasion de aumentar sus crímenes, no fuera para los Césares grandes y justos más que ocasion de perder sus virtudes; que la corona universal lejos de engrandecerles ¡ay! los aniquilaba cual si tuvieran sobre el cerebro la inmensa pesadumbre de la tierra. (Repetidos y prolongados aplausos.)

Pero ¿dónde estaba la salvacion del mundo? ¿Podia por ventura alcanzarla aquel senado que los Césares no querian suprimir, aquel senado que era como la corona de la tierra? No, no. El senado, que fué el gobierno aristocrático, no quiso más libertad que aquella que no dañase á sus privilegios, y abominó siempre del santo principio de igualdad. Y cuando el principio de igualdad debió triunfar para que el espíritu de Roma se co-

municara al mundo, como se opusiese el senado, tuvo que sufrir el destino reservado á todos los poderes opuestos á un gran principio humanitario, la muerte. El principio de igualdad no triunfó por la libertad, triunfó por la dictadura. Esta dictadura abominable mató á Roma, pero no resucitó al senado. Se pasma la mente, se confunde al contemplar lo que fuera aquel senado en otros tiempos y lo que habia venido á ser en estos últimos dias del Imperio. Aquella asamblea de reyes que al penetrar los galos en la acongojada Roma parecian estátuas sentadas en sus sillas curules con las fórmulas del derecho en los labios; que en dias de angustia vendieron el terreno donde acampaba Annibal despues de Cannas, para enseñar á Roma á no estremecerse ni temblar bajo la espada del hijo del desierto; que en la cumbre del poder mandaron borrar Cartago de la tierra, y fué borrada como una letra de una tablilla; que enviaban sus feciales á todo el mundo y todo el mundo se aterraba, pues habian triunfado de Yugurta, el África de Perseo, la Grecia de Mitridates, el Asia de Antioco, de Annibal, los más grandes guerreros de la antigüedad; aquella asamblea de reyes, decia, que se veian alojados como dioses en el templo de la Concordia cuando sus deliberaciones tenian por objeto á Roma, y en el de Marte cuando tenian por objeto la guerra, y en el de Apolo cuando recibian las embajadas de todas las

naciones; custodiados por sus cuarenta lictores, convocados por los augurios, bendecidos por los oráculos, saludados como imágen viva del derecho; despues de César no pudieron ó no supieron dirigir á Roma, y degeneraron tristemente; y si bien les fué dado en algunas ocasiones posteriores recobrar su poder, cuando Neron, por ejemplo, cayó del trono y fué á sentarse el viejo patricio Galba, cuando, muerto Othon, la Ciudad Eterna se quedó sin dueño, cuando los últimos republicanos, los estóicos, recogieron del polvo el cetro de los Césares; no acertaron á ser enérgicos, se dieron á controversias estériles, desplegaron sus labios tan solo para adular al César, temieron que la resurreccion de la libertad trajese á la arena de Roma al antiguo pueblo con mayores brios, con mayor afan de derechos; y vendida así su dignidad al que más la pujaba, no supieron recobrar su poder, hallándose destinados, como todas las asambleas corrompidas, á fiarse de la espada de un hombre que se clavaba en sus corazones; hasta que un dia eternamente triste, eternamente llorado por la historia, despues de cinco siglos de envilecimiento, no tuvieron más remedio que vender la estatua de la victoria, el númen de su derecho, á los hambrientos bárbaros y enterrarse ¡podridos, gangrenados! entre las ruinas de Roma. (Entusiastas aplausos.)

Bien es verdad que el senado se reclutaba en

la aristocracia y la aristocracia se habia perdido. Yo, señores, no sé si habreis notado las fases por que pasan todas las aristocracias. En todas hay tres momentos capitales. En el primer período de vida social son aristocracias teocráticas, en el segundo período son aristocracias guerreras, en el último período aristocracias propietarias. Lo sobrenatural sostiene á las aristocracias teocráticas, la fuerza á las aristocracias militares, la riqueza á las aristocracias propietarias. La aristocracia romana tuvo estas mismas trasformaciones. En tiempo de los reyes fué aristocracia teocrática y fundó sus títulos en sus auspicios y en sus augurios. Desde Bruto hasta la guerra social fué aristocracia guerrera, y presentó por único título su espada. Desde la guerra social hasta César su poder se levantaba sobre su propiedad, sobre su riqueza. Notad lo mismo en los tiempos modernos. Desde el siglo quinto al décimo la aristocracia está en la Iglesia. Del siglo décimo al décimo quinto en el campo de batalla. Del siglo décimo quinto al diluvio de la revolucion, la aristocracia se refugia en sus propiedades alodiales. Pues bien, señores, la aristocracia teocrática piensa, la aristocracia guerrera lucha, pero la aristocracia propietaria, puramente propietaria, goza y muere, porque el placer es el veneno corrosivo de la vida. Cuando veais una clase que es feliz porque no piensa, feliz porque no lucha, feliz porque no trabaja, no la

envidieis, compadecedla, porque su felicidad es la felicidad de la muerte. (Aplausos.) Y á este triste cuadro habia venido á parar la aristocracia romana. Los aristócratas eran ricos, muy ricos, y pasaban la vida en aquellas casas de inmenso vestíbulo, de puertas de cedro, de patios corinthios, de pavimentos de mosaico, de átrios de mármoles de todos colores, donde corrian claras y abundosas fuentes, de paredes pintadas al fresco y cubiertas con figuras de hombres coronados de yedra, ó de hermosos cuerpos femeniles terminados en colas de delfines y serpientes; casas pobladas de estatuas, de pajareras donde cantaban ruiñeños ciegos, de jardines, de baños; especie de cárceles doradas donde los señores de la tierra, mudos para la tribuna de los Rostros, incapacitados para las escursiones de la guerra, impotentes para sacudir el yugo del despotismo, derraman lágrimas por la libertad sin estar dispuestos á derramar su sangre por la libertad; y se consuelan de la pérdida del senado en brazos de sus domésticos que los llevan del lecho al baño, del baño á la biblioteca, de la biblioteca al triclinio, del triclinio á quemar algunos granos de incienso ante el busto del César; de aquí al teatro, del teatro al Circo, del Circo al Foro, donde recostado en el pedestal de la loba de Rómulo, sin curarse del sepulcro de Escipion que está enfrente, de Escipion que sin duda les reconviene por no haber sabido morir antes que perder

sus privilegios, saludan á su turba de cortesanos que se compone del guerrero que le custodia, del gladiador que pasa perseguido por los ahullidos de la muchedumbre, del farsante que le tira de la toga para que le dé algunos sextercios, del sacerdote que le reclama ofrendas para los dioses, de poeta epigramático que se burla de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; turba de aduladores que huye cuando el Cesar, en un instante de mal humor, enviá á los patricios á la muerte porque desea sus riquezas, tal vez para pagar á una de sus mancebas un minuto de placer; que así castiga la sociedad con la lógica inflexible de los hechos á los que prefieren la vida de un dia á la libertad que es la vida del alma. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Las riquezas de la aristocracia fueron la causa principal de su perdicion. Los muchos metales de que podian disponer, atrageron sobre su frente el rayo de las venganzas cesáreas. La propiedad, la inmensa y feraz propiedad italiana fué toda en sus manos. Y como siempre que la propiedad se amortiza en pocas manos, fué completamente infecunda. Los patricios tenian territorios inmensos pero incultos, porque no los fecundaba el sudor del trabajador, lluvia más benéfica aún que la lluvia del cielo. De esta suerte sus propiedades eran como la lepra que devoraba á Italia, convirtiéndola en desolado desierto. El pueblo se moria

de hambre, ó estaba atenido á los repartimientos gratuitos de trigo, cuando ante sus ojos se extendia un campo yermo que demandaba cultivo para compensarlo en sabrosos frutos. La codicia de la gente rica era tal y tanta, que no se contentaba con poseer toda la Italia, y poseerla para esterilizarla, sino que acudia tambien á disputar al pobre la limosna de trigo que tomaba á la puerta de la Annona. La manera de cometer esta iniquidad es más vergonzosa aún que la iniquidad misma. Emancipaba sus esclavos, y ya emancipados pertenecian al proletariado y tenian derecho de reclamar racion de trigo; mas por ser libertos de los patricios tenian deber de depositar ese trigo á las plantas de sus amos. Y los patricios lo recogian avaramente, porque sus propiedades inmensas al mismo tiempo que no les daban ningun rendimiento, se disipaban como nube de humo en sus orgías. Así es que la inmensa propiedad perdia á Italia. *Latifundia perdidere Italiam*, decia Plinio. Pero tambien perdia á los patricios, porque la política iniciada por César y organizada por Tiberio, consistia en despojar por las confiscaciones á la nobleza de sus propiedades, en nivelar las fortunas, y en contribuir con el préstamo sin interés á despertar el amor al trabajo en el pueblo, todo á costa de la aristocracia constantemente perseguida é inmolada en aras del cesarismo.

Y la clase media que podia suceder á la aristo-

cracia estaba en peor estado, en más grande abatimiento. Su decadencia venia de antiguo, del principio de las guerras sociales. Los ciudadanos eran sacrificados en casi todas las revoluciones. Trescientos murieron con Tiberio Graco, tres mil con Cayo, mil seiscientos fueron proscriptos por Sila, innumerables por los triumviros que llegaron á despoblar hasta diez y ocho florecientes ciudades italianas, poniendo tambien aleye mano sobre la propiedad con tan inaudita audacia, que aquellos hermosos campos que aún quedaban florecientes en algunas regiones de Italia, se vieron depredados como tierras de conquista, y transmitidos de mano de los trabajadores que los llenaran de viñedos, de olmos, de trigo, á los veteranos, ociosos, incapaces de uncir los bueyes y manejar el arado, porque las orgías de una guerra horrible los habian inhabilitado para los duros pero santos deberes del trabajo.

Pero ¿existia, por ventura, el postrer refugio de la libertad, existia el pueblo? La verdad es que tampoco quedaba el pueblo en aquella gran decadencia. El pueblo se habia corrompido como todo. Pero ¿quién tenia la culpa de su corrupcion? El patriciado, la nobleza, que le habia enseñado que todo derecho estaba en el oro, que toda justicia estaba en el oro, que todo, hasta lo más sagrado, podia comprarse y venderse por oro. Los gobiernos consagrados al culto del becerro de oro, los que

venden por dinero todo derecho, los que abren al dinero solamente las puertas de los comicios, los que concéden al dinero la facultad de pensar, la facultad de escribir, esos gobiernos materialistas no deben extrañarse de que la sociedad, deduciendo las consecuencias encerradas en las premisas de sus ideas, olvide que existe el alma y la conciencia, y se degrade y crea que vale más el oro que la conciencia y el alma. (Aplausos prolongados.) Señores, y es necesario pensar en tan grave mal con madurez, porque nuestras escuelas doctrinarias con esta apoteosis del oro han aniquilado las muchedumbres liberales, democráticas, y las han sustituido con muchedumbres comunistas. (Aplausos.) El cesarismo de hoy se parece al cesarismo romano, tiene los mismos caractéres y acaso esté llamado á los mismos destinos. Meditadlo bien, meditadlo, vosotros, los que aún podeis salvarnos. En la historia romana se encuentran ejemplos que deben servirnos de enseñanza. El patricio al comenzar la historia romana creyó que le seria permitido resucitar la casta del Oriente. Ignoraba que el soplo de Grecia habia pasado ya por la conciencia humana, despertando hasta en las clases inferiores confusos sentimientos de libertad y de igualdad. Sin embargo, entre el patricio y el plebeyo mediaba un abismo. El primero era la concentracion de todos los derechos, el segundo era la concentracion de todos los deberes. Pero el ple-

beyo no tolerará por largo tiempo la dura cadena de su esclavitud. Un día abandona la sociedad y muestra á los soberbios que la sociedad descansa sobre los hombros de los plebeyos, que la sociedad puede vivir sin patricios pero no puede vivir sin pueblo. (Aplausos.) De esta grande energía nace el primer pacto ente los plebeyos y el patriciado. El tribuno se sienta á las puertas del Senado y puede ya interponer su veto, especie de libertad negativa, que es sin embargo el gérmen primero de la libertad verdadera. De aquí el pueblo se levanta á los comicios, á las magistraturas, al *jus connubium*, y á escudriñar las fórmulas de jurisprudencia veladas antes á sus ojos como indescifrable geroglífico. ¿Quién le cerrará el paso á la victoria? Sabe hacer valer su derecho, se ciñe el manto de los comicios, manda las legiones, puede poner sus manos en el ara de los dioses, y vé las puertas del campo de Marte abrirse en su presencia, para que sea causa de derecho, legislador en los comicios por tribus. Pero ¿qué sucede en los momentos en que una gran tempestad se extiende sobre Roma, y cae una lluvia de sangre sobre sus campos? Sucede que el pueblo se vé burlado en sus derechos, porque sus derechos no le sirven, no le valen. Y no le sirven y no le valen porque no tiene oro: que solo á los ricos se concede en aquella sociedad materialista la libertad y el ejercicio del poder, y el derecho no está en el alma sino en

las tablas del censo. Del seno de esta gran injusticia se debia levantar una gran protesta. Surge Tiberio Graco y muere á manos de la aristocracia; le sigue Cayo Graco y muere tambien desgraciadamente; viene Saturnino y la aristocracia le apedrea; viene Druso y la aristocracia ahoga su voz; se levanta Mario que habia salvado á Roma y la aristocracia le desprecia; se levanta Catilina y la aristocracia le calumnia y lo sacrifica; y entonces, cuando entre las olas del movible mar de los hechos se levanta el hombre del genio, el hombre del destino, César, tribuno como Tiberio, humanitario como Cayo, audaz como Druso, guerrero como Mario, demagogo como Catilina, pero más grande, más sublime que todos ellos, porque trae un genio en su mente y una idea brillante como la estrella de su genio, el pueblo que lee el secreto de su grandeza en la frente de sus elegidos, le entrega su libertad en cambio de una venganza; terrible venganza que dura cinco siglos, y que atormenta á la aristocracia, machacando su cabeza sobre aquellos campos, sobre aquellas propiedades, á las cuales habia sacrificado la libertad y la justicia. (Estrepitosos aplausos.)

Aquel pueblo aleccionado por las malas doctrinas de sus gobernantes, que le enseñaban á anteponerlo todo á la libertad; acostumbrado á tener en poco sus derechos, que le compraban á vil precio los nobles y en mucho el pan de cada dia y el

Circo y los juegos; ocioso, porque los grandes propietarios convirtieron las tierras de labranza en tierras de pasto para no haber necesidad de su trabajo; mal hallado con ir ¡pobre cliente! á la puerta de sus patronos, al amanecer, á recibir una mordedura del perro de la casa, un insulto del portero, á llamar á su señor rey, nombre odiado siempre de los romanos, para llevarse en cambio, en la gran cazuela que le ponian sobre la cabeza los restos de la comida del dia anterior, mezclados con las mondaduras de las frutas y hasta con los residuos del aceite de las lámparas; y deseando sacudir tan opresor patronato nunca fundado en el respeto debido á todos los ciudadanos, se entregó al César, al emperador, que si no le daba libertad, en cambio tenia una flota para proveerlo de trigo, cuyo arribo era objeto de festejos públicos, y tributarias de su hambre Córcega, Cerdeña, Sicilia, el Africa, la Bética, el Egipto, y abierto al pié del Aventino en la montaña de las tempestades, de la libertad, el trono plebeyo, un depósito de trigo llamado Annona, que tenia un prefecto y cuatro magistrados para su mejor gobierno; depósito á cuyas puertas se agolpaba el pueblo despues de haber recibido su inscripcion en un sitio que se extendia entre los teatros de Balbo y de Pompeyo; depósito en el cual estaba librada la autoridad de los Césares; depósito que alimentaba al pueblo pero que tambien lo envile-

cia (Aplausos); no de otra suerte que la sopa de nuestros conventos envilecía á esta raza de reyes mendigos de que se componía el pueblo español en tiempos del absolutismo; reyes hambrientos del Perú, de un nuevo mundo no ménos grande y más rico que el mundo del pueblo romano, y que se contentaba con aquella pobre comida, con cuyo recurso ni siquiera necesitaban fundar una familia, y dejaban yermos, desolados los campos que heridos con la vara milagrosísima del trabajo hubiérale dado lo que nunca tendrán, nunca, los pueblos ociosos, la libertad y la independencia de su vida. (Entusiastas aplausos.)

He nombrado el trabajo, sí; pues he nombrado la llaga incurable de la sociedad antigua. Por el trabajo se destruía, por el trabajo espiraba. O mejor dicho, se destruía, espiraba por falta de trabajo. Aquellas gentes creían que el trabajo es un castigo, que el trabajo es un dolor, que el trabajo es una degradación. Señores, el trabajo, la actividad infinita del espíritu, que hace del hombre el vencedor de la naturaleza sin necesidad de mancharlo de sangre como la guerra; que inspira religioso culto al planeta de cuya sustancia son los filamentos de nuestras carnes, los átomos de nuestros huesos; que sostiene pura la vida; que transforma los seres inanimados imprimiéndoles el sello de nuestra idea; que doma el fatalismo de la materia, levantándola con el impulso de

nuestra libertad; que es en la naturaleza moral como la ley de la armonía en el mundo físico; que habiendo recibido campos incultos y cubiertos de espinas los ha hecho hermosos y fecundos; que ha abierto las selvas con su hacha, y allanado los montes para hacer caminos triunfales á los pueblos; que ha levantado sobre el tallo la dorada espiga, y unido los continentes, y domado los mares, y deshilado las plantas para vestir la humana desnudez, y convertido las tablas en cuadros, los mármoles en estatuas, y ha aprisionado el rayo, y hecho al relámpago humilde mensajero de nuestra palabra, que, perfeccionándola, fecundándola, ha elevado la tierra, como una hostia sagrada en el misterioso altar de los espacios, á Dios, más digna de la grandeza de su Creador que en los primeros dias de la creacion, porque despide, como nueva luz, de sí los rayos del inmortal espíritu del hombre. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

El mundo antiguo, señores, no podia salvarse porque no creia en la virtud del trabajo, porque despreciaba el trabajo. El único oficio que creia digno era la guerra, la explotacion del hombre por el hombre, y no la explotacion de la naturaleza por el hombre. De su menosprecio por el trabajo nacia la necesidad en que estaba de abandonar el trabajo al esclavo. Y como le abandonaba el trabajo, que es la vida de la sociedad, puede asegurarse que le abandonaba la sociedad tambien.

Cuando veo en aquella Roma un César hastiado en el trono, una aristocracia hastiada en sus palacios, un pueblo hastiado en el Foro; y veo que ni César, ni aristocracia, ni pueblo trabajan, los considero destinados á la muerte. Cuando veo el esclavo que trabaja, presiento que el esclavo es el heredero de aquella civilizacion, el rey que se levantará sobre las ruinas del Capitolio. Por eso creo que la civilizacion moderna que tan grande culto presta al trabajo no está destinada á perecer como creen nuestros elegiacos neo-católicos. (Risas.) Los golpes del trabajo me anuncian que no puede morir una sociedad que está continuando la obra de Dios. Pero no sucede lo mismo en el seno de Roma. Allí el trabajo no existia. Allí no habia más trabajador que el eterno proscrito de la sociedad, el esclavo. Así el dia en que fuese preciso que la esclavitud se acabara, no era posible que aquella sociedad continuase. El mismo elemento de que recibia vida era su muerte. Acercaos, señores, acercaos conmigo á las gemmonias, acercaos con el corazon lleno de compasion y de dolor á aquellos abismos, porque los infelices que allí padecen son vuestros padres, vuestros progenitores, vuestra estirpe; la codicia romana los ha arrancado por la piratería, por la guerra á la patria, al sagrado suelo á que se agarran las raíces de la vida; los ha arrancado al hogar, al seno de una madre, á los brazos de una esposa; los ha

llevado á la ciudad y los ha expuesto á las puertas de los templos, desnudos, sin respeto al pudor innato en la naturaleza humana; los ha vendido por algunos sextercios á su señor, que los tiene por más viles que sus perros de caza, y los encierra en profundísimos calabozos, donde se palpan las tinieblas; y les dá menos alimento del que necesitan, de suerte que están eternamente hambrientos; y los abofetea y los escupe para desahogar su ira; y les rompe los dientes con un martillo; y les azota con espinos: y los manda á trabajar desnudos al campo sin más racion ni más alimento que las frutas que puedan recoger de los árboles; y los expone al sol en una horca; y despues de haberles hecho pasar esta vida de amargura, de dolores infinitos, en que no hay ni amor, ni consuelo, ni familia, ni esperanzas religiosas; los descuartiza para alimentar los peces de sus estanques, ó los abandona en las orillas del Tíber, si inútiles, á la voracidad de los perros y de los cuervos, ó los lleva al expoliario de los gladiadores, donde espiran asfixiados por las miasmas de la corrupcion y de la muerte, maldiciendo á Roma, que cree, como creen siempre los privilegiados, que sin estas grandes injusticias no puede vivir su vida, cuando por estas grandes injusticias vá á sufrir desastrosa muerte. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Sí, sí. Ved, señores, cómo castiga el esclavo á

los mismos que le esclavizan y que por fin van á necesitarlo para todo. El esclavo es maestro, preceptor en la casa, y mata los sentimientos de dignidad en el ánimo de sus discípulos; el esclavo hace imposible la familia, porque el jóven halla en brazos de sus esclavas la satisfaccion de los sentidos y para nada necesita la satisfaccion de su alma enterrada en el sepulcro de su cuerpo; el esclavo imposibilita el matrimonio ofreciendo constante incentivo á la barraganería y al concubinato; el esclavo ofende la moral pública exponiéndose desnudo en el teatro, pues no le está permitido el pudor como no le está permitido á las bestias; el esclavo es el instrumento de todos los vicios y de todos los crímenes, porque quien no tiene libertad no tiene responsabilidad, y quien no tiene responsabilidad no tiene ley moral, y quien no tiene ley moral no tiene virtud; el esclavo guarda aquellas inmensas propiedades, aquellas latifundias de los patricios arrancadas al cultivo y convertidas en praderas donde no es necesario el agricultor, porque Caton les ha dicho que vale más el pastoreo que el cultivo, puesto que exige menos brazos, y que es preferible el trabajador comprado y reducido á trabajar por fuerza al trabajador libre, voluntario, retribuido; errores cuyas consecuencias se sienten, se tocan todavía en aquellas campiñas romanas, las más hermosas, las más fértiles de Europa en otro

tiempo, y despues, ¡triste fruto del trabajo esclavo! emponzoñadas por sus marismas, por sus lagunas pontinas, que envian sus venenosos miasmas al Capitolio, á las puertas del Vaticano; miasmas que parecen las exhalaciones que los cuerpos de los esclavos allí inmolados mandan á su eterna señora, á Roma; como si una injusticia persiguiera á generaciones de generaciones con su sombra, para enseñar eternamente que esas clases inferiores, esos gusanos que los poderosos del mundo desprecian y aplastan, pueden acabar con los más altos imperios, porque colocados en las bases de la sociedad roen y destruyen sus cimientos. (Aplausos.) Así es que si preguntais qué significa filosóficamente considerado el Imperio social y humanamente considerado el divino Cristianismo, os responderé que significa la reaccion del mundo contra el dominio de Roma, y la reaccion del alma del esclavo contra el patriciado. Por el Imperio los vendidos se apoderan de las magistraturas, las razas enemigas de Roma ocupan su trono, y la gente de origen servil inunda las plazas de la Ciudad Eterna, aguardando su libertad. Y esta reaccion es mayor en la esfera religiosa. El mesianismo es una esperanza que ha nacido al son de las cadenas en pueblos cautivos; es la religion del esclavo, y Cristo, que es el ideal de los hombres por su vida y por su muerte, es muy especialmente el ideal del esclavo; es un ven-

cido de Roma; es un pobre, que no tiene una piedra donde reclinar su cabeza; es el hijo de un artesano; es el misionero divino, que predica la igualdad religiosa, gran necesidad del esclavo; es el consuelo de los que padecen, de los que lloran; es el que ha venido á exaltar á los humildes y á consolar á los desgraciados; es el que va á elevar sobre el Capitolio y sobre la corona de los reyes la Cruz, el patíbulo del esclavo; la Cruz, por la cual habia corrido antes la sangre de los Espartacos; la Cruz, que al convertirse en el lábaro del Imperio, lo destruye, lo arruina, pero salva á los infelices menospreciados y vendidos, que rompen las cadenas religiosas, y sienten nacer su alma, y esperan llevar ceñidas á sus sienes, heridas y destrozadas por el látigo de los señores, una eterna corona de estrellas en el cielo. (Estrepitosos aplausos.)

El Imperio y el Cristianismo coadyuvaban al mismo fin, señores, aunque por distintos medios. El esclavo debia matar á Roma para mostrar que todas las sociedades perecen por injusticias. Ciceron decia: *quod servi, tot hostes*; cuantos siervos, tantos enemigos. Y mientras la gente de origen libre moria, la gente de origen libre diezmada en las guerras sociales, en las guerras civiles, en el Imperio, la gente de origen servil se aumentaba en tales términos, que hubo que prohibir que vistieran su trage para que Roma no pareciese una inmensa ergástula rebosando esclavos.

vos. La maldición que un día estos seres desgraciados arrojaron sobre Roma iba á cumplirse. Sus hijos, sus descendientes se agolpaban en las orillas del Rhin y del Danubio para tomar de la señora de sus padres la más terrible y la más sangrienta de las venganzas. El esclavo había sentido mil veces el peso de los grillos en sus piés, el peso de la argolla en su cuello, y la afrenta del estigma en su frente. Su dolor era inmenso, su desesperación no tenía límites, porque ni siquiera terminaba más allá de la tumba. Este dolor inmenso del esclavo se hizo hombre y se llamó Espartaco. Numida de raza, tracio de nacimiento, llevaba en sus veñas la sangre de las gentes que Roma había esclavizado con mayor crueldad. Venido á lá Ciudad Eterna fué destinado al más bajo y terrible de los oficios, al de gladiador, y alimentado de manera que tuviese mucha sangre que verter sobre la arena del Circo. Acostumbrado á los desfiladeros de sus patrias montañas, al aire libre que agita sus selvas, á la vida de cazador, á errar en los espacios inmensos á su antojo, su cuerpo chocaba en las paredes de su ergástula como el leon enjaulado en los hierros de su jaula, y cada vez que veía el horizonte, envidiaba el vuelo del ave y sentía levantarse en su corazón el amor de la libertad. ¡Oh! El esclavo en estos sentimientos demostraba que la esclavitud no es posible sino ahogando el alma que guarda la eterna con-

ciencia de la libertad. Muchas veces, en su triste soledad, en sus largas horas de insomnio, aquel hombre, que tenia algo de la fiereza de Annibal y de la altivez de Yugurta en su carácter, pensaba que, dado su destino, tanto le iba en morir sobre la arena del Circo entre gladiadores, como en los campos de batalla entre soldados. Al fin, la vida de esclavo era mil veces peor que la muerte, y la ergástula mil veces más negra que el sepulcro. Su corazon se levantó á una gran fortaleza; su oscurecida conciencia á la idea de su derecho, y sus brazos á esgrimir contra Roma la espada que Roma le habia confiado para esgrimirla contra los gladiadores en el Circo. La luz de la libertad cruzó por su espíritu como una revelación celeste, y á su llama se deritieron sus cadenas. Llamó á sus hermanos, les abrió su alma, puso en sus manos las espadas y les guió al Vesubio, que no guardaba en sí tanto fuego como amor á la libertad guardaba el alma del esclavo. Al poco tiempo las ergástulas se vieron abandonadas y solitarias, y los campos de Italia llenos de siervos que habian convertido sus cadenas en espadas. Espartaco queria dejar á Italia y correr con aquel ejército á su patria para respirar en el aire de sus montañas la santa libertad, primera necesidad del espíritu. Pero los esclavos, corrompidos por los vicios romanos, preferian despojar á sus señores de su lujo y de sus riquezas á ganar los montes y en

ellos su nativa independencia. Roma, que habia vencido á tantos reyes, tembló, vaciló algunos momentos delante de sus esclavos. Más miedo tuvo de Espartaco que de Annibal, porque Espartaco era un eterno Annibal invencible y no podia morir mientras quedase en Roma un esclavo. Así la Ciudad Eterna, en aquellos tiempos, que eran los tiempos de Pompeyo, mandó sus primeros generales contra Espartaco. Este héroe, que desde el envilecimiento de la esclavitud se habia levantado á la idea de libertad, peleó, vió caer doce mil de los suyos á su alrededor, todos con la cara vuelta al enemigo, y exánime, sin sangre, agotadas sus fuerzas, hecho una herida inmensa desde el pié á la frente, cubierto de acerados dardos, fué á morir sobre un monton de cadáveres, mártir sublime de la libertad y de la justicia, más digno de ser dueño de la tierra que sus miserables señores. (Aplausos.)

Craso, su vencedor, volvió en triunfo á Roma, volvió entre diez mil cruces, sobre las cuales agonizaban diez mil esclavos que, al exhalar sus almas, laceradas por horribles dolores, las condenaban como inmensa tempestuosa nube sobre la cabeza de Roma. Y en efecto, cinco siglos más tarde, en aquella terrible noche, eternamente triste en la historia, cuando los hambrientos soldados de Alarico revoloteaban como cuervos al fulgor de los incendios sobre los muros destrozados, so-

bre las rotas aras, sobre los mutilados dioses; la antigua Roma, en su agonía, al levantar la última mirada al cielo, debía ver, como la encarnación viva de sus remordimientos, aquella larga procesion de sangrientas cruces, de las cuales descendian como ángeles exterminadores sus antiguos esclavos á aventar á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Todo se gastaba en aquella Roma, cuya terrible agonía era el espanto de la tierra. ¿Qué le restaba para salvarse? La guardia pretoriana. ¡Espantoso refugio! Los pretorianos, los militares, la única fuerza de aquella sociedad, su única vida, su último asilo, ociosos, y por ociosos viciosísimos; alimentados por el trigo de la Annona; dispuestos siempre á ahullar en el Circo (Aplausos); célibes, y por lo mismo muy idóneos para acrecentar la general inmoralidad, viviendo en una orgía eterna; cargados de deudas que venian de antiguo, pues ya sus predecesores decian en tiempo de Pompeyo que no les quedaba más remedio para redimirse de ellas que llamar á su protector Sila de los profundos infiernos; violentos por las complacencias serviles con que los trataba el poder; en vez de amparar la sociedad con su escudo y defenderla con su espada, la quebraban con sus violencias, atreviéndose á todo como si fueran dueños de la vida y de la hacienda de todos los ciu-

dadanos; terrible castigo de una sociedad que habia perdido el escudo del derecho y la fé en el poder de las ideas. (Aplausos.) Siento mucho, señores, verme obligado á tratar del pretorianismo, porque no quisiera que se me atribuyese empeño en tratar cuestiones candentes. El pretorianismo es, como sabeis, el mando de los soldados. Aunque el asunto aparezca erizado de espinas, hablaré, ó mejor dicho, hablará la voz de mi conciencia. (Aplausos.) Yo no soy tan desvariado que quiera una sociedad sin fuerza que la sostenga. La sociedad es como el universo, y el universo cuenta con una gran mecánica que sostiene sus infinitos mündos en los espacios. Pero el pretorianismo, el predominio del elemento militar, es el mal de nuestra raza en Europa, es el mal de nuestra raza en América, y debe ser combatido aunque el pretorianismo tenga para ahogar la voz de nuestra razon la voz de sus cañones. (Aplausos.) He dicho que una sociedad sin fuerza seria un sistema planetario sin mecánica; y ahora digo que una sociedad donde no predominara la razon y su forma social, que es el derecho sobre la fuerza, seria como un sistema planetario sin Dios. (Entusiastas aplausos.) Se pregunta si las armas deben mandar á las letras ó las letras á las armas. Tratar esto me parece tan escusado como si tratáramos de si en el cuerpo humano debe mandar el brazo en la cabeza ó la cabeza en el brazo. (Aplausos.)

Si el más fuerte es el que tiene más derecho para gobernar, cedamos la corona del mundo al elefante. (Ruidosos aplausos.) Las sociedades que se entregan al pretorianismo me parecen aquel Beltran del Bornio, habitador de los últimos círculos del infierno del Dante, que llevaba su propia cabeza en las manos en vez de llevarla donde Dios la puso, sobre los hombros. (Frenéticos aplausos.) La autoridad que sólo se sostiene en el ejército es despotismo. (Aplausos.) La libertad que viene del ejército, tomada pronto de embriaguez, cae en la dictadura. (Aplausos.) El ejército está instituido para vencer y no para mandar. (Ruidosos aplausos.) Las lanzas no pueden ser base firme de ninguna institucion durable. Por eso las sociedades donde el ejército instituido para obedecer manda, están perdidas. (Redoblados aplausos.) Y como en Roma el ejército mandaba, Roma, señores, Roma estaba ya perdida sin remedio. (Aplausos que interrumpen al orador algunos momentos.)

Confieso, señores, que vuestra, permitidme la frase, vuestra maliciosa penetracion va más allá que mis intenciones. (Aplausos.) Hablamos de Roma. (Risas.) Perdido el senado, cerrados los comicios, destruido todo derecho, borradas las antiguas clases, degradado el pueblo, ahogada la libertad que mantiene pura la vida; el ejército, alentado un dia por el tirano Sila, agasajado por César, corrompido por Antonio que despues del

combate lo llevaba á la orgía, alojado espléndidamente por Tiberio en magníficos cuarteles alzados en la montaña Quirinal, no lejos del palacio de los Césares (Ruidosos aplausos); cuarteles fortificados formidablemente para ser como una amenaza perenne extendida sobre Roma (Repetidos aplausos); acostumbrado á nombrar Césares por capricho como á Claudio, ó por dinero como á Galba, ó por placer como á Othon, ó por despecho como á Vitelio; domado un dia por los Antonios, pero libre al dia siguiente por las serviles complacencias de Cómodo; se vió por fin, despues de la corta reaccion del virtuoso Pertinax, emperador que fué sacrificado por las lanzas pretorianas en premio á sus virtudes, se vió dueño absoluto del mundo, dueño absoluto de Roma; y no sabiendo qué hacer de la corona del universo, la colocó sobre una almena, la sacó á pública almoneda, y por mil sextercios ofrecidos á cada soldado la vendió; sí, vendió Roma, la conciencia de la humanidad, el templo de todos los pueblos, el arasagrada de la justicia, porque sin leyes, sin autoridad, sin freno, sin norte, cuando todo poder cayó en sus manos, solo supo comerciar á vil precio con la majestad del Imperio. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Siempre que se quiera estudiar la decadencia de una sociedad entregada al régimen militar, el ánino se detendrá ante los últimos dias del Impe-

rio. La indisciplina era la ley de vida de los soldados. Su dios era su antojo. El donativo el único móvil de sus acciones. Los comicios políticos se habian cerrado pero quedaban los comicios militares. No se discutia en el Foro, pero se discutia en el cuartel. Los jefes de los pretorianos se asentaban entre los jueces. El prefecto del Pretorio era la primera autoridad de Roma, la cabeza del consejo de los Césares. Estos no se curaban de refrenar las tropas, sino de contentarlas; porque las tropas los habian alzado al trono con sus escudos, y podian derribarlos del trono con sus espadas. Sin familia, casi sin patria, porque muchos de ellos eran extranjeros; sin dioses, puesto que la conciencia de la sociedad espiraba, iban los pretorianos á Roma como á una bacanal, como á una orgía. Aunque célibes, Claudio les concedió los derechos de los padres de familia, y más tarde Septimio Severo les permitió que se casaran. A todo se atrevian creyendo que todo cuanto les era posible les era permitido. Los propietarios habian sido despojados por ellos, y las tierras por ellos esterilizadas. En los confines del Imperio tenian tambien grandes territorios que al momento quedaban yermos bajo sus manos de hierro. Su paga crecia á medida que crecian sus desórdenes. Un ilustre economista ha calculado que el soldado romano costaba treinta y cinco céntimos diarios durante la República, setenta desde César á Domi-

ciano, ochenta y cinco y más aun desde Domiciano á los últimos dias del Imperio. Y á esto hay que agregar el alojamiento, el vestido, la armadura, las recompensas extraordinarias, los juegos y festejos, y el trigo, la carne, el vino con que de continuo entretenian los Césares el hambre de aquellas fieras para que no devorasen el Imperio. De suerte, señores, que el soldado era el rey de Roma levantado sobre la cima del Capitolio. Vosotros, los que todo lo fiáis á la fuerza, entended que el soldado era á un mismo tiempo el rey y el verdugo de Roma. (Aplausos.)

Semejante gobierno, señores, necesitaba oro, muchísimo oro. Vespasiano anunciaba al mundo asustado que Roma habia menester para sostenerse cuarenta mil millones de sextercios anuales, cerca de diez millones de reales. De aquí nacian aquella inmensidad de tributos que no pueden mencionarse; que mi memoria no puede repetir aquí; el canon frumentario para alimentar al pueblo; la contribucion territorial directa que se llevaba la quinta parte de la renta; el diezmo sobre todas las especies; impuesto sobre las minas cuando no se las quedaba el emperador para explotarlas en su provecho; impuesto sobre las canteras y muy especialmente sobre las de mármol; impuesto sobre los ganados trashumantes; despojo, cuando la necesidad lo pedia, á la Campania de todas sus ovejas y cabras, á la Armenia de todo

el salazon que hacian sus habitantes; vectigalia, ó renta de aduanas; portuaria, ó impuesto sobre los barcos; consumos, esa contribucion sin la cual no pueden pasar muchos gobiernos modernos, que arranca el amargo pedazo de pan á la boca del pobre mientras deja libres los dispendios del rico; el veinte y cinco por ciento sobre la manumision de los esclavos, y el veinte sobre los testamentos; contribucion por las cloacas; contribucion por las columnas urinarias establecidas por el avaro Vespasiano, del cual se cuenta que como Tito le echase en cara que ni siquiera el orin se libraba de su fisco, oliendo una moneda proveniente de este tributo, dijo: «pues el metal no huele á orines» (Risas); patentes carísimas por la industria; patentes por ejercer el infame oficio de la prostitucion; impuesto á los célibes y á las viudas que tardaban en contraer nuevas nupcias; contribucion por andar, por beber, por el aire que se respiraba, por las exhumaciones, que debia hoy resucitarse á ver si ciertas gentes dejaban en paz los huesos de los muertos (Risas); contribuciones todas que exigian una infinidad de censores, de alcabaleros, de publicanos que caian como inmensa nube de langosta sobre poblaciones y campos y los devoraban; que el despotismo es un mónstruo que siempre tiene hambre. (Prolongados aplausos.)

Y ¿cómo se podian sacar tantos tributos, cuan-

do la población disminuía en todas partes? Las clases aristocráticas se habían extinguido. Desde los tiempos de Augusto estaban desfallecidas. La dictadura del Imperio había acabado de borrarlas de la tierra. Los caballeros que formaban el núcleo de la clase media murieron con la República. El pueblo romano reclutaba gentes por todo el orbe, pero no crecía. Los desgraciados esclavos fenecían por el exceso del trabajo. El vicio se oponía al aumento de la población. La prostitución es siempre estéril. La falta de industria quitaba actividad á las fuerzas humanas. El monstruo de la guerra vivía rumiando pueblos. La administración, á medida que moría el Imperio, era más onerosa y tiránica. Los decuriones, los magistrados populares, debían salir con sus propiedades fiadores del pago de los tributos en cada pueblo, y como los tributos eran tantos y tales, no podían satisfacerse y los principales de los pueblos se veían reducidos á la miseria. Y el Imperio, en su hambre voraz, enviaba sobre el mundo romano censores, gente encargada de la estadística que contaba las riquezas como les placía, y los campos y los ganados, y atormentaban á los pobres pobladores; de suerte que los magistrados romanos habían pasado á la categoría de feroces conquistadores, y el mundo á sufrir de nuevo el dolor de una conquista. El Imperio no podía mantener su lujo y apelaba á la confiscación, al despojo universal,

Los ciudadanos desfallecían desesperados, pues ni la tierra del Imperio estaba segura bajo sus plantas.

Y esta civilización descreída, esta civilización materialista ¿dónde tenía un consuelo? ¡Ah! en ninguna parte. Roma creía llenar su espíritu reuniendo todos los dioses, como había llenado su ambición reuniendo todos los pueblos. ¡Engañosa ilusión! El espíritu es un abismo que sólo se llena con lo infinito. El romano se hastiaba después de salir de aquel templo donde estaban los dioses de todos los pueblos vencidos; la tosca lanza sabina que les abrió el camino de la tierra; las rientes divinidades griegas coronadas por el iris y precedidas de la diosa Armonía que derramaba alegres acordados sonos de su lira de oro suspendida en los cielos; los gigantescos dioses del Oriente; los libros sibilinos que guardaban los misterios de lo por venir; el dios Espanto con su cabellera de serpientes entrelazadas con bastones augurales; el Palladium, el fuego de Vesta, las imágenes de Braham y Orfeo conducidas por Alejandro Severo; el espíritu de Cleopatra y de Berenice que erraba como fuego fátuo por aquellas aras; el dios erótico de Heliogábalo, cuyo culto confundía todos los vicios, agotaba todos los placeres; dioses en cuya presencia pasaban en vano los representantes de todos los cultos; los suplicantes con sus sensuales plegarias en los labios; los lascitenas arrojando

ramas de verbena y puñados de blanca harina y vino de las ánforas etruscas; los sementinos con manojos de doradas espigas; los flamines coronados de hojas de encina llevando vacas blancas como la nieve con cuernos dorados como el sol; los victimarios desnudos de medio cuerpo arriba y envueltos de medio cuerpo abajo en paños de púrpura; todos pidiendo á una con voz tremenda nuevo dios, nueva fé, y cayendo desplomados con la duda en la inteligencia y la desesperacion en el pecho sobre el mar de cieno en que se hundia Roma. (Entusiastas aplausos.)

Observad, señores, que Roma habia realizado la unidad del mundo, y con esto habia hecho un gran servicio á la humanidad. La ley de su vida era el sincretismo religioso y el sincretismo político. Pero su sincretismo religioso mataba al individuo, mataba la personalidad. Era necesario que esta idea de la personalidad naciera, y para tal fin la gran lógica de los hechos que llamamos Providencia trajo á los bárbaros. Sin la idea de personalidad se perdía la idea de libertad, y con la idea de libertad la ley sublime de la variedad en la vida. Y así como el sincretismo religioso mataba la personalidad, el sincretismo político mataba la nacionalidad, mataba la patria. ¿Y concebís la vida sin la patria? Por eso, señores, en el período del siglo tercero, que la historia augusta cuenta, y que se llama período de los treinta tiranos, en

ese período veo un despertamiento de la idea de la patria en el esfuerzo triste, desesperado, que para tener un César propio hacen las naciones. No era posible que Roma viviese mucho tiempo fundándose su vida en el aniquilamiento del individuo y en el aniquilamiento de la patria. ¿Quién no siente el amor á la patria en el corazón? La patria, tierra sagrada de cuya sávia es la sangre de nuestro cuerpo; hogar del espíritu que guarda nuestras primeras ilusiones, nuestros primeros amores; templo donde se ha perdido la primera oracion que ha exhalado el alma, y donde deseamos que se pierda también el postrer suspiro que se escape de nuestro pecho; la patria, cuya historia es nuestra misma historia, cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras esperanzas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros padres, las reliquias de todo lo que hemos respetado y querido; porque está amasada con la sangre de nuestros primogenitores, porque sobre su sagrado suelo ha caído la santa lágrima de dolor que costó á nuestras madres nuestra vida (Estrepitosos aplausos); la patria se levantará siempre á reclamar nuestra existencia: que entre la tierra de que somos hijos y el espíritu, ha puesto Dios armonías eternas, y por eso serán siempre en la memoria de la humanidad santas las guerras intentadas por los pueblos para recabar el suelo pa-

trio; y por eso bajaremos eternamente la cabeza todas las generaciones ante la sencilla inscripcion de las Termópilas, donde se cuenta el sacrificio de los trescientos espartanos; y besaremos con respeto el polvo de Zaragoza y de Gerona; y saludaremos como el héroe de nuestro siglo al poeta, al ángel caído, que llevando la duda enroscada al pecho, muere despues de haber peleado por la independencia de Grecia, eterna patria de su espíritu; y mientras maldecimos á los tiranos que han aherrojado á Hungría y se han repartido como chacales los huesos de Polonia, saludamos alborozados á Italia, la eterna mártir de la historia moderna, que se levanta del polvo y llama á todos los esclavos á una santa cruzada; pues los pueblos que derraman su sangre por la patria son los soldados de la libertad, los soldados de la civilizacion, los soldados de Dios. (Ruidosos y prolongados aplausos.) Y hé aquí, señores, cómo la caída del Imperio romano no debe acongojarnos, porque van á salir de sus restos el primer albor de la libertad y el primer bosquejo de la patria.

Pero muy especialmente, señores, lo que va á surgir de la tumba del Imperio romano es el espíritu transfigurado en los altares del Cristianismo. Delante de un mundo que solo rendia culto al poder, á la fuerza, á la riqueza, y que se consumia en la fiebre del materialismo, exclamaba el Redentor: «Bienaventurados los pobres, los ham-

brientos, los que lloran, porque de ellos será el reino de Dios. Más fácilmente pasará una maroma por el ojo de una aguja que un rico entre en los cielos. Venid, benditos de mi Padre, porque he tenido hambre y la habeis satisfecho, he tenido sed y la habeis apagado, he estado sin asilo y me habeis recogido, desnudo y me habeis vestido, enfermo y me habeis curado, preso y me habeis visitado.» Y como le preguntaran los justos cuándo habian hecho esto con el Señor, les contestaba: «En verdad os digo, cada vez que habeis hecho esto con alguno de mis pobres, lo habeis hecho conmigo.» Uno de los principales de un pueblo interrogaba al Salvador diciéndole: «Buen maestro, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?»— «¿Por qué me llamais bueno? le dijo el Salvador. Solo Dios es bueno. Si quereis entrar en la vida eterna, guardad los Mandamientos.»— «Los he guardado desde mi infancia; ¿qué me resta que hacer?»— Jesús le dijo: «Si quereis ser perfecto, vended lo que poseeis, repartiendolo entre los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos. Bienaventurados los hambrientos, porque serán satisfechos. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. ¡Ay de vosotros, ricos, ay de vosotros, hartos, que vosotros tendreis hambre! ¡Ay de los que rien, porque llorarán y sollozarán! Dad á quien os pida, prestad sin interés. Si prestais á aquellos de quien aguardais algo, ¿qué se

os debe por esto? Los pecadores prestan porque les presten. Vosotros sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. El que no renuncia á todo lo que posee no puede ser mi discípulo. Ninguno puede servir á dos señores, y así vosotros no podeis servir á Dios y á Mammon. Por eso os digo, no os inquieteis por vuestra vida por lo que habeis de comer, ni por vuestro cuerpo por lo que habeis de vestir. Mirad las aves del cielo, que ni siembran ni cogen, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Por qué desasosegaros por vuestros vestidos? Mirad, los lirios del campo crecen, y no trabajan ni hilan. ¿Salomon no está en su trono vestido como uno de ellos? No os desasosegueis preguntando qué comeremos, de qué nos vestiremos. Los gentiles se inquietan de esto, pero nuestro Padre Celestial sabe lo que necesitais. Buscad primero el reino de Dios y su justicia; y lo demás se os dará por añadidura.»

El Cristianismo, pues, traia principios que ninguna discusion han producido, que ninguna discusion debilitará, porque son principios grabados indeleblemente en nuestra conciencia, en nuestra naturaleza. El hombre podrá dejar de seguirlos en su vida, pero no podrá dejar de adorarlos en su mente. El principio de igualdad desconocido de las antiguas sociedades, será el primer principio cristiano. El vasallo será como su rey, el discípulo como su maestro, el esclavo como su dueño.

Así en aquella sociedad cristiana el único rey es nuestro Padre Celestial que levanta el sol sobre los poderosos y los humildes, y que sostiene con su aliento de vida desde los ángeles hasta el gusanillo perdido en el polvo de la tierra. Todos los cristianos se juntaron en esa idea de Dios como se juntan todos los mundos en los espacios. En las cenas cristianas llamadas agapas, porque el amor divino las protege, no hay ni esclavas que dancen, ni músicos que llenen el aire de alegres sinfonías, ni gladiadores que peleen, ni reyes del festin que deshojen rosas sobre los vasos de esmeraldas, ni corrompidos patricios; porque esclavos, gladiadores, mendigos, patricios, todos se sientan á una misma mesa, todos comparten un mismo pan, y su único cántico es el hosanna consagrado al Dios de las alturas; y su única alegría la esperanza de otra vida mejor; y su única ocupacion orar por los muertos, alentar al martirio á los vivos, socorrer al pobre, curar al enfermo, unir todas las conciencias en el regazo de las verdades religiosas, luz y vida del espíritu. Así el principio de la fraternidad se realiza. Los ricos y los pobres forman como un solo cuerpo en las Catacumbas. Aquellos dan lo supérfluo para que estos tengan lo necesario. Las Actas de los Apóstoles nos dicen que todos los que creían en Cristo eran iguales, y cuanto poseían lo poseían para todos. Muchos vendían sus propiedades y repar-

tian su valor entre los necesitados. Así no había pobres ni ricos entre ellos. Era aquella una sociedad fundada en la igualdad, una familia de hermanos. Su ideal, luminoso, purísimo, estaba en el cielo y levantaba al cielo la decaída tierra. Era aquel verdaderamente el reino de Dios, sí, el reino prometido de la justicia, de la libertad, que aún esperamos ver renacer sobre la faz de la tierra. No había allí ni señores, ni esclavos, ni soberbios, ni fuertes, ni yugos, ni cadenas; no había más que hombres libres, iguales, hermanos, adorando un mismo Dios, unidos en la felicidad y en la desgracia; entreveían desde la tierra para mayor consuelo un día sin noche, un sol sin mancha, un eterno ideal de justicia; sociedad espiritual, que se levanta entre el trono de los Césares y la ergástula de los esclavos, como el primer matiz de la alborada entre las sombras de la noche. Su virtud, su santidad era su fuerza, y su palabra el único medio que tenía de extenderse por el mundo y de vencer y desarmar á sus perseguidores.

No había remedio, aquella sociedad estaba destinada á vencer. Mientras la sociedad romana se hundía cada vez más en el egoísmo, la sociedad cristiana se elevaba en aras del amor. Cada pagano se encerraba en sí, cada clase en su privilegio, el César mismo era un gran solitario en la cúspide del mundo; y los cristianos compartían sus propiedades, su trabajo, sus dolores, sus es-

peranzas. El amor del sentido habia viciado la familia pagana hasta disolverla, y el amor divino del espíritu avivaba aquella sociedad cristiana de tribulaciones y dolores que ni siquiera podia respirar el aire libremente, ni invocar el nombre de su Dios á la luz del sol. La desesperación arrastraba á los paganos al suicidio, y la esperanza en una vida infinita sostenia á los cristianos en el tormento y en el martirio. Cuando las viejas águilas romanas clavaban sus garras en el corazon de los cristianos, estos murmuraban las palabras del Apóstol: *veritas liberabit vos*, y tenian una confianza divina en el triunfo de su libertad.

Mientras la Roma pagana moria por el odio enconado de unas clases á otras clases; odio del emperador al patricio, odio del patricio al plebeyo, odio á todos del esclavo, el Cristianismo juntaba todas las clases, todos los hombres en aquella Iglesia universal, superior al mundo pagano, y que flotaba pura sobre el mar de vicios en que se anegaba Roma. La Iglesia habia sido en el siglo primero Iglesia apostólica. A la esclavitud romana sustituia la libertad de discusion, al silencio del Imperio la palabra. Todos los cristianos se confundian en un solo espíritu, y celebraban la Pascua del cordero espiritual en el mismo dia en que los materialistas adoradores del rito antiguo celebraban la Pascua del cordero material. Así el Cristianismo llamaba á su regazo á los hombres hastiados de

aquel vicioso festin del mundo antiguo. Durante el siglo segundo la Iglesia, recatándose en lo posible de la persecucion pagana, alzaba sus aras junto á las aras de los antiguos dioses. En Efeso se elevaba al lado del oráculo de Diana la oracion de la nueva fé. En Corintho, en la ciudad de las fiestas paganas, celebraban los cristianos su severo culto. En la plaza de Atenas se oian sublimes palabras como no las habia pronunciado Platon mismo en los instantes de más inspiracion y elocuencia. En Roma, bajo el trono de los Césares, ardia la llama de la nueva idea destinada á consumir el Imperio. Y todas estas iglesias eran una por la fé, una sola por el amor. Los ancianos las gobernaban, y los diáconos eran los ministros de los ancianos. La eleccion popular designaba á los que debian dirigir aquella sociedad. Los esclavos entraban en ella porque el Cristianismo acababa de reconocer la unidad espiritual de los hombres. No podia la nueva religion desarmada emanciparlos socialmente, pero emancipaba su espíritu. La fiesta del sábado se trasladaba al domingo. Esta traslacion, que á primera vista nada significa, sin embargo, significa que los cristianos se apartaban del sentido estrecho del judaismo. Dos ceremonias celebraban todos los dias, una cuando el sol surgiendo por Oriente derrama la alegría y la vida en el mundo; otra cuando el sol se duerme y convidan las tinieblas á la meditacion y al recogido.

miento; y en ambas entonaban coros sagrados mezclándose las voces de los niños, de las mujeres, de los jóvenes, de los ancianos en un acorde religioso, y sentándose despues todos á una misma mesa á partir el pan de cada dia como en la oracion se repartian sus ideas y sus esperanzas.

La propagacion del Cristianismo era verdaderamente rápida. Grandes oposiciones le cerraban el paso, pero estas oposiciones aumentaban la grandeza del Cristianismo con la fuerza del contraste. El naturalismo antiguo, la religion de la naturaleza, no podia comprender aquel culto del Dios invisible, en que los holocaustos eran ideas, y desde sus altares manchados de sangre intentaba devorarlo como la serpiente al ave que cruza la inmensidad del éther. Pero el contraste del espiritualismo cristiano con el sensualismo antiguo heria con viva luz los ojos de los hombres cansados de tinieblas. La corrupcion de costumbres se oponia tambien al Cristianismo. No era fácil que el romano renunciase á sus cenas orientales, á sus báquicas orgías, á sus viviendas encantadas, á sus teatros, á los juegos del Circo y al amor sensual que lo devoraba. Pero en cambio cuando veia aquellos cristianos tan felices por los goces del espíritu, tan serenos en la persecucion, tan resignados en el martirio, tan superiores á todos los hombres por sus ideas y por sus virtudes, la conciencia se despertaba en el espíritu del pagano y

le recordaba la nativa nobleza de su espíritu y le infundía la esperanza en la inmortalidad. Así por una maravillosa combinación, lo mismo que era causa de la persecución contribuía á fortalecer y propagar el Cristianismo.

Por la virtud principalmente de sus ideas se extendía el Cristianismo. A la virtud de sus ideas se unía la fuerza de su predicación, la constancia en su propaganda. En el siglo tercero del Cristianismo tenía escuelas en Antioquía, asamblea al pié del Cáucaso, sectarios en Persia, misioneros en la India, en el centro del África, hasta en los bosques inexplorados de Germania que tan grande espanto ponían en el ánimo de Roma. Pero había tres iglesias que daban en este tiempo tres grandes elementos de vida á la propagación del Cristianismo; La iglesia de Alejandría, la iglesia de Cartago, la iglesia de Roma. Alejandría, la ciudad de las sectas, de las bibliotecas, de las escuelas, el lecho nupcial del Oriente y Grecia, daba los grandes pensadores, los grandes filósofos de la nueva idea. Roma, la ciudad de la jurisprudencia, del derecho, de la política, daba los grandes jurisconsultos, los grandes organizadores de la nueva sociedad; y Cartago, la ciudad de los antiguos guerreros africanos, la ciudad numida, daba los soldados de la nueva idea que profesaban á la Roma pagana un odio tan grande como el odio de Annibal. Alejandría pensaba, Roma organizaba y

dirigia, Cartago luchaba. Así el Cristianismo abrazando toda la vida del hombre se extendía por toda la tierra, por toda la habitación del hombre. Pero especialmente triunfaba por las naciones occidentales. En las Galias ganaba grandes prosélitos. Tres religiones principales había en las Galias; la griega en Marsella, la romana en Lion, la celta en el interior y en el Norte. El Cristianismo fundó en Lion una grande iglesia, y sus misioneros no se contentaron con extender la idea cristiana para la Galia latina, sino que la llevaron también á los templos celtas, á los bosques oscuros y espesos, donde gemían los dioses al par de las aves carniceras, donde el sol no penetraba con sus rayos ni las estrellas con sus reflejos, donde crecían á su antojo las plantas y sobre el tronco de la encina el verde muérdago; donde se escuchaban cantos feroces y estridentes como el choque de las espadas en el campo de batalla, y donde se veían sobre el ara que destilaba sangre tendidos los cuerpos humanos con un cuchillo en la garganta; holocausto ofrecido á las divinidades bárbaras y vengativas, cuyo aliento era como el soplo de la muerte, cuya única idea la guerra, cuya única satisfacción la venganza. Y seguía el Cristianismo su camino, y entraba en las selvas de los germanos, y llamaba á su culto á los sacerdotes que rociaban con sangre los templos, con sangre las aras, con sangre los altares. Y se exten-

dia tambien por los últimos límites de Occidente, por España, donde en tiempo de Domiciano ya contaba defensores, donde más tarde tuvo mártires como Fructuoso de Tarragona, como Vicente de Valencia, como Justa y Rufina de Sevilla, como los innumerables que murieron sobre la tierra sagrada de Zaragoza, y obispos como Ozio, honra de la humanidad, y concilios como el de Iliberis, que por sus doctrinas y por sus leyes pudo servir de modelo á la Iglesia universal.

Concluyamos, señores, porque el tiempo apremia, y os he molestado ya bastante. Los que creen que el mundo se pierde, los que á todas horas nos anuncian que se oye sonar en los aires la trompeta del juicio final, los que desesperan de esta sociedad y no creen en el progreso, pueden contemplar estos siglos en que una sociedad decaia consumida por sus vicios, y se levantaba otra sociedad llena de virtudes, para convencerse así de que Dios jamás abandona el mundo de su mano, y de que la libertad crece, y el progreso se cumple bajo la proteccion de la Providencia. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

LA FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

LECCION CUARTA.

SEÑORES :

Confieso ingénuamente que siempre que comienzo mis lecciones me asalta inusitado temor que embarga mi ánimo y hiela mi palabra. Hay algo que me aterra más que la magnitud del asunto y la debilidad de mis fuerzas, y es, ¿lo creéis? vuestra inagotable benevolencia. Al ver vuestro interés, vuestro entusiasmo por escucharme y lo poco que merezco ese interés, ese entusiasmo, tiemblo, vacilo, y si me aconsejara solo de mi corazón, descendería de esta cátedra y ocultaría mis pobres ideas en merecido silencio. Digo esto, no por afectación retórica de que soy incapaz, atendida la ingenuidad de mi carácter; lo digo por convencimiento íntimo, profundo, cada día mayor en mi ánimo. Yo no podría negar sin notoria ingratitud que el entusiasmo de los

que me escuchan excede los límites del encarecimiento; pero tampoco podría desconocer sin orgullo que ese entusiasmo nace, no de mi palabra, pálida y pobre, sino de las ideas de regeneración científica y política que tenazmente defiendo. Yo valgo poco en mí, y mucho ménos en presencia de mi idea. Y si alguna vez he debido hacer estas reflexiones, sin duda alguna es en esta noche en que voy á hablar de la filosofía alejandrina, materia difícil, abstracta, poco idónea para los arranques de la elocuencia, para las galas de la palabra. A esto se añade lo que debemos confesar sin rebozo, nuestra inexperiencia filosófica, no solo la inexperiencia del que en estos momentos habla, que es mucha, sino la inexperiencia tambien de la nación á que pertenecemos. Nosotros no hemos tenido filosofía, y sobre todo, no la hemos tenido en los dos siglos en que la filosofía emancipada de la tutela escolástica ha hecho mayores progresos. Triste es decirlo; pero no hay fuerza que baste á contrastar el deber de decir la verdad, por penoso que sea el cumplimiento de este deber. Nadie me aventaja, absolutamente nadie, en admirar aquellos tiempos en que un español, San Isidoro, salvaba con su ciencia universal la urna funeraria de la civilización antigua, y más tarde otro español, Alonso X, levantaba el primer código con que se honra la Edad media; aquellos tiempos en que nuestros poetas pulsaban armoniosa lira y

nuestro teatro era el primer teatro del mundo; en que á la luz de las últimas pavesas de los siglos pasados escribía un manco inmortal el poema de los siglos futuros; en que nuestros pintores trazaban aquellas Vírgenes de Murillo, idealización de la naturaleza humana iluminada por la luz de los cielos; aquellos cuadros de Velazquez, copia fiel de la realidad de la vida; en que nuestros teólogos llenaban el Concilio de Trento y nuestros sabios la Universidad de París; en que nuestros navegantes, guiados por la estrella de su genio, subyugaban las olas, doblaban el Cabo de las Tormentas, unían el Asia, el mundo de los recuerdos, á Europa, el mundo de las ideas; en que, á la voz mágica de España, surgía del seno ignorado del Océano un nuevo mundo tan puro y luminoso como la creación en los primeros instantes de su inmaculada vida; en que nuestros soldados, conducidos por su fé, escribían aquel poema cuyas páginas se llaman Covadonga, Simancas, Clavijo, Las Navas, Tarifa, Granada, y convertían en ciudades españolas Nápoles, Palermo, Milan, y sostenían en el Monte Tauro y en el Eta el vacilante imperio de Oriente, y salvaban la Hungría, y entraban vencedores en Atenas, y amenazaban á Inglaterra, y vencían á Francia, y subyugaban los Países Bajos, y apagaban en las aguas de Lepanto la soberbia media luna, y herían con sus espadas el suelo de Africa y convertían al Cristia-

nismo la América; aquellos tiempos en que nuestras huestes, como llevadas en alas del huracan, llenaban á un tiempo todos los campos de batalla, y nuestro Imperio era más maravilloso que el Imperio de Alejandro, y nuestras conquistas más grandes que las conquistas romanas; y el sol se veia condenado á iluminar eternamente nuestros dominios, y donde quiera que el mar se removia siempre encontraba costas españolas: que era estrecha la tierra á nuestra gloria, pequeña para encerrar nuestro inmenso espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Notad, señores, ¡qué grandes, qué divinas esperanzas sentia nuestro país en su seno cuando comenzaban los tiempos del renacimiento! En aquellos dias en que el descubrimiento de América doblaba la creacion y eternizaba el espíritu el descubrimiento de la imprenta; y el descubrimiento de la brújula abria caminos seguros en los mares y el descubrimiento del telescopio seguros caminos en el cielo; y la pólvora hacia saltar en fragmentos los castillos feudales; y los ejércitos señoriales caian y comenzaban á levantarse las nacionalidades; y la tierra oscilaba buscando nuevos rumbos en su carrera triunfal por el espacio; y la estatua griega surgia del polvo con el cántico de sus poetas en los labios; y la naturaleza se despertaba en las obras de Leonardo de Vinci; y Miguel Angel coronaba con la rotonda del templo

pagano de todos los dioses el templo universal del Catolicismo; y Rafael idealizaba las formas humanas maceradas antes por los tormentos de la Edad media; y el espíritu de Platon evocado en Florencia derramaba esperanzas de inmortalidad por las orillas del Arno; en aquellos dias en que la civilizacion tanto se habia agrandado, en que el hombre tanto habia crecido, el genio español aventajaba al genio de todas las naciones; y Luis Vives combatia con voz más pujante que la de Bacon el opresor escolasticismo, y proclamaba con Erasmo y Budeo la libertad de pensar; y Antonio de Nebrija desenterraba la civilizacion clásica; y Servet descubria antes que Harvey la circulacion de la sangre; y Blasco de Garay encontraba nuevas fuerzas para auxiliar al navegante; y Huarte unia en su exámen de ingenios á la fisiología el espiritualismo platónico; y Pereira presentia un siglo antes que Descartes el fundamento psicológico de la filosofía moderna; y Vega enseñaba en Wilma, y Laguna en Colonia, y Virues en Viena, y el Broscense en Salamanca; genios gigantes, que auguraban el primer movimiento intelectual acaso de toda la historia moderna; que llevaban bajo las alas de su espíritu dias de gloria inmarcesible para la patria; y que se quedaron sin continuadores, porque el humo de la Inquisicion nubló el cielo de nuestro espíritu, asfixió nuestra conciencia, reduciéndonos al estado de aquel Cár-

los II, hechizado en su alma, impotente en su cuerpo; ó al de aquel Segismundo de Calderon, imágen fidelísima de nuestro espíritu nacional, encerrado en una caverna, lejos del mundo, oprimido bajo el peso de sus cadenas, envidiando la libertad del arroyo, del árbol, del pez, del bruto, del ave, mayor indudablemente que la suya, y concluyendo por dudar de la verdad del mundo, de la evidencia interior de su espíritu, que el excepticismo es el resultado de la servidumbre del espíritu, pues el pensamiento no vive sin libertad como el cuerpo no vive sin aire; y por eso el pensamiento muere en las desgraciadas naciones que como la antigua España entregan su cabeza á la coyunda vil del despotismo. (Aplausos.)

Pero entremos, señores, en materia. Ya visteis en la pasada conferencia, cómo espiraba la civilización antigua, cómo se destruía el Imperio romano. Ya visteis cerrados los comicios; trocada la República en una gran dictadura; concentradas todas las magistraturas y dignidades de Roma en un César; cumplido el destino del Imperio con la constitucion antonina; declarados todos los hombres ciudadanos de Roma; trasformado el derecho quiritaro antiguo por el edicto perpétuo en derecho humano; imposibilitados los Césares de salvar de su ruina la Ciudad Eterna; convertido ¡qué horror! el puñal en única esperanza de las perdidas libertades; mudo el senado y trémulo en pre-

sencia del tirano cuando la tierra temblaba en otro tiempo en su presencia; extinguida aquella aristocracia tan grande en brazos del placer y del ocio; desmoralizado el pueblo que trocaba sus derechos por el trigo de la Annona y los juegos del Circo; corrompidos los soldados, los pretorianos, que al apoderarse de la sacra majestad del Imperio la vendian como cosa valadí en pública almoneda; convertido el trono del mundo donde iban á coronarse con el derecho universal todas las razas en una inmensa ergástula por crecimiento de la gente de origen servil y la disminucion de la gente de origen ingénuo; arrojados todos los dioses en el Panteon á manera de montones de cadáveres en una huesa; conducido el sincretismo espiritual hasta el punto de matar la variedad de la conciencia individual y el sincretismo político hasta el punto de matar la variedad de las nacionalidades; factores necesarios en la vida y que debian traer de un lado la reaccion de las naciones vencidas contra Roma, y de otro la venida de los bárbaros, los cuales con la tea encendida en una mano y la espada en la otra, manchados de sangre hasta la rodilla, y con el grito salvaje de sus legiones en el pecho, entierran el cadáver de la antigua sociedad, y crean una sociedad nueva, para que no se pierda ni por un momento, la renovacion misteriosa de la vida en el inmenso seno de los siglos. (Ruidos y prolongados aplausos.)

Pero al mismo tiempo que hemos visto el antiguo mundo descomponerse en la esfera de los hechos, veamos su espíritu condensarse en la esfera de la ciencia. Hemos visto la corriente de los hechos yendo á perderse en el Imperio romano, veamos la corriente de las ideas yendo á reunirse en la filosofía alejandrina. No olvidemos de ninguna suerte que la edad que estamos historiando es una edad de síntesis. El mundo antiguo va reuniendo, va condensando todas las ideas principales de la historia: el Oriente y el Occidente en Roma; la epopeya de la guerra, la Iliada, y la epopeya de los viajes, del trabajo, la Odisea en la Eneida; el carácter individualista de los epicúreos, y el carácter universal de los estóicos en el derecho romano; los tres órdenes de arquitectura en los grandes edificios del Imperio; la teogonía oriental y la teogonía griega en el gnosticismo; los jónicos y los eleáticos, Pitágoras y Sócrates, Platon y Aristóteles, el empirismo y el idealismo, el Asia y Grecia, las ideas del judío Philon y las ideas del griego Numenio, Jesusalem y Atenas; todos los elementos de la antigua ciencia, todas sus antítesis, en la síntesis espléndida de la filosofía alejandrina; como si presintiendo el antiguo mundo que llegaba su fin, reuniera todas sus ideas para presentarse ante el juicio de Dios que brilla sobre todas las catástrofes, que se refleja en todas las páginas de la historia. (Aplausos.)

El carácter de la filosofía alejandrina es la union del Oriente y Grecia. Para conocer este carácter es necesario conocer un hombre que ha condensado en su heróica alma todo el espíritu helénico. La historia es una continua encarnacion de ideas. El hombre que deja honda huella en la tierra es el verbo humano de un pensamiento que llena su conciencia. Los grandes hombres son formas varias que revisten las grandes ideas. El logos que en el derecho, en la literatura, está en su esencia espiritual, toma carne, y se hace hombre en la realidad de la vida. Por eso estudiando la vida se ve que una razon divina gobierna al mundo y al espíritu, al sol y al hombre. La diferencia está en que el sol cumple su ley sin conocerla y el hombre conociéndola, porque es inteligente; el sol no puede menos de cumplir su ley, y el hombre puede dejar de cumplir la suya porque es libre. Pero ¡cuán grande es el hombre que siente y conoce y realiza la idea providencial cuyo cumplimiento le está reservado! Contemplad conmigo el héroe que llevado como en áurea nube de gloria y de poesía, atraviesa todo el Oriente, contempladlo, que acaso no ha tenido la historia un alma tan grande como la suya. El genio de Grecia se hubiera perdido en la vida como la estela en el mar; el eco de su lira y de su canto se hubiera disipado como el ruido de sus festines en los aires, si la Providencia no resucitara aquel héroe, verdadero

ideal de la risueña juventud de la humanidad; soldado como un macedon, poeta como un ateniense, austero como un espartano; hijo de Filipo, debelador de Grecia y de Olimpia, descendiente de Aquiles; discípulo de Aristóteles, del genio más universal de la antigüedad; parecido á Apolo en hermosura segun los bustos de Licipo, y en los varios cambiantes de sus profundos ojos que tomaban todos los matices del mar de sus pensamientos; irreflexivo y riente como el genio helénico; elocuentísimo porque la palabra valia más que la espada en los campos griegos; adorador de Homero cuyos versos inmortales repetia entre el ruido de los combates; tocado por el dedo de Dios que encendió en su cerebro una centella de espíritu creador, y que, predestinado á unir dos mundos hasta entonces divididos, se corona de verbena, toma en sus manos la copa de oro donde hierve el néctar de la vida griega, llama á la legion macedónica que le sigue cantando sin saber dónde la lleva, se despide de la liga anfictiónica, atraviesa el Bósforo, arroja su flecha á las riberas del Asia como para decirle que aquel mundo griego tan pequeño, cuya vida creyó acabar el Oriente bajo las plantas de sus elefantes, va á dominar sus dominadores, y fuerte como Hércules sigue al revés el camino de las expediciones de Baco; destroza á Tiro, entra en Persópolis, se corona rey en Babilonia, llega á la India sin saber que es aque-

lleva la patria de su raza y la cuna de sus dioses; llena con su cántico los desiertos, hace que las ondas repitan el eco de su nombre, toca en los últimos límites del mundo conocido, saluda, á las mómias egipcias, bebe el agua del Nilo y del Eufrates y del Ganges. Más que venciendo como conquistador, peregrinando como artista, reúne todas las razas en su tienda, desposa los héroes vencedores con las esclavas vencidas, nupcias en que se juntan y confunden las almas de dos civilizaciones; enseña á los persas á leer los versos de Esquilo y Sófocles; arranca á los escitas de los sacrificios humanos; se asienta entre dos mundos enemigos y los une estrechándolos contra su corazón; y cuando despues de haber dejado en la tierra huellas más profundas que ningun otro hombre, baja su cabeza jóven al peso de la muerte, como la flor que se troncha al peso de un insecto, y cesa el combate, y el eco de las armas, y el galopar de los caballos, y el estridente ruido de los carros de guerra, de las lanzas, de los escudos de acero; y queda su idea en Alejandría, donde se reúnen todas las teogonías, todas las escuelas, todos los sistemas, todas las razas para continuar la obra de Alejandro, como si el alma de este héroe fuera semejante al sol que desde el ocaso dora con sus resplandores los horizontes, y en la oscura noche envia sus rayos á los astros que vagan en el éther para mostrarnos que su luz es

inextinguible, es eterna. (Entusiastas aplausos.)

El carácter, pues, de todo este tiempo que continúa la obra de Alejandro, es la union misteriosa del Oriente y de Grecia. El espíritu pagano buscaba instintivamente una grande idea religiosa para poder ahogar el Cristianismo y conseguir así que la humanidad no necesitara ni de sus consuelos, ni de sus esperanzas, ni de su fé. Y siempre que se trata de despertar el espíritu religioso de un pueblo ó de una época, siempre que se intenta avivar la fé en el alma, los hombres irán instintivamente á buscar la cuna de la humanidad, que es la cuna de todas las religiones, el eterno templo de Dios, la raiz de la idea divina, el Oriente; la única region que ha tenido gobiernos exclusivamente teólogos; que ha convertido sus héroes en dioses, sus grandes hechos en mithos, su historia en libros sagrados; que ha dado al mundo la idea de la sustancia, la idea de lo infinito; que ha consumido sus fuerzas levantando templos, ofreciendo holocaustos, arrastrando pueblos y generaciones como hatos de ganado al fuego del sacrificio; tierra gigante donde el resplandor de la naturaleza apaga la conciencia individual, donde la oracion y el misticismo consumen la libertad y la aniquilan, donde el alma es como una emanacion pálida, lejana del fuego de la vida universal, y la voluntad un instrumento de la voluntad divina, y el hombre, este foco en

que convergen todos los rayos de la vida, como la nube que pasa por el cielo un instante; porque el universo y la humanidad, el espíritu y la naturaleza, van á perderse en el océano del sér absoluto que llena con su impalpable sustancia todos los espacios y todos los tiempos, toda la vida, toda la eternidad. Y por esto la filosofía alejandrina eminentemente oriental es tambien eminentemente panteista.

Pero por otra de las inmanentes consecuencias de la expedicion de Alejandro y de la conquista de Roma, el espíritu de Oriente y el espíritu de Grecia se compenetraban y se confundian en una vida superior, en una síntesis maravillosa. La hermosísima Grecia, eternamente jóven, á pesar de su triste decadencia, locuaz, artística, como conoce que su idea se extingue, corre al Asia, pone el logos, el Verbo platónico en los labios de aquellos mudos oráculos, dá leyes á su eterna sustancia, variedad infinita á su absoluta unidad; y en cambio trae á sus pequeños y hermosísimos templos los dioses gigantescos del Oriente, que apenas caben bajo sus techumbres, los colosos que aplastan con su inmenso peso los altares de Baco; y mal hallada con la naturaleza que tuviera tan grandes encantos en otro tiempo á sus ojos, se pierde en el éxtasis, acallando todos sus antiguos sensuales goces con la voz severa del ascético misticismo. Grecia buscaba el Orien-

te por medio de sus teólogos. El pueblo que en Oriente es el órgano de la union de los dos mundos, sin duda alguna es el pueblo judío que en esta ocasion se va olvidando cada dia más de su antigua ortodoxia. La comunicacion con los otros pueblos; la continúa difusion de las ideas griegas del Oriente; la necesidad de romper el límite de la vida nacional; esa sed continúa de saber que aqueja al espíritu humano, y que es superior á su grandeza, llevaron á los pensadores judíos á animar, á exaltar su ciencia religiosa, teológica, con las ideas filosóficas conquistadas por la razon humana. Tres libros hay que tienen esta tendencia en los momentos supremos de la crisis: el libro de Sirach que tiende á unir la escuela pitagórica con el Oriente, el libro de Aristóbulo que tiende á unir la escuela peripatética con el Oriente; ensayos uno y otro infelices, porque era demasiado oriental la filosofía pitagórica y demasiado poco oriental la filosofía peripatética para realizar esta union; hasta que aparece el libro que definitivamente la realiza, el gran libro de 'Philon. El pueblo judío que arrastrara sus cadenas por el Oriente tantos siglos, habia reunido y condensado todas sus ideas, y se adelantaba, al comenzar nuestra era, hácia Occidente para revelarlas, cuando se levanta el gran Philon, el revelador de la ciencia; religioso, asceta como un fariseo de la sinagoga; elocuente, artista como un griego de la

academia; filósofo que en Grecia parece uno de aquellos sacerdotes orientales que confiaban á Pitágoras los secretos de su theurgia, y en el Oriente uno de aquellos oradores que departian en el carro de guerra de Alejandro sobre el espíritu y la naturaleza; y que para no desmentir su carácter con su ciencia, sostiene que Dios es inefable, incomprendible, sujeto y objeto de sí mismo; y que no pudiendo revelarse en su esencia porque su luz consumiría nuestra retina, y su espíritu, eterno, infinito, apagaría nuestro pobre espíritu; se revela por su Verbo, por su logos, por su palabra, por su sabiduría; vapor y aroma de la virtud de Dios, que recoge la esencia divina y la trasmite por reflejo á nuestra alma, como la luna convierte en plateados rayos que encantan nuestra vista el fuego del sol; y este Verbo irradia de su seno los ángeles, los arquetipos invisibles de todas las cosas visibles, los músicos que conciertan las esferas, los pintores que tiñen con pincel invisible los matices de los cielos y las corolas de las flores, los espíritus que agitan con sus blancas alas el éther, y llenan á manera de via láctea el espacio inmenso que separa la naturaleza del Creador; y así como Dios produjo el Verbo, y el Verbo los ángeles, los ángeles han creado los números, que son la vida de todas las cosas, las fuerzas de la creacion; y las fuerzas de la creacion han producido el demiurgo, el hombre, que debe

para cumplir su destino y realizar su fin, sacrificarse como una hostia sagrada en los altares del Eterno, principio y fin de todas las cosas, aliento y vida de todos los seres, atmósfera que el universo respira, primera y última palabra de toda la ciencia. (Aplausos.) Mirad este sistema y vereis en él todos los principios de las escuelas orientales y griegas, el Dios hebreo, el Verbo indio, los ángeles del mazdeismo, el cielo de los inteligibles de Platon, la moral esenia unida á la moral estóica, y los números de Pitágoras. ¿Podéis, pues, dudar de este misterioso reclamo y como llamada que para atraerse usaban el Oriente y Grecia? El carácter de este movimiento del espíritu es el misticismo. La escuela de Alejandría es esencialmente mística.

Pero no solo tenia la escuela alejandrina el carácter místico, tenia tambien el carácter idealista. El mundo antiguo comprendia instintivamente que espiraba por exceso de sensualismo, por exceso de naturalismo, y queria disipar todas las cosas creadas en el seno de Dios, en el puro supernaturalismo. Y así como el sincretismo alejandrino estaba preparado por el sincretismo judío, su idealismo estaba preparado por el horror á la naturaleza que naciera en los gnósticos. Estos sectarios, que no me atrevo á llamar filósofos, atormentados por el problema del origen del mal, que habia sido el torcedor de Job en su estercolero, el

buitre que roía las entrañas de Prometeo encadenado, y no pudiendo explicarlo, porque no admitían ni el límite, ni lo contingente, puesto que lo creían todo absoluto, eterno, uno, imaginaban que la materia era la degeneración de Dios, el hielo de su vida, la última y pálida y fría emanación de su eterna sustancia, el mal, en una palabra; y así Basílides veía á Satanás en los astros y en las flores; Saturnino un delito en la procreación de nuevos seres que habían de venir manchados con la lepra de la vida material; y todos se apartaban con horror de la naturaleza; cayendo en esa especie de sueño magnético, que, lejos de ser fuente de virtud, corrompe el alma; como se vió en ciertos monjes de Italia, que paseándose una mañana de Abril oyeron cantar á una alondra el cántico matutino, bajo un laurel, sobre un rosal esmaltado del rocío, mientras el aura mecía las ramas y el sol naciente doraba con su luz las crestas de las montañas, y como se quedaron embebecidos, creyeron que el diablo les tentaba con tanta luz, con tanta hermosura, mientras que en la oscuridad se entregaban á abominaciones que recuerda con horror la historia, pues el que huye de la naturaleza huye de sí mismo, puesto que la naturaleza es parte de nuestro sér, y el que huye de sí mismo y menosprecia su cuerpo concluye por entregarlo indiferente al vicio, como le sucedió á Heliogábalo, que era el primer gnóstico de

su tiempo, y el más sensual y el más vicioso entre todos los emperadores que mancharon el trono de Roma. La filosofía alejandrina no había caído en tal extremo; pero sí tenía el carácter idealista, en términos que Plotino se quejaba de haber nacido en la frágil cárcel de su cuerpo y aspiraba á sentir el espíritu, y solo el espíritu, recreándose en la contemplación mística de sí mismo. De suerte que por estos precedentes encontramos cuatro caracteres innegables en la filosofía alejandrina; el panteísmo, el idealismo, el sincretismo, el misticismo.

Pero contemplemos lo que significa la filosofía alejandrina en la vida total de la ciencia. El Oriente se dejaba llevar de la intuición á una gran síntesis; Grecia se dejaba llevar del raciocinio á un prolijo análisis. El pensamiento oriental es esencialmente religioso. El pensamiento griego es esencialmente filosófico, científico. Tres períodos contaba la filosofía griega, desde Thales hasta Aristóteles, período esencialmente filosófico; desde Aristóteles hasta Plotino, período principalmente moral; desde Plotino hasta la muerte de Hypatia, período principalmente místico. En el primer período nace el pensamiento en la raíz de la naturaleza, nace como sensación y se eleva á su idealidad más alta con Platon ó su universalidad mayor con Aristóteles. En la segunda época el pensamiento no mira á la ciencia, mira á la

moral; no tiene una tendencia abstracta, sino positiva y práctica. Los períodos anteriores habian sido de oposicion; Thales y Anaxágoras, Platon y Aristóteles, Zenon y Epicuro; pero este último período es de conciliacion, de síntesis, de armonía. El espíritu se plantea como ser en sí, absoluto, eterno. Las escuelas positivistas habian arruinado la metafísica, y arruinando la metafísica habian arruinado la base de toda certidumbre. Así es que poco despues de su aparicion vino lo que vendrá siempre en pos de la desconfianza en la razon humana, vino el excepticismo. La verdad no fué objetiva para los nuevos filósofos, fué aparente, fué probable. Ya veis, señores, como el excepticismo de Carneades se confunde con el probabilitismo ateo y corruptor de nuestros neo-católicos. Los excépticos niegan la verdad porque ven grandes oposiciones en la ciencia y en la historia; y no comprenden qué ven en estas oposiciones porque no miran la idea sino en el estado de nocion, en el estado embrionario, pues cuando la idea ha llegado á su verdadero desarrollo, á la razon, la idea pierde estas oposiciones aparentes y toma su carácter de unidad. Si hay diferentes sistemas y de aquí se quiere deducir la falsedad de la filosofía, estos sistemas nacen de que ciertos filósofos no miran más que un aspecto de la idea, la sensacion, la nocion, sin abrazar la idea en su total conjunto, ni en su unidad suprema. Pero

así como el ensayo de los sofistas para probar que todo puede ser verdad y mentira, según la dialéctica, refiriendo todas las cosas al sujeto, dió por resultado la exaltación de la conciencia humana en Sócrates; el aniquilamiento del mundo exterior de toda realidad objetiva dió por resultado el idealismo alejandrino, porque los golpes de la duda no llegarán nunca á arruinar la evidencia interior del espíritu. Desde Platon y Aristóteles la metafísica habia degenerado, si bien la filosofía moral habia progresado, especialmente por las investigaciones de la escuela estóica. Quedaba un gran trabajo, reunir Platon y Aristóteles, que eran en apariencia una antítesis, en realidad una síntesis. Contempladlos un momento, que la union de Platon y Aristóteles indudablemente es otro de los caracteres de la filosofía alejandrina. Aristóteles y Platon se diferencian en los instrumentos de sus investigaciones y se reúnen armónicamente en sus resultados; Platon es la intuición, Aristóteles el análisis; Platon el método inductivo, Aristóteles el deductivo; Platon ve lo universal y en lo universal lo particular, Aristóteles ve lo particular, y se eleva tarde pero seguramente á lo universal; Platon es el genio fantástico que vuela, Aristóteles la razón humana que anda; Platon abre sus alas en el cielo, y desde allí apenas alcanza á descubrir la tierra, Aristóteles fija la planta en la tierra, y desde la tierra

á que pertenece alza la cabeza para mirar al cielo; el reino de Platon es lo abstracto y el de Aristóteles lo concreto; Platon ve los mundos, las almas como una inmensa catarata desplomándose del seno de Dios é irradiándose por los espacios infinitos, Aristóteles ve los mundos, las almas elevándose al seno de Dios; Platon intenta construir la ciencia *a priori*, Aristóteles á *posteriori*; Platon en el Sér absoluto mira como en claro espejo todos los séres, Aristóteles en la cadena de los séres ve el Sér absoluto; Platon desdeña la hermosura de la realidad, débil copia, lejano eco de la hermosura ideal, y Aristóteles mira la hermosura hecha carne en la realidad y en el arte; Platon sueña una sociedad ideal, Aristóteles recoge en la historia las enseñanzas sociales para aplicarlas á la vida; Platon, como el Oriente, eleva sobre todo la sociedad, Aristóteles, como Grecia, eleva el individuo; Platon es la ciencia hermana da con la poesía, Aristóteles la ciencia puramente racional y humana; Platon explica la dialéctica, la ley del ser en sí, Aristóteles la lógica, la ley de la sucesion de los séres; Platon dá en la idea un principio abstracto, Aristóteles concreta este principio en la vida; Platon toca en la realidad un momento, como esas aves que se posan rápidamente solo para continuar su camino por el éther, y Aristóteles jamás abandona la realidad en que habita; Platon nos dá idea del sér en sí, Aristóte-

les del sér en su vida; Platon será el filósofo de la teología, Aristóteles de la antropología; Platon de la ciencia de Dios, Aristóteles de la ciencia de la naturaleza y de la ciencia del hombre; el Dios de la dialéctica de Platon, el universal inteligible y el motor inmóvil de Aristóteles, formarán más tarde la triada alejandrina; porque Platon y Aristóteles, más que dos genios opuestos, son las dos fases de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos eternas formas del espíritu, las dos caras de la humanidad; y si Platon influye durante la Edad media en el patriarcado de Oriente y Aristóteles en el pontificado de Occidente, si el alma de Platon vaga sobre Constantinopla y el alma de Aristóteles sobre Roma, como resucitando la oposición, la antítesis destruida por el Cristianismo, cuando llegan tiempos más humanos, más científicos, se pierden sus dos almas juntas, como dos rios que mezclan sus aguas al desembocar en los mares, se pierden juntas en el inmenso seno de la filosofía moderna. (Ruidosos y prolongados aplausos.) De suerte, señores, que los caracteres principales de la filosofía alejandrina son el panteísmo, el misticismo, el idealismo, el sincretismo, y la union de la filosofía platónica con la filosofía aristotélica; y así es que no deben ser llamados los alejandrinos solamente neo-platónicos, sino tambien neo-aristotélicos.

Examinada la escuela alejandrina en sus ca-

ractéres generales, examinémosla ahora en sí, en su idea. No es posible apartar la vista de la region donde nace, porque entre el espíritu y la naturaleza existen dulces y misteriosas armonías. El Egipto es la antigüedad, la region donde las ideas orientales se modifican para pasar á Occidente, es el término medio del gran silogismo de la historia, es la segunda idea de la trilogía universal. Dios ha levantado el Egipto á las puertas del Asia, en frente de Europa, á fin de que temple las ideas orientales para apropiárselas á la vida de Occidente. Allí surge la columna que más tarde ha de sostener la diadema de acantho de los dioses griegos; allí, del seno de la tierra, la esfinge, el boceto de la estatua; allí se afloja la cadena de las castas; allí se convierte el dogma en ciencia; allí alborrea el espíritu individualista de Grecia. Todas las ideas han cruzado por Egipto, el judaismo con Moisés, el mahometismo con Omar, el Cristianismo con Orígenes y San Clemente, el antiguo espíritu científico antes de su trasformacion con la escuela de Alejandría. El carácter del pueblo egipcio es eminentemente triste y ocasionado al misticismo. El pensamiento dominante en Egipto, pensamiento que llenó toda su vida, que embarga desde el ánimo de Faraon en su trono hasta el trabajador en el campo, pensamiento grave, profundísimo, es el pensamiento de la muerte. Este pueblo vé su rio, que es su vida, perderse en los

desiertos de arena por su origen y en los desiertos del mar por su fin, y cree que toda vida oscila entre dos abismos, y que la cuna tambien es un sepulcro. La muerte, sí, la muerte es el fantasma presente siempre ante sus ojos. Sus grandes monumentos son sepulturas. En torno de sus festines pasean de continuo una mómia que recuerde la nada de la vida presente. Y en esta region del sincretismo y del misticismo se alzaba Alejandría. Esta ciudad, hija del pensamiento de Alejandro, como he dicho antes, graciosa y armoniosísima como una ciudad griega, pero grande y poblada como una ciudad oriental; asentada entre el Mediterráneo, el mar de las artes, el mar de la civilizacion, y un claro lago, espejos en que contemplaba su hermosura; defendida por las arenas del desierto que la separaban de los bárbaros; llena de academias donde conversaban todas las escuelas, de bibliotecas donde estaban reunidos todos los tesoros científicos de la antigüedad; ornada con museos en que Demetrio Phaladio encerró un día los primeros sabios de su tiempo; guardada por Serapis y por Júpiter, últimos eslabones de la cadena de las teogonías indo-europeas; rica en institutos de enseñanza como no lo habia sido nunca Atenas, pues fundaron en ella escuelas desde los magos de Persia hasta los cristianos; visitada por todas las naves de todos los mares en su seguro puerto, y por todas las caravanas que bus-

can riquezas en sus bazares y sombra bajo sus palmas; bendecida por el Nilo, el rio de los misterios; en la interseccion casi de Europa, África y Asia, veia llegar á sus puertas y reunirse en sus hogares los hijos de Sem que le llevaban su Dios solitario y eterno; los hijos de Cam que le enseñaban á esperar en la resurreccion de los muertos y á creer que el universo es una gran suma de números, y las esferas y los astros una gran série de notas músicas y de incomunicables armonías; los hijos de Jafet que le mostraban que la forma humana por su hermosura es el tipo, el ideal del universo, y con estos representantes de todas las razas iban allí los dioses asiáticos, cual una banda de grullas é ibis sagradas que, dispersas por el huracan, se juntan bajo el manto de la diosa Isis; al par de los dioses, los magos, los theurgos, los hechiceros, los teólogos, los cabalistas, el jóven y riente génio helénico; y entre todos, fundan allí una escuela mística, panteista, sincrética, verdadera encarnacion de la humanidad en todos sus matices, y del pensamiento de este tiempo en toda su variedad y grandeza. (Aplausos.)

Algunos filósofos anunciaron previamente la venida del jefe de la escuela. Pero indudablemente su gran personificacion es Plotino, verdadera y espléndida encarnacion de la idea alejandrina. Por la biografía de Porfirio sabemos que nació Plotino en Lybea, que estudió en Alejandria, que pro-

fesó su ciencia en Roma, que acompañó á Gordiano en su guerra con los persas para recoger las ideas de estos pueblos y adoptarlas en su mente; que indagó con gran cuidado las consecuencias que aun podrian dar los principios platónicos y las consecuencias que aun podrian dar los principios aristotélicos; que fué un místico, virtuoso en su vida, puro en sus intenciones, dado á la maceracion y al ayuno, menospreciador de su cuerpo hasta el punto de creerlo como una mancha de barro caida sobre su alma; poco cuidadoso de los bienes de la tierra que en nada estimaba y mucho menos al compararlos con los bienes de la inteligencia; astrónomo, porque en cada uno de los astros veia el resplandor de una idea, así como en cada idea veia un astro y en el espíritu un cielo; músico, porque la música con sus inspiraciones le arrebatava, le elevava en alas de la armonía al cielo y le auxiliava con sus melodías á la contemplacion de las cosas en sí mismas; orador, que hablava con alguna oscuridad, de vez en cuando interrumpida por los relámpagos de brillantes metáforas, y, en fin, tan dado á pensar en Dios, que tres veces lo sintió descender hasta su conciencia y habitar en ella y abrasarlo con su fuego, obligándole á pronunciar todos los dias su nombre santo é incomunicable, nombre que jamás se apartava de su mente, nombre que fué la estrella de su ciencia, nombre sagrado, última palabra que se esca-

pó de sus labios cuando le hirió la muerte en medio de santa paz, como á Sócrates, porque habiendo vivido la vida pura de la ciencia, espiraba con la esperanza de la inmortalidad. (Aplausos.)

Plotino relaciona el espíritu con el Sér absoluto; proclama que Dios está presente siempre en la conciencia; alza la filosofía como los grandes maestros á verdadera universalidad; reconoce en el trabajo espiritual y en las indagaciones científicas una manera de ocupacion divina; refiere todos los fenómenos y todo lo particular á la unidad; eleva el espíritu á la contemplacion de la verdad, de la bondad de la hermosura en sí misma; hace del éxtasis, no el silencio, no el aniquilamiento del alma, sino la contemplacion pura de Dios en el pensamiento; cree que al Sér Supremo ningun predicado conviene, ningun atributo corresponde; sostiene que la esencia de las cosas no está en lo que cambia sino en lo que permanece, no está en el fenómeno aparente sino en la unidad de la naturaleza; declara que de Dios todo emana, primero el Nous, que es la encarnacion de la inteligencia divina y la actividad universal, y del Nous el espíritu, el movimiento que impulsa los mundos, y los obliga á concertar sus esferas, á formar sus luminosas parábolas, á beber su vida en ese mundo supra-sensible, ideal, donde están los modelos eternos, los eternos tipos bañados en luz increada, y en cuya presencia el universo con todas sus ar-

monías, con sus miriadas de miriadas de mundos, no es más que un eco que se pierde en lo vacío, una sombra que se proyecta en lo infinito.

Pero, señores, fuerza será explicar con método esta filosofía que nos ha de servir de precedente para tratar muchas cuestiones, de premisa para deducir muchas consecuencias. Toda filosofía es un método, un sistema, y abraza en sí la naturaleza, el espíritu, Dios. Toda filosofía es una dialéctica, una cosmología, una psicología, una theodicea. Veamos primero el método de los alejandrinos para llegar á la verdad. Las Enneadas de Plotino no son metódicas aunque sean sistemáticas. Su principal instrumento no es el raciocinio, es la inspiración, y la inspiración como la poesía, su hija, es más hermosa que ordenada y metódica. Plotino escribía sobre la rodilla, agitado por su númen celeste, lleno de Dios; henchido de inspiración; arrojaba sin orden sus pensamientos á un mundo devorado por la sed insaciable de lo infinito, por la fiebre del misticismo. Sus discípulos recogieron sus pensamientos y formaron las Enneadas. El método de la verdad es el siguiente. El alma aspira á la verdad suprema y al supremo bien, y en este mundo sólo vé apariencias, sólo vé sombras, y para llegar á un mundo superior necesita de la armonía, del cántico, que es el número y la medida y la proporción de todas las cosas; la armonía que le abre las misteriosas puertas del santua-

rio de lo sensible; y necesita el amor que busca con sed anhelante la hermosura, la forma de todos los séres para confundirse en eterno beso con todos ellos; pero la armonía, el amor, el cántico, el deseo, lo encubren todo con el espeso velo de las formas, con las sombras de la realidad; velo que sólo se rasga, sombras que sólo se desvanecen cuando la inteligencia pura, en la cual se confunden el sujeto y el objeto del conocimiento, mira cara á cara la verdad en sí, la verdad en su esencia, que no es vária ni multiforme, sino una y eterna, fondo de todas las ideas y de todas las cosas, norma suprema que lo ilumina, que rasga las tinieblas del mundo sensible como venida de lo alto, que no es nuestra, sino de otro sér superior, porque mientras la sensibilidad y la imaginacion son nuestras, siempre nuestra será la individualidad concreta de nuestro carácter; el pensamiento que es el inteligible supremo, desciende sobre el alma fugazmente y nos obliga á cerrar los ojos á este universo sensible, inmenso círculo de fantasmas y de sombras, y nos eleva al eterno sol, á la ciencia eterna, á la unidad superior, en cuya contemplacion el alma se vuelve tambien divina, pues así como el frio hierro enrojecido al fuego ilumina y quema como el fuego, el pensamiento, con el esplendor que recibe en la esencia de Dios, se diviniza y recoge en sí, y baña en su misma luz celestial todo el universo.

Sigamos, señores, con paciencia esta exposición nunca muy exacta, porque es difícil la exactitud en las exposiciones orales; pero todo lo aproximada á la verdad que es posible á mis escasas fuerzas. Cuatro medios hay de conocer para los alejandrinos: la sensibilidad, la experiencia, la razon, el éxtasis. La sensibilidad es como la apariencia del mundo exterior, que deja solamente en el espíritu sombras de las cosas. La experiencia es como la reunion de datos suministrados por la sensibilidad, las sombras algun tanto esclarecidas por destellos de luz interior. Pero de la experiencia no se deriva el conocimiento, porque lo contingente no engendra lo general, y el fenómeno de ninguna suerte dá la ley. La razon tampoco dá el conocimiento pleno, puesto que la razon no puede definir las ideas ni conocer las cosas sino por sus contrarias. Las leyes eternas de las cosas no son concepciones del espíritu, ni están en nosotros ni en el mundo, están en un sér superior á nosotros y superior al mundo. Por consiguiente, si bien por la sensibilidad podemos conocer el hecho y el individuo, y por la experiencia una série de fenómenos, y por la razon una generalidad mayor de ideas; por el entusiasmo, por el éxtasis podemos solamente comprender las ideas en sí. La experiencia está sobre la sensibilidad, la razon sobre la experiencia, el éxtasis sobre la razon. La filosofía es la ciencia del sér. Y no sólo es la cien-

cia del sér puro, sino de todo aquello que del sér puede afirmarse. Lo que del sér puede afirmarse es lo que llamamos categorías. Los pitagóricos afirmaban de los séres lo contradictorio, lo finito y lo infinito, el amor y el odio, y deduciéndolo todo del número, reducían la ciencia á una pura álgebra. Los peripatéticos admitían diez categorías. El defecto de estas categorías consistía en que unas se hallaban contenidas en otras, y en que referían á la materia leyes exclusivamente propias del espíritu, y al espíritu leyes exclusivamente propias de la materia. Según la filosofía alejandrina, el mundo supra-sensible excluye las categorías. Estas sólo son aplicables á un mundo inferior. La unidad en su sencillez primitiva no tiene cualidades, no consiente categorías. La inteligencia admite la identidad y la diferencia; el alma la esencia que es la virtualidad de la vida y la vida que es la realización de la esencia; la vida, el movimiento y el reposo; los séres, la materia y la forma; las categorías son, pues, sustancias, relacion, cantidad, cualidad y movimiento; categorías que tienen una realidad fuera del mundo sensible. Y hé aquí, señores, cómo la cuestion de los universales que atormentó á la Edad media estaba ya planteada por la filosofía alejandrina.

Pero sigamos en nuestra exposicion. El hombre es un sér compuesto de cuerpo, de principio vital, y de alma. El alma no está formada de áto-

mos, como decia Epicuro, porque cada uno de los átomos tendria las virtudes primitivas del alma; no es un soplo, como decian los estóicos, porque el soplo es fugaz y el alma es inmortal; no es cuerpo, como creen los materialistas, porque el cuerpo es compuesto y extenso, y el alma es simplisima, y tiene intuiciones y pensamientos de todo punto incorpóreos; no es tampoco armonía, como decian los pitagóricos, porque toda armonía es un efecto y el alma es una causa; no es una entelechia, un principio de la vida del cuerpo, como decian los peripatéticos, puesto que tiene cualidades de que carecen los cuerpos; el alma es, pues, el centro de todas las sensaciones, la fragua de todos los pensamientos; es inmortal emanacion del espíritu divino que en vez de estar encerrada en el cuerpo cual cree el vulgar sentir, rodea todo el cuerpo como una atmósfera inmensa; y por la sensacion conoce los objetos, mas no recibéndolos pasivamente como la cera el sello, sino apropiándoselos con su actividad que penetra los cuerpos, sin perder nada de su pureza; y por la imaginacion que se divide en sensible é intelectual, esculpe, pinta la idea en la mente; y por el raciocinio sube de las formas exteriores á las verdades puras; y por la voluntad, donde concluyen las sombras de la vida sensible y nace la aurora de la vida intelectual, cumple su ley y se conforma á su fin; y por la contemplacion y el éxtasis

abre sus alas para ascender á lo infinito, y deja este mundo de la realidad donde los seres se ven al revés, como los árboles en el cristal de las aguas, y se para y se suspende y mira fijamente el centro de la vida intelectual, Dios; pues el alma es como el águila que se levanta de su nido de barro, agita el viento, alza su soberano vuelo, traspasa el seno de las nubes, siente herir el rayo bajo sus alas y estrellarse el huracan en su pecho, menosprecia la tierra que se pierde como un grano de arena en los cerúleos abismos, y reina de lo infinito, perdida como un astro errante en los espacios, descompone en sus plumas la luz en mil varios matices, recibe en su retina, más dura que el diamante, el rayo del sol, y entona un cántico de triunfo que domina el ruido de todas las cosas y que se pierde como un clamor de la naturaleza en la inmensidad de los cielos. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

Pero el alma tiene relaciones con el mundo. Por consiguiente al lado de la psicología encontramos la cosmología. Plotino no admite la idea de la creacion que Platon dá en el Timeo. Para el gran fundador del espiritualismo, para Platon, la materia primera estaba informe, oscura en un principio, arrebatada por un huracan sin término y freno, que la diseminaba por los sombríos espacios en silenciosa y eterna noche, hasta que la palabra divina la desbastó como desbastó el cincel

del artista el duro mármol, y ahuyentó la tempestad que reinaba en aquel asilo de la muerte, y encendió la luz, y arrojó sobre los espacios el áureo éther llenándolos de amor y de vida, y dibujó la primer aurora de la primer mañana de la armonía universal, y sembró á los cuatro vientos los mundos y los planetas, y colgó las gasas de las nebulosas en los confines del universo, y dió el compás que debían formar en su música eterna, en su sinfonía infinita, los luminosos globos, y encendió el sol como el fuego sagrado que debía arder en el altar de la naturaleza; y despues de contemplar la ebullicion de tanta vida, las ondas de tanta luz, las escalas de tantos séres, los matices de tantos colores, la respiracion inmensa de aquella fragua que forjaba mundos y más mundos en los eternos moldes de las ideas, le infundió con amor un soplo de su inagotable espíritu. (Estrepitosos aplausos.) Plotino no admite la creacion de esta suerte; para el jefe de la escuela alejandrina la unidad está en la cima del universo, en el santuario de la eternidad, inmóvil y absoluta; y en un grado inferior está la inteligencia divina en la cual se hallan los tipos de todos los mundos existentes y posibles; y en otro grado inferior el alma universal que es el tercer término de la trilogía, y se halla en el límite que hay entre Dios y el mundo, y está en el mundo, como la unidad en el número, como el centro en la cir-

cunferencia, el alma universal, que recoge la vida que desciende á manera de inmensa catarata del seno del Creador, y produce gerárquicamente, primero los astros, luego los animales, luego las plantas, todos los séres, los cuales pasan por el espacio como las nubes por el cielo, y vuelven á su origen para modelarse en la idea que los ha engendrado y que los anima á todos en una misma vida, y los envuelve á todos en una inmensa atmósfera, fuera de la cual morirían como el pez fuera del agua, como el hombre fuera del aire, porque todos los séres se encadenan en série perfecta desde la unidad suprema que es Dios hasta la última materia que toca ya en los límites del no sér, en los confines de la nada. De suerte que la vida divina se difunde, segun Plotino, como el aroma que se exhala de una flor, como los acantos de una gran armonía, como los átomos dispersos de la luz, como el vapor de las aguas, como los rumores de las selvas, como el fuego de la tempestad; y todos los séres no son más que formas varias que la vida divina toma sobre el movable océano del espacio, enrojecida por el calor de esa gran fragua que llamamos universo.

Pero la existencia del mundo supone la existencia de un primer principio, la existencia de la unidad, la existencia de Dios. Señores, Dios, que es la unidad suprema, no puede tener ningun atributo, ninguna cualidad, porque es incom-

preñable para la razón, inefable para el labio; Dios es simplísimo, independiente de toda condición; sin formas, aunque sea la matriz de todas las formas; es la acción pura, inmanente en que no se diferencia la idea del objeto, el propósito del acto, el deseo de su cumplimiento; es la libertad en toda su grandeza, en su incondicionalidad absoluta; es la perfecta hermosura de la cual ni reflejo, ni trazo conservan los seres más hermosos; es el amor primero sin el que no serían fecundas las entrañas de la naturaleza; es el Uno, pero Uno incomprensible, que se puede definir más por lo que no es que por lo que es; el Uno que no es criatura, el Uno que no es mónada, el Uno que no es número, ni lo que nosotros entendemos por inteligencia, ni lo que nosotros entendemos por razón, sino algo más que lo supra-sensible, algo más que lo superior al pensamiento: la raíz misteriosa de que brota la savia por la cual florece el árbol del universo; el fuego que produce y encierra el calor de la vida en todas las cosas; el eterno sol del mundo espiritual y del mundo sensible; el inmenso río que desprendiéndose de la eternidad á manera de una catarata y chocando en los espacios infinitos, se levanta de nuevo en un vapor lleno de vida á las alturas, y se extiende, y se difunde, y se irradia, y siembra de seres todos los espacios y produce toda la creación.

A primera vista, señores, parece que hay con-

tradicion clara entre esta inmovilidad del Uno y las imágenes que pintan su difusion y movimiento: imágenes que he recordado despues de haber leído hoy mismo la Enneada sexta en su párrafo octavo. Pero esta unidad inmóvil y esta energía en perpétuo movimiento se concilian en la trinidad divina de los alejandrinos, muy superior á la trinidad india que es el equilibrio de dos fuerzas, y la pitagórica que es la suma de tres números, y á la misma platónica que es un conjunto de tres diversas maneras de considerar á Dios. El primer principio es el Uno, indivisible, inmutable. El segundo principio es el Nous, la inteligencia, el Verbo, el logos, el ideal del mundo inteligible, tambien inmóvil. El tercer principio es el Espíritu, el alma universal, que irradiándose por los espacios, crea el mundo, y lo comunica con la inteligencia ó con el Verbo, que es su ideal, el Verbo que á su vez le comunica con el Uno, que es la esencia primera divina. El Uno procede de sí mismo, el Verbo del Uno, y el Espíritu procede del Uno y del Verbo. Pero el Uno, el Verbo y el Espíritu no son tres dioses distintos, sino tres hipóstasis de un solo Dios. La inteligencia proviene del Uno, y por eso la inteligencia aspira eternamente á la unidad. El alma universal procede de la inteligencia, y por eso al través de las gerarquías de los seres va elevándose hasta reconocerse en el hombre. Pero Dios ó el Uno, el Verbo ó la inteli-

gencia, el alma universal ó el espíritu son un solo y único Dios idéntico siempre á sí mismo desde toda la eternidad. ¿Cómo estas tres hipóstasis son un solo Dios? Tanto valdria preguntar cómo dos fuerzas contrarias forman una tercera, y las tres reunidas el equilibrio universal; cómo materia, forma y espacio, componen la naturaleza; cómo cuerpo, principio vital y espíritu, forman el hombre; cómo sensibilidad, inteligencia y voluntad forman el alma. El motor inmóvil de Aristóteles, el Dios-inteligencia de Pitágoras donde está la numeración ideal del mundo sensible, y el Dios de la diáléctica de Platon han formado la Trinidad alejandrina, la Trinidad, problema que ocupa la conciencia de los cristianos desde San Juan hasta el concilio de Nicea.

El antiguo mundo ha llegado á la más alta concepcion que Dios pudo tener, atendidas sus ideas. Me parece que en este instante veo al mundo clásico de rodillas en el polvo, triste como un cenobita, macerado como un penitente, reconociendo que el universo sin Dios seria una tempestad revolcándose en lo infinito, que el espíritu sin Dios seria una telaraña colgada en lo vacío; que á Dios busca el mar con sus nubes y sus blanquecinos vapores, á Dios los volcanes con su fuego, á Dios el ave con su cántico, á Dios la niebla que surge de la tierra en la mañana y convertida en rocío vuelve á caer como una lágrima sobre su

seno, á Dios que se revela á su espíritu en lo infinito, envuelto en la luz increada, coronado por la eternidad, exhalando de su aliento la vida, sosteniendo en una mano el universo material, y en otra el ethéreo cielo por donde vagan los espíritus; Dios, que esparce el infinito amor sobre la naturaleza, que lanza de su frente el rayo del sol y de sus labios los arquetipos de las ideas, que dice á cada astro, á cada mundo la nota que han de producir en la música universal de las esferas, que penetra con su luz todos los séres y los conserva con su providencia, que reúne en el foco de su idea increada todos los rayos rotos y dispersos de la vida, y que pasando como una vision ante los ojos de un mundo ya ciego con la ceguera de la muerte, lo despierta un instante, para que tenga la vívida lucidez de la agonía, y cayendo sobre su espíritu, lo calcina, lo quiebra como la luz demasiado viva calcina y quiebra la pobre lámpara que la contiene. (Estrepitosos aplausos.)

Esta doctrina, que á pesar de sus errores indudablemente es una de las doctrinas más puras que la antigüedad nos ha legado, se plantea como opuesta al Cristianismo, cuando tiene algo de su misticismo, algo de su menosprecio por los bienes del mundo, algo de su empeño por domar la carne y los sentidos; y se adscribe á la defensa del paganismo, de la religion de los sentidos, de la religion de la hermosura material, de la religion de

la naturaleza, que los alejandrinos consideraban como la sombra que se perdía ya en los dominios de la nada. Indudablemente las causas de este fenómeno se encontraban, más que en las consecuencias de las ideas alejandrinas, en sus antecedentes y en su prosapia. El Cristianismo se derivaba del judaísmo, y á pesar de ser sus ritos, ceremonias y enseñanzas prácticas tan contrarias á los ritos, ceremonias y enseñanzas prácticas del judaísmo, proclamaba que esta religion era como la premisa eterna, como la eterna raiz de su doctrina. El sincretismo alejandrino de ninguna suerte queria renunciar á su ilustre genealogía, á sus Orfeos que construyeron ciudades con los acordes sonidos de sus liras, á sus Homeros que poblaron de dioses la naturaleza, á Fidias que divinizáran con el cincel los mármoles, encerrando en ellos una chispa del fuego del cielo. Querian evitar, á toda costa, por todos los medios imaginables, la muerte de Grecia, de la artista de la historia, de la eterna musa de la poesía, de la nacion hermosísima que enseñára el cántico al género humano, y que, herida en el corazon, veía sus templos cerrados, sus oráculos mudos, sus escuelas solitarias, la yerba creciendo entre las junturas de las piedras de sus altares, sus dioses prisioneros en el Panteon, cayendo exánime sobre tantas ruinas, quejándose con lamento parecido al gorgceo de un ave despojada de su nido, á la última vibracion de

una lira que estalla, al último pensamiento de una imaginación que se apaga; porque si es triste la muerte de todos los pueblos, es más triste, señores, más dolorosa la muerte de Grecia. (Aplausos.) Y como aquellos filósofos creían que la vida griega estaba vinculada en el paganismo, y veían también que el paganismo estaba muerto, trataron de animarlo con una nueva idea, y crearon una nueva simbólica, un paganismo espiritualista, en que los dioses conservaban solo sus antiguos nombres. El Cielo, Uranos, era la unidad divina; Saturno, la inteligencia en que reside el ideal del mundo sensible; Júpiter, el alma universal que se extiende como el sol por toda la naturaleza; Rhea, la nodriza que alimenta á sus exuberantes pechos todas las cosas; Hermes, la fuerza generatriz de la razón; Venus, la armonía que ordena en acorde música todos los seres y la eterna hermosa forma de la naturaleza; Eros, el amor universal sin cuyo fuego no habría vida; Pandora, la colección de fuerzas del universo; las náyades, las ninfas, las nereidas que se deslizan por los arroyos, que cantan en las hojas de los árboles, que dejan huellas de flores en las selvas, que gimen allá en las profundidades del Océano y se coronan de espumas, y se visten con los matices dados por la luz á las olas, son las almas encerradas en la materia, que se levantan en aromas, en vapores, en sonidos, en deseos á los cielos. (Aplausos.) Y

espiritualizado de esta suerte el paganismo, aquellos filósofos espiritualizaban también su culto y aconsejaban á los paganos que en vez de miel y flores, y cánticos y danzas, ofrecieran á sus dioses el sacrificio, el holocausto de las pasiones, un alma pura, un corazón recto, una conciencia limpia. Solo así, solo convirtiendo los dioses en ideas creían posible aquellos filósofos salvar de segura muerte el aterido paganismo. Por eso se llamaron los filósofos alejandrinos, filósofos neo-paganos.

Señores: no ha faltado actualmente quien haya querido comparar á los neo-paganos con nuestros neo-católicos. (Risas.) Al oírme pronunciar esta palabra, de seguro creéis que voy á tomar venganza. No, no lo creáis. Nada me extraña menos que la saña de los neo-católicos contra mí, nada me satisface más. ¿Por qué no me han de odiar si yo quiero el progreso y ellos la reacción, yo la luz y ellos las tinieblas, yo la libertad del pensamiento y ellos su servidumbre, yo la democracia universal y ellos el despotismo? (Estrepitosos aplausos.) ¿Por qué no me han de odiar si yo digo que el Cristianismo trajo la libertad, la igualdad, la fraternidad, y ellos creen que el Cristianismo es cómplice de todas las tiranías, es la marca de la esclavitud que llevan los pueblos en su frente? Yo no creo que odian en mí la persona que no les ha hecho daño, que nunca les causará el más leve mal; creo que odian la idea, que hace y hará

siempre á sus ideas todo el daño que pueda. (Ruidosos y prolongados aplausos.) Solamente que yo para que desaparezcan quiero que hablen, que prediquen, y ellos tienen tan poca fé en sus ideas que piden hoy que me fuerce al silencio, para pedir mañana que me quemem y pasado mañana que no me entierren. (Vivos aplausos.) No comparemos á los neo-paganos con los neo-católicos. Los neo-paganos avivaban una religion muerta y los neo-católicos matan una religion viva; los neo-paganos espiritualizaban un simbolismo sensual y los neo-católicos materializan una idea toda del espíritu; los neo-paganos eran amigos de la discusion y de la ciencia, y los neo-católicos son excépticos, enemigos de la razon humana; los neo-paganos eran místicos, ascetas y los neo-católicos al uso arrastran sus penitencias y su maceracion por los festines, por las redacciones de los periódicos (Risas); los neo-paganos eran idealistas y los neo-católicos, á manera de los judíos carnales, creen que el pedazo alodial de la tierra de un rey deshecho ya en las ideas de nuestro siglo está unido al reino de los cielos; los neo-paganos conjuraban al paganismo para que progresara y fuera en pos de un ideal superior, y los neo-católicos no tienen religion, puesto que han hecho de la doctrina de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, una evocacion para que se despierté el absolutismo, la censura, la inquisicion, los

mónstruos que encadenaron y soterraron nuestros padres, y que no se levantarán, porque las generaciones presentes prefieren mil veces á la deshonra de la esclavitud el glorioso sacrificio del martirio. (Ruidosos aplausos y aclamaciones.)

Pero, señores, volvamos á las luminosas esferas de la ciencia. El paganismo, ni aun restaurado podia satisfacer con verdadera satisfaccion á la conciencia humana. El estado religioso del pueblo pagano era cada dia más triste, cada dia más desesperante. La fé habia muerto, y con la fé poco á poco se iba extinguiendo el culto. Las diversas clases de la sociedad, segun su estado, aparentaban más ó menos religiosidad; pero todas estaban heridas del mal de una religion que se moria. El paganismo muerto en las inteligencias elevadas era solo pasto de pobres, enfermas y oscuras inteligencias. ¡Ah! No era, no, la flor que atrae las mariposas, era la llaga que atrae las moscas. Los repúblicos, creyendo que la sociedad no podia vivir sin los antiguos dioses, sin las ceremonias antiguas, mantenian la religion como una de las leyes, como una de las instituciones, como el carcelero, como el lictor, como el verdugo, pero no se curaban de la verdad de esa religion, ni sentian en el alma sus inefables consuelos, ni veian brillar el resplandor celeste en la frente de sus dioses. Los repúblicos miraban á la idea política, pero no á la idea religiosa. El sacer-

docio pagano, despojado del gobierno de la sociedad, corto en ciencia, largo en vicios, desacaudillado de los héroes de otros tiempos, y sin la fé de sus mayores, no tenia empeño en avivar la idea, la creencia; contentábase con guardar el culto, las hecatombes, los sacrificios, la víctima al pié del ara, las coronas de flores sobre el altar, el brasero humeando olorosas esencias, el ídolo resplandeciente, el coro danzando y el cántico extendiéndose acompañado de alegres sinfonías por los espacios del templo. El sacerdocio pagano se curaba del culto y no se curaba de la moral. Los sabios cuyas ideas podian animar la antigua religion, encenderla en nuevo espíritu, dar al menos un sentido á su símbolo, desde las alturas de su ciencia desdeñaban la fé, y la tenian por el velo tupido que oculta la verdad á la mente. El sentimiento y las creencias morian á los ojos de su razon. Los artistas, los poetas, no miraban la idea religiosa como una ley moral, sino como una fuente de inspiracion: para ellos era el paganismo sagrado, porque puso la lira en manos de Homero y el cincel en manos de Fidias; porque transformaba en dioses las gotas de rocío, las flores del campo, las estrellas del cielo; porque hacia gemir con el cántico de las ninfas las selvas, con el cántico de las nereidas los arroyos, con el cántico de las esfinges las ondas; porque su Apolo era el eterno sol de la conciencia y sus musas los eternos nú-

menes de la fantasía que llenaban de flores la vida; porque fuera del paganismo no creían posible que se conservara ni un día la inspiración en la mente de los hombres, incapaces de adorar dioses más hermosos que aquellos dioses de Homero, vestidos de luz, coronados del iris, serenos entre las nubes resplandecientes del Olimpo, y que hacían sonreír con su eterna sonrisa todo el universo. ¡Pobre religión sin más defensa que su hermosura! Y como resultado de todo esto, el pueblo, el postrer asilo de las ideas y de los penates de todas las religiones, el pueblo creía, sí, pero creía fetichistamente, creía que el Júpiter de mármol era el mismo Júpiter celeste, que Venus estaba en el templo y no en el Olimpo, que las estatuas de los dioses eran los dioses mismos, que para ser religioso le bastaba asistir á las ceremonias aunque no comprendiera su sentido ni adorara su espíritu, que las ofrendas y no las buenas acciones eran aceptadas al cielo; sentido religioso que lejos de mejorarlo y revelarle su conciencia y darle el conocimiento del bien y del mal, reducido á la esclavitud de la materia lo hacía incapaz de toda fé religiosa. Así el paganismo exhausto se moría en sus templos, porque el fuego de la fé ¡ay! no encendía su vida.

Pero una idea religiosa que parece tan etérea, tan impalpable, tan espiritual, tiene sin embargo en sí la realidad de la vida, y se organiza en leyes

ó instituciones. Como el sol que apartado de nosotros fecunda los campos, la religion fecunda la vida del espíritu, y la vida tambien de las instituciones. El Imperio, la aristocracia, la ley, el derecho, vivian al calor del paganismo. A medida que el paganismo languidecia, tambien languidecia el Imperio, como el cuerpo enflaquece y desmaya cuando el espíritu está apenado y triste. El pueblo romano admitia todas las religiones viejas, porque á todas las habia marcado con el sello de su dominio, porque á todas las habia herido con la espada de sus victorias. Pero no podia admitir una religion que le arrancaba el espíritu de la humanidad, que desafiaba su colosal poder, que traia principios capaces de matar la autocracia en el César, el privilegio en los patricios y la servidumbre en el pueblo; una religion que despertaba la esperanza de libertad en el ánimo del esclavo, y que resucitaba la palabra humana, el gran terror de los tiranos. La sociedad antigua, pues, volviendo sobre sí misma, comprendió que le era indispensable reanimar sus dioses, avivar su culto. Pero el antiguo sentido religioso no era bastante á satisfacer las nuevas necesidades del espíritu. Conservando el símbolo, los dioses, la forma del culto, las ceremonias, los augures, los colegios de sacerdotes, el paganismo debia admitir en su faz surcada por las arrugas del tiempo el soplo vivificante de un nuevo espíritu. El ánfora era la mis-

ma, pero variaba el licor. Así nació el neo-paganismo. La religion pagana se prestaba mucho á está gran trasformacion, porque no tenia un dogma claro, ni un libro escrito, y porque en su larga vida, y en su dilatada carrera, desde los templos de Oriente á los mares de Grecia, se habia despojado muchas veces de su espléndida vestidura, y habia tomado mil matices y mil formas. La religion pagana, pues, debió recibir un nuevo espíritu. ¿Dónde podia haber una idea más pura, un dogma más elevado, que en la escuela alejandrina? El espíritu de la escuela alejandrina fué, pues, el nuevo espíritu del paganismo.

El hombre destinado á realizar esta union del paganismo con la escuela de Alejandría fué Porfirio. Tenia un libro nuevo para esta trasformacion, las Enneadas de Plotino. Pero necesitaba un libro viejo, y acudió á las obras de los poetas, que si no habian creado los dioses, los habian esculpido con su cántico en la conciencia humana. Eran los poetas los más dignos intérpretes de su espíritu. El empeño, pues, el grande empeño de este filósofo fué animar la vida de los dioses, sus metamórfofis, con el fuego de las ideas. Así creia tener en sus manos el amuleto para matar el Cristianismo, aquella despreciable religion de judíos, de esclavos, que adoraba por Dios un hombre cuya vida fué la miseria, cuya muerte fué el suplicio. En su odio entraba por más, por mucho más, el judaismo

que el Cristianismo. ¿Qué podían ofrecer estas dos religiones comparable á la idealidad, á la hermosura del paganismo? El mal del paganismo, segun Porfirio, estaba en que se habian materializado sus ideas y perdido el espíritu moral de sus dogmas. Pero la escuela alejandrina con su exégesis resucitaba ese espíritu. Nada á primera vista más grosero que el viejo Saturno alimentándose de sus hijos; pero nada más grande, si se considera que Saturno es la inteligencia humana, alimentándose de sus ideas. Nada más ridículo á primera vista que el mitho de la manzana de la discordia. Tres diosas ven caer una manzana de oro á sus piés, y un pastor es el destinado á dar la manzana á la más hermosa. Las tres se muestran desnudas á sus ojos luciendo todas sus gracias, toda su espléndida hermosura. Pero el pastor dá la manzana á Vénus. Oid, señores, la explicacion de este mitho por Salustio. Las diosas reunidas son las diversas virtudes y potencias de la naturaleza, la manzana es el mundo; Páris es el espíritu sensible, el primer grado de la vida intelectual, que en su ceguera, solo alcanza á columbrar la hermosura de la naturaleza. De esta suerte, á la luz de la filosofía alejandrina, el paganismo se descomponia y su alma se escapaba de su seno.

Para transigir con el antiguo espíritu pagano y para deslumbrar al pueblo, la escuela alejandrina recurria á la magia; esta ciencia estaba fun-

dada en las relaciones del espíritu con la naturaleza, y en los misterios de la afinidad de los seres. En efecto, señores, observad la creacion y vereis qué misteriosas é inexplicables armonías reinan en su seno. La aguja imantada mira al Norte como si en el Norte hubiera un pensamiento de amor; la sensitiva pliega sus hojas y se recoge en sí misma cuando la toca la mano del hombre; la mirada de la luna, esa casta y tranquila mirada que se parece al primer rayo de pasion escapado de los ojos de una vírgen, ensoberbece, hincha de orgullo el Océano; las hojas de las selvas purifican el aire que respiramos, y recogen con placer delirante nuestro aliento; el vapor que se alza del lago por la tarde, como una idea escapada de las entrañas de la tierra se deposita por la mañana como un recuerdo, como una lágrima sobre la corola de las flores; los astros se miran unos á otros con gozo, se atraen con fuerza, se envian al través de los espacios infinitos los rayos de su luz y se aman mutuamente, bañándose en las ondas del éther; la electricidad, el centellear de las estrellas, el magnetismo, el calor, todo eso que parece el esfuerzo de la materia para convertirse en espíritu, todo eso está animado por un agente invisible, por un principio que arrastra los átomos de la materia unos en pos de otros, y que se llama el amor, la pasion, la afinidad universal, verdadera alma de la naturaleza. (Prolongados aplausos.)

Pues bien; los alejandrinos creían en su espiritualismo que esta influencia de unos seres sobre otros seres, y este amor de unos mundos por otros mundos, consistía en ciertas fuerzas, que á su vez consistían en ciertas palabras, emanaciones del espíritu universal, y estas palabras misteriosas, reveladas solo por la virtud de las ideas divinas, eran las que pronunciaban en los misterios, en la soledad de las iniciaciones, cuando necesitaban conjurar á Dios para que dejase caer algunos de sus resplandores sobre la materia, ó elevar la materia para que recibiese algun aliento de la vida de Dios. Y con la magia creían idealizar á un tiempo el culto y conservar toda la supersticiosa y fortísima influencia que ejerciera el culto sobre el pueblo.

Pero lo que principalmente constituía la superioridad del Cristianismo y su fuerza incontrastable sobre todas las conciencias, era su moral. Por eso Porfirio pretendió crear tambien una moral que sustituyese con ventaja la moral cristiana. Pero de su panteísmo idealista no podía derivarse una moral tan pura como la moral del Cristianismo. En su doctrina las almas teniendo una vida anterior á la vida terrena, vagaban por los espacios como el aroma, como los sonidos, como la luz, hasta que cometiendo en su vida primera una falta, mancharon sus alas en el cieno de la materia, y cayeron sobre los cuerpos, y forzadas por la ley

de espiacion á purificarse para cobrar su pristina pureza, tocóles en esta vida pasar de un sér á otro sér, en progresion ascendente ó descendente, segun su mérito ó demérito, hasta que libres de toda culpa, limpias de toda mancha, eterizadas de nuevo y de nuevo llenas del amor divino, pueden perderse y espaciarse en el océano sin límites del espíritu universal. Como se vé, en la moral alejandrina ni es clara la responsabilidad humana, ni su libertad, ni esta por tantos conceptos angustiosísima idea de nuestra personalidad alzada sobre la cima de la creacion, para no perderse ni en lo infinito, que son las grandes revelaciones del Cristianismo. Para sostener las almas en esta vida de prueba, la escuela alejandrina llenaba de séres espirituales y divinos los espacios. Leed á Jamblico. En la cima de la creacion, Dios; entre Dios y el espíritu, los dioses; entre el espíritu y la materia, los genios y los héroes, que unen el cuerpo con el alma en el hombre; y entre el alma y lo infinito, la oracion, el éxtasis, que son las alas para subir al nuevo cielo. Pero como el alma sube por la oracion á Dios, así Dios baja á nuestra alma por las evocaciones theúrgicas. Los séres que reciben estas evocaciones y las elevan al último cielo, son los genios masculinos que están en el sol, y los genios femeninos que están en la luna; genios de cuyos amores nacen las criaturas. Así en el hombre hay dos almas, una superior que es Dios, y

otra inferior que baja de los astros. Pero, señores, ¿á qué hemos de cansarnos con estas exposiciones? Ellas prueban que la escuela de Alejandría resucitaba todos los dioses, todas las theogonías, todos los recuerdos del mundo clásico, y todos los dioses, todas las theogonías y todos los recuerdos del mundo oriental, sin más objeto, sin más fin que llenar con el polvo de tantas ruinas, con los restos de tantos naufragios, los hondos y oscurísimos abismos del espíritu humano para que no cupiese en su seno el Cristianismo.

Todos los medios morales y materiales tentó la escuela alejandrina para este fin, todos. Comparó el Génesis con el Timeo y encontró inferior el Génesis. Sacrificó Moisés en aras de Platon. Desconoció la virtud divina del sacrificio del Calvario. Llenó la tierra de genios, los aires de ángeles, los astros de arcángeles y el cielo de la idea de Dios, para apagar la sed de lo infinito en el hombre, para iluminar todos los espacios de su alma. Creó nuevos ideales de moral, ya en personajes históricos cercanos, ya en personajes históricos lejanos de su tiempo, á fin de eclipsar la divina figura de Cristo que se alzaba pura sobre la cuna de la nueva civilizacion. Ciñó, ya á las sienes de Apolonio Thianeo, ya á las sienes de Pitágoras, la corona de la redencion del universo. Tuvo sus oradores que fueron á Atenas á evocar la sombra de la filosofía antigua, y á Roma á armar su brazo para defen-

der espiritual y materialmente el paganismo. Tuvo sacerdotes que subieron al Olimpo, que bajaron á las cavernas en pos de los antiguos dioses para obligarlos á que corrieran á animar el antiguo ideal clásico moribundo y eclipsado. Tuvo emperadores que abrieron las puertas de los templos, y levantaron los altares, y pusieron sobre los altares los dioses, y atizaron el fuego del sacrificio, y coronaron el ara de flores, y prorrumpieron en el cántico de los antiguos poetas, y llamaron de nuevo á las muchedumbres á postrarse de hinojos en el seno de los olvidados misterios. Pero ¿qué dió de sí esta grande reaccion? Dió una modificacion del antiguo paganismo, dió lo que podemos llamar el helenismo, la idea del gran Themistio, es decir, el paganismo idealizado, ó mejor dicho, el paganismo muerto. Es el helenismo una religion que tiene su Dios único en el cielo, en la eternidad; su trinidad que llena todo el espíritu y toda la naturaleza; su dogma de encarnacion de un Dios en el hombre; su dogma de redencion; su moral que obliga al espíritu á limpiarse de sus manchas en una vida progresiva; su culto religioso, culto de la idea, del corazon; sus ángeles, sus arcángeles que se deslizan en las ondas del aire y en las ondas de la luz, y llenan, como el aroma del espíritu divino, toda la creacion; su Iglesia gerárquica y su esperanza de reunir todos los hombres en una idea, y reanimar los antiguos

dioses bañándolos en las puras y santas emanaciones del espíritu universal. Pero ¿qué era esto sino la muerte del paganismo que se disipaba como la nube de humo del holocausto en el seno de la idea cristiana? Desde el instante en que el paganismo desconocía su origen, su fuente misteriosa, la vida de la naturaleza, y tomaba alas y se alzaba á la vida del espíritu, iba á perderse en la nueva luz como el brillo de las estrellas se borra en los resplandores del día. El paganismo estaba muerto. Debemos reconocerlo, debemos proclamarlo, el paganismo en la escuela de Alejandría espiraba con dignidad, espiraba con gloria, espiraba por abrir su corazón y su conciencia al soplo divino del espíritu, sin abandonar sus dioses. La empresa era grande, por lo mismo que era imposible, digna del genio que gustaba salvar los abismos. ¡Cuán fácil debía parecerles conservar dioses que aun tenían templos y aras, y reinaban con todo su esplendor en el corazón de las muchedumbres! ¡Cuán difícil nos parece á nosotros, que asistimos al juicio de Dios, al juicio de la historia, aquella insensata idea! La Providencia protege á los suyos, la Providencia salva á los que pugnan por mejorar las condiciones humanas, por extender su revelación eterna, por cumplir la justicia. Las reacciones son siempre imposibles. Genio, poder, glorias, ideas, todo, todo fué vencido. Ningun conjuro, ni místico, ni idealista, ni mágico,

bastó á salvar los ateridos dioses. Sí, sí, murieron, señores. Nada pudo reanimarlos. El Olimpo se cubrió de sombras; el iris se desvaneció en lluvias; los carros de nubes en que los inmortales iban á visitar los aires se rasgaron entre las ráfagas del huracan; apagóse la luz celeste; cayéronse las diademas de las frentes divinas; el rayo no obedeció la voz de Júpiter; invisibles aceradas flechas se clavaron en el corazon de los dioses; las aras, los templos fueron polvo, los sacrificios humo, las ceremonias juegos infantiles de viejos moribundos, los cánticos ecos del extertor de la agonía, la naturaleza un desierto que ya no vió el dios Pan por las selvas, ni la alegría de Baco, ni la pasion del sátiro, ni la carrera de la ninfa desnuda que exhalaba de sus ondulantes cabellos voluptuosas esencias y dejaba, como huellas de sus plantas, flores en el campo, ni la aparicion de las náyades y de las nereidas que al levantarse de las aguas y sacudir su cabeza salpicaban con gotas de rocío las hojas de los árboles, ni las procesiones de los pueblos que iban á los templos á ofrecer sus espadas y sus trofeos y colgarlos de sus sagrados muros, ni los coros de los poetas que refrescaban su inspiracion en las puras aguas de la fuente Helicon, ni las danzas de las vírgenes coronadas de verbenas, ni los acordes de las liras y las flautas que acompañaban los cánticos sagrados; y Grecia, antigua madre de los dioses, se levantaba un

momento en su lecho de agonía, y al recibir el soplo del Cristianismo, caía desplomada sobre sus altares como un guerrero que cae en el campo de batalla sobre su escudo, y al morir despedía, con el hermoso helenismo, el postrer reflejo de su espíritu. (Aplausos prolongados.) ¡Ah! sí, señores, al través de los hechos históricos, de estas catástrofes, de estas caídas, de estas ruinas, descubrimos el resplandor de Dios, como en la naturaleza lo descubrimos al través de las nubes, del relámpago, de los huracanes, de las sombras y de los acentos de la tempestad; sí, descubrimos á Dios que impulsa la corriente de los grandes hechos en la historia.

La escuela de Alejandría, pues, no podía salvar el paganismo. La causa de su muerte es clara, es manifiesta. Fué impotente, murió, porque no llegó nunca á comprender la actividad del espíritu, la libertad del hombre, y todas las escuelas que no comprenden la actividad del hombre ni la libertad del espíritu, están condenadas á la muerte. Por eso, señores, mientras la escuela de Alejandría se desorganizaba, la ciencia cristiana daba de sí sus más bellos, sus más puros resplandores. Ya lo veremos en la próxima lección. Vosotros, los que soñais con torcer el rio de las ideas, vosotros, enemigos de la libertad y de la justicia, que luchais desesperados con la corriente del siglo, y creéis posible detenerla y

contrastarla, vosotros, venid, estudiad esta escuela llena de ideas, de grandeza, de espíritu, y al ver su impotencia, su esterilidad, comprendereis que no ha nacido aun el genio que pueda torcer el progreso, porque el progreso está animado por el espíritu de Dios. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO III.

LECCION QUINTA.

SEÑORES:

En esta noche nos toca mirar el desarrollo de la idea cristiana en el tiempo que hemos largamente historiado. Yo, señores, yo, tan calumniado, quisiera que este recinto fuera un templo y que mi alma recibiese un rayo de luz divina para poderos decir con elocuencia digna del asunto lo que pienso y lo que siento sobre la verdad cristiana. Acostumbrado á mirar la historia filosóficamente; á dejar las ideas de mi siglo al entrar en siglos anteriores, para conocerlos y juzgarlos á su verdadera luz; á respirar la atmósfera del tiempo que describo, quisiera en esta noche tener algo de aquella inspiracion que llevaba á los padres de la Iglesia á mirar frente á frente á Dios, seguros de que en Dios se encuentra el resplandor de la verdad, y algo de aquella fé que llevaba á los mártires á morir en el Circo, seguros de que el fin

de esta vida es el principio de otra sin término. Yo, señores, que acostumbrado de antiguo á los favores del público en quien reconozco un amigo cariñosísimo, no puedo, ni debo ocultarle absolutamente nada de lo que pienso; yo tengo un vivo sentimiento religioso, y no solo un vivo sentimiento religioso, sino tambien una viva idea religiosa, que me fuerza á adorar ese lazo que une nuestras almas, á oír esa nota mística que resuena en todos los corazones á acariciar dulcemente esa nostalgia celeste que nos dice que somos desterrados de otro mundo mejor, luminosa patria de que son como un recuerdo nuestras ideas de lo infinito, como un presentimiento nuestras infinitas esperanzas; porque no creyendo en la muerte y teniendo horror instintivo á la nada, y á sus sombras, creo que eternamente una fé divina santificará nuestros amores, inspirará nuestras artes, enseñará á nuestros corazones que los seres queridos devorados por el sepulcro no son solamente un poco de polvo que los insectos esparcen, sino espíritus vivos que nos acompañan en la vida y con los cuales nos confundiremos en la muerte; pues así como las grandes verdades matemáticas y metafísicas traídas por la ciencia no podrán nunca ser borradas por los siglos, las grandes verdades morales traídas por el Cristianismo, la libertad, la responsabilidad del hombre, la ley divina del amor y de la caridad, la inmortalidad del alma, todas

estas grandes verdades serán como el océano de pura y verdadera vida, en que bañándose el espíritu, se fortificará para proseguir su camino á través de lo infinito, y se aclarará y transparentará hasta el punto de ser como un resplandor, si lejano, puro, del espíritu de Dios. (Aplausos.)

¡Ah! señores. Se necesitaria estar en aquellos tiempos primitivos de la Iglesia, sentir aquella fé, tener aquellas puras esperanzas, para poder alcanzar con la mente todo lo trascendental de la revolucion cristiana. Ni antes ni despues ha habido palabra ni idea que haya dejado en la conciencia humana el surco luminosísimo que dejara la palabra de Cristo. Los tradicionalistas, los que bajo el manto de falsa religiosidad ocultan deplorable excepticismo, creen que el mundo moderno se ha olvidado de Cristo, que ha borrado las señales divinas de sus lágrimas y de su sangre para perderse en las orgías de la libertad, y no comprenden que á medida que se va realizando la igualdad, y se van uniendo los hombres en un ideal superior de derecho, y se van acabando los odios y los rencores entre las razas, á medida que la soberbia se abate, y se alza la miseria á la dignidad, y el esclavo al conocimiento de su alma, las sociedades van siendo más grandes y más justas, y acercándose más al espíritu de Cristo. (Aplausos.)

Sé muy bien, señores, que aquellos que dan

sentido materialista y absolutista al Cristianismo, se extrañan del sentido espiritualista y progresivo que yo le doy. Ya probaremos cuán extraña es su extrañeza. En la noche anterior os dije que era abstractísima la materia de que debíamos tratar, y árida y difícil; y esta noche debo deciros que es tan profunda la materia de que vamos á hablar, que se asemeja á esos mares á cuyo fondo no ha llegado la sonda del marino, á esos abismos de los cielos que tienen por término lo infinito. ¿Cómo, señores, yo, mortal, y por mortal débil, y por mi ignorancia más débil aun que los demás mortales, soy osado á aproximar mi pensamiento al pensamiento de Dios? No tendremos el derecho de decir, á Dios por qué me has hecho así, pero tenemos el poder de preguntarle: ¿por qué forma nuestra alma, con este deseo infinito de saber, con este amor desasosegado, te busca anhelante por los espacios, hasta encontrar en tí, bañados por tu eterna luz, el bien, la verdad y la hermosura? Estudiemos, pues, el Cristianismo. Señores, el Cristianismo no viene al mundo de improviso, viene preparado por una larga educación religiosa y política. Así como estudiando el globo encontramos por los restos de los fósiles que el mar, hoy encerrado en su lecho, se revolcára un dia por la cima de las montañas, espumoso é hirviente, recién caído de la caliginosa atmósfera sobre la tierra encendida como para apagarla; y

en las trece grandes hojas del libro inmenso que forma el planeta, hallamos la série de séres que desde los terrenos volcánicos se elevan á los terrenos vegetales como en pos de un sér superior, reúne todas sus bellezas y represente en sí todas las maravillas de la creacion; así como encontramos la série, la cadena de séres que va cincelandó, embelleciendo el planeta, como para hacerlo digna habitacion del hombre, así en la conciencia, en el espíritu, en la vida del alma, donde las creaciones son no menos grandes, no menos difíciles, no menos trabajosas que en el planeta, encontramos símbolos anticipados, presentimientos, profecías diversas, tal vez sobrehumanos esfuerzos para encontrar la verdad; una especie de adivinacion intuitiva del Mesías, del que nos habla Bossuet, último padre de la Iglesia, y que la ciencia moderna ha confirmado encontrando huellas, y huellas profundísimas, en el budismo indio, en la comunicacion del hombre con Dios que enseña el mazdeismo, y por la cual reciben nuestras venas como difusion de la esencia divina; en el corredo pascual de los israelitas; en el ascetismo esenio; en los trabajos de toda filosofía socrática para probar la unidad de Dios, la inmortalidad del alma; en el espíritu universal y humano de los estoicos; en todas esas verdades rotas, fraccionadas, que perdidas entre sombras se esclarecieron á la luz de la última revelacion y se condensaron al

soplo de Dios en la doctrina de su Hijo, así como al eco de la palabra divina que rodaba sobre el caos la materia se formó, se condensó y surgió rutilante del seno de los abismos el sol, lanzando de su frente eterno día para iluminar eternamente los espacios. (Estrepitosos aplausos.)

Señores, todos los padres de la Iglesia convienen en que hay viva armonía entre la razón y la fé; en que siendo la razón obra de Dios y la fé cristiana obra de Dios, hay en la razón principios innatos cristianos, y hay en la fé principios de la razón humana. El hombre es naturalmente cristiano. El Cristianismo es naturalmente racional. La razón y la religión son dos manifestaciones de una misma verdad. El hombre, á medida que fué creciendo, fué acercándose más al Cristianismo. Así cuando la antigüedad se pudre, nada nos maravilla tanto como la corrupción de las costumbres al lado de la limpieza de las ideas. Y sucede esto, porque mientras todo lo que hay del barro de la tierra en nuestro sér se descompone y se hunde en el vicio, todo lo que hay de ángel del cielo en nuestro sér vuela por las regiones donde amanece el nuevo día. La filosofía antigua, á pesar de sus errores, era una grande iniciación cristiana, porque guardaba en sí una gran serie de verdades. Yo bien sé que los santos de nuestros días, los cenobitas al uso, los que creen tener ganado el cielo con vociferar religión desde las columnas de un

periódico y azuzar las gentes sencillas contra nosotros (Risas); yo bien sé que esos hombres que dicen que la razón y el absurdo se aman con amor invencible; que fuera de las vías católicas nada hay tan despreciable como el hombre, aunque el hombre se llame Sócrates, Platon, Leibnitz y Newthon; que el mal triunfa en la tierra siempre del bien; que es como decir que Satanás vence siempre á Dios; yo bien sé que tales gentes, de toda doctrina religiosa ajenas, porque para ellas la religion es una bandera política, dirán que mi pensamiento es herético; pero yo, citándoles á Lactancio, que en sus divinas enseñanzas asienta que la verdad existe diseminada entre todos los filósofos, y si hubiera uno, uno solo que recogiera todas las verdades, seria cristiano; y á San Clemente, que proclama que hay en la filosofía antigua una manera de Cristianismo natural; y á Orígenes, que en sus elocuentes invectivas contra Celso, dice que la influencia del Verbo se siente en el espíritu y en la vida desde el principio del universo; y á San Atanasio, que en su oracion sobre la doctrina arriana escusa detenerse á probar la idea del Verbo por ser corriente y admitida antes aún del Cristianismo, por la conciencia universal; y á San Agustin en su tratado *De vera religione*, capítulo IV, proclama que los platónicos son cristianos con solo mudar algunas pocas palabras y sentencias (*paucis mutatis verbis atque*

sententiis); y á San Jerónimo que en sus comentarios á Isaías proclama que la moral estóica concierta en puntos capitales con la moral cristiana; y á Minucio Félix, que llama cristianos á los filósofos que desde la idea de la muchedumbre divina del antiguo Olimpo se elevaron á la unidad de Dios; y á San Justino, que en su apología primera profesa el principio de que el platonismo es el precedente natural del Cristianismo, y en su diálogo con Trifon, añade que Sócrates, Musonio y Heráclito son patriarcas de Cristo, y que la razón es una semilla de verdades religiosas; y á San Ireneo que declara que en la conciencia y en la ley natural está ya el principio de la revelación divina; citándoles todas estas autoridades, en cuya presencia están obligados á bajar la frente, les diré que si por su odio á la razón están fuera de la filosofía, y por su odio á la libertad fuera de nuestro siglo, por su espíritu estrecho y mezquino y por su desconocimiento de la caridad y de la fé, están fuera del Cristianismo. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Tertuliano se indignaba contra Marcion porque habia dicho que Jesucristo vino de improviso al mundo. El Cristianismo traia la idea del progreso á la vida. Dios jamás ha abandonado la educación progresiva del género humano. Perdió el hombre aquella inocencia paradisiaca que fué su primera vida, aquella su sonrisa de niño,

aquella su ignorancia del mal, aquel encanto en cuya virtud veia hermosa y risueña toda la naturaleza; y desde este punto no le abandonó la educacion divina, que suscitó primero á los Patriarcas para que lo sostuvieran en los vacilantes pasos que habia de dar sobre los abrojos del mundo; luego al legislador que confirmó las leyes humanas con la sancion de la ley divina; más tarde á los profetas que le infundieron esperanza de redencion y libertad; y cuando callaron los profetas, aquellos filósofos que recogiendo todas las verdades metafísicas iluminaron el espíritu para hacerle digno de recibir á Dios, hasta el instante más sublime aún que aquel en que el Eterno pronunció el *fiat* para que brotara la luz del mundo material, hasta el instante en que brotó la eterna luz del alma, el Cristianismo; y fué obligacion del hombre ser perfecto, como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos, y latió en su corazon la esperanza divina de que ni la muerte, abismo abierto en su camino, podria detenerle; porque habiendo recibido el soplo vivificante del espíritu divino en su alma, se trasformaba y ascendia á habitar sobre los cielos y los mundos en el seno de la gloria, en presencia del Eterno. (Aplausos.)

El Cristianismo era, pues, la obra preparada por Dios, la obra consumada por Dios, el centro al cual gravitaba toda la historia. Para

sacar el mundo del error; para ahogar el sensualismo en que cayera la antigua sociedad; para dar la vision divina á los ojos cancerosos del antiguo mundo; para romper el yugo del destino é imprimir la idea de libertad en el alma; para destruir con el principio de igualdad las castas que habian manchado toda la historia; para infundir en el corazon aquella esperanza de progreso que convirtió á lo por venir el rostro de la humanidad, vuelto antes á lo pasado; para derramar una lágrima de redencion sobre el pecho del esclavo, se necesitaba la aparicion de aquel justo, de Jesús, eterno ideal de nuestra vida, cuyos labios solo se abrieron para bendecir, cuyo corazon latió solo para amar, cuya palabra llevó la esperanza de la humanidad en su seno; aquel justo, que menospreció el reino de un dia para predicar el eterno reino de los cielos; y que despues de haber elevado con su doctrina y con su ejemplo el espíritu humano hasta recoger una santa herencia de verdades divinas, cuando llega su última hora, suspendido en un suplicio, viendo desde la cruz el mundo antiguo, la antigua civilizacion, que se precipitaba en los abismos de lo pasado, y el nuevo mundo, la nueva civilizacion que surgia en los horizontes de lo por venir, derramó con su último aliento, con su último suspiro en la humanidad que renaciera, el eco angustioso de su voz, el espíritu divino descendido sobre la tierra por aquel

milagro de caridad, por aquel inmenso sacrificio de verdadero amor. (Prolongados aplausos.)

Las ideas de la mente humana presentian esta grande crisis de la historia. Visibles señales presagiaban este momento sublime de la vida. Los antiguos historiadores de la religion menospreciaron los dos siglos precedentes á la venida de Cristo; y sin embargo, nunca en ningun tiempo, en ninguna ocasion, sentimientos más vivos agitaron el corazon, ni ideas más profundas conmovieron hasta lo más profundo la conciencia, como uno de esos huracanes sub-marinos que conmueven los abismos mientras serena y riente la tersa superficie refleja la claridad de los cielos en el cristal de las aguas. Deteneos, señores, conmigo un instante no más á contemplar este gran espectáculo del movimiento de los espíritus hácia una verdad superior, instante que se refleja hasta en tiempos muy anteriores á la venida de Cristo. La profecía, la eterna palabra de Israel enmudece; el fariseo se despide de todas las gentes, cierra sus oidos al cántico de la sirena pagana que traen los griegos en sus labios y se encierra en su templo; los judíos, que antes no acertaban á salir de la tierra prometida á la descendencia de Abraham, como si en esa tierra solamente pudieran respirar, se ciñen los riñones con su cingulo, toman su báculo, y se van por todo el mundo á matar los dioses paganos con la viva luz de su es-

piritualismo religioso; las cuestiones teológicas en tales términos seducen á las gentes, que fian muchas veces su solución á la espada; los ascetas abandonan la sociedad, pueblan los desiertos, y hundidas las rodillas en la arena, y rollada al cuello una piel de serpiente, esperan trémulos y agitados la revelación de una gran verdad; los judeo-alejandrinos ofrecen la filosofía de Platon al Dios de los hebreos, quemando como un grano de incienso el espíritu del hombre en el sagrado altar de la sinagoga; el pueblo escogido creyendo que Dios es demasiado puro y santo para comunicarse con la materia, puebla de ángeles el universo, de ángeles que brillan en los rayos del sol, en el fuego del holocausto, que despiden luz de sus blancas alas, que siembran de mundos lo infinito; una secta judeo-egipcia comienza á ver á Satanás en la eterna risa de las divinidades griegas; los talmudistas esclavizan todos los ídolos y los atan al carro de fuego de Jehová; las creencias apocalípticas recuerdan que Dios ha anunciado que pasarán los medas sobre el sepulcro de Oriente como una manada de chacales, y los persas como una tribu de leones, y los griegos como un coro de sirenas, y los romanos como una bandada de águilas, y dominarán unos tras de otros la tierra, hasta el día señalado en los juicios del Eterno, hasta el día en que la palabra divina fecundará la naturaleza, y se abrirán los sepulcros,

y se despertarán los muertos para ver con sus ojos y tocar con sus manos al prometido por Dios, al esperado por el pueblo, al Mesías, venido á iluminar con un rayo del espíritu divino la conciencia humana, que se abre á la verdad como se abre en grandes grietas la tierra abrasada por los ardores del estío para llamar la benéfica lluvia de los cielos. (Aplausos.)

El gran movimiento religioso de Judea se enlaza con el movimiento filosófico de Alejandría, con el movimiento gnóstico del Oriente, y estos tres rios de ideas entran en el seno de la ciencia cristiana. El espíritu humano plantea problemas dificultosísimos, pavorosísimos sobre Dios y sobre el alma, y sobre la libertad y sobre el origen del mal, que la teología cristiana resuelve con aquella divina sabiduría que le asegura su dominación sobre la conciencia y sobre el mundo. Nunca pasaron por el espíritu corrientes de electricidad más grande. El rayo, al mismo tiempo que consumía los antiguos ídolos, iluminaba los altares del nuevo Dios. La conciencia relampagueaba como un cielo cargado de tempestad. ¡Tantas señales debían preceder á la aparición de Jesús, que es toda la vida, todo el espíritu! Sean las que quieran vuestras ideas, no pasareis nunca delante de Jesús sin que os sintais movidos á grandes y verdaderos afectos religiosos. La presencia de Jesús está en una sociedad espiritual, que es la reunion

de todos los fieles, donde reina la igualdad, donde todos participan de una misma idea y de una misma vida; sociedad que se llama Iglesia, y que es la antítesis radical del Imperio. La Iglesia guarda, comenta, difunde la palabra de Jesús. La primera luz de la idea cristiana se refleja en la frente de los Apóstoles. San Pedro y Santiago llevan principalmente el Cristianismo al Oriente; San Pablo y San Juan principalmente á Grecia y Roma. Cada uno de estos grandes Apóstoles define una idea: San Pedro y Santiago el cumplimiento de las profecías, el cumplimiento de la ley, San Pablo la universalidad de la revelacion, San Juan el Verbo. Los Apóstoles tuvieron que combatir dos tendencias; la de los cristianos materialistas que creyeron en un reino de este mundo, y la de los judeo-cristianos que creyeron que el Evangelio era solamente un apéndice de la Biblia. La Iglesia reunida en el Concilio de Jerusalem salva el Cristianismo de estos dos escollos. Concluyen los Apóstoles y comienzan los padres apostólicos. Estos tienen que combatir el error de los que dan á la magia virtud de oracion; el error de los que levantan el trono de Santanás á la altura de la cruz de Cristo; el terror ebionita, reaccion judía que solo ve en Cristo las señales de un profeta. Sálvase la Iglesia de estos errores y pasan los tiempos de los padres apostólicos. Y es necesario, así como los Apóstoles han separado la vida cristiana de

la solitaria sinagoga y los padres apostólicos del ebionitismo, separarla también con grande empeño del gnosticismo, última forma que toma la serpiente pagana, el dios-naturaleza, para tentar á la Iglesia. Cumplen esta obra los apologistas que ahondan en la conciencia humana, para arrancarle hasta las raíces del paganismo. Y al propio tiempo precisa que la sociedad espiritual cristiana combata fuerte y vigorosamente la antigua sociedad pagana; y este fin lo cumple admirablemente el héroe, el atleta de la Iglesia, Tertuliano. La verdad necesita de la palabra, de la elocuencia, para encender los ánimos, y nacen los grandes oradores cristianos. Señores, notadlo. Cuando Dios quiere condenar una causa, la hace enmudecer; cuando Dios quiere salvar una causa, le concede la palabra; porque la palabra elocuente es como la lengua de fuego del Espíritu Santo, que resplandece vívida sobre la frente de los por Dios elegidos para renovar el espíritu, para vivificar la sociedad. El Cristianismo liga á su revelación religiosa la revelación natural de la ciencia. Precisaba que sus verdades fueran no solamente sentidas sino también explicadas. Y así como para hablar tomó la palabra de los labios de griegos y latinos, para formular sus ideas científicamente tomó sus fórmulas de la filosofía antigua. Los tres grandes pensadores del Cristianismo, el Sócrates, el Platon y el Aristóteles de la

ciencia cristiana son indudablemente San Clemente, Orígenes y San Agustín. La cuestión inmensa que pesaba sobre la conciencia cristiana en este tiempo, es la cuestión de la Trinidad. Arrio, intentando destruir el dogma de la divinidad de Cristo, intentaba destruir en la humanidad la esperanza de llegar por la práctica de las virtudes cristianas á la comunicacion con Dios.

Así puede decirse que San Atanasio, contradictor de Arrio, derrama una como difusion de Dios en las venas de la humanidad. Y así como se habian resuelto los grandes problemas religiosos y metafísicos, la unidad de Dios, el Verbo, la Trinidad, el origen del mal contra ebionitas, gnósticos, montanistas, arrianos, debió resolverse contra Pelagio el último problema, el de la relacion de la libertad humana con Dios por medio de la gracia. Este problema debia resolverse en los tiempos en que, desfallecida la libertad humana por la venida de los bárbaros, necesitaba para salvarse una grande confianza en Dios. Este problema toca al genio universal que ha de escribir la síntesis cristiana, que la ha de revestir de la fuerza que necesitaba para educar á los bárbaros, que ha de señalar una de las épocas genesiácas del espíritu humano, verdaderamente el último de los grandes padres de la Iglesia, San Agustín, á cuyos piés va á morir, lanzando su última armonía, la onda de la vida griega, y sobre cuya

frente como una aureola formada de tempestuosa nube que relampaguea, brilla el espíritu de la Edad media. San Agustín, pues, sin duda alguna es la gran síntesis de toda, absolutamente de toda la filosofía de los padres. El Cristianismo tenía su cosmología en la Biblia, su moral en el Evangelio, su política en las sociedades primitivas de los cristianos, su teología en las grandes investigaciones de los padres de la Iglesia de Oriente, su oratoria en aquellos apologistas que iban al Foro, á la agora á predicar el nuevo Dios; sus ejércitos que no sabían matar pero sabían morir, en los mártires; sus escultores en aquellos artistas que á la pálida luz de las antorchas cincelaban las piedras de las Catacumbas y levantaban estatuas al dolor y al sacrificio; sus pintores en aquellos místicos que sobre los sepulcros trazan la imágen de los ángeles en oración, ó de Jesús, recogiendo las almas de los mártires; sus poetas en aquellos cantores que elevan al cielo á un mismo tiempo el eterno himno de la redención y el eterno himno de la libertad; y por último, para que nada le faltase, San Agustín le dá con su gran teoría del origen de las ideas, la verdadera psicología religiosa, en la cual llega á tener el alma cristiana conciencia de sí misma; de suerte que, concluida toda la serie de grandes manifestaciones de la nueva idea, nace por su propia virtud la nueva sociedad, la sociedad cristiana, que va á juntar á

todos los hombres en un mismo derecho y á renovar el espíritu humano con sus consoladoras verdades.

Nosotros, señores, en este gran desarrollo de la idea cristiana hemos estudiado en años y lecciones anteriores Jesús, los Apóstoles, los padres apostólicos, los apologistas; tócanos en esta noche hablar de los primeros padres de la Iglesia. En este dificultosísimo estudio no podemos prescindir del carácter de las dos regiones que van á dar sus grandes propagadores al Cristianismo; Grecia y Roma. Aunque muchos de ellos no hayan nacido ni en una ni en otra de estas regiones, sin embargo, por su educación, por sus tendencias, por su espíritu se dividen los padres de la Iglesia en griegos y romanos, en orientales y occidentales. Contemplemos por algunos instantes á Grecia y Roma. Señores: Grecia es la idea, Roma el hecho; Grecia la ciencia, Roma la práctica; Grecia la filosofía, Roma la ley; Grecia el misticismo, Roma la moral; Grecia el arte, Roma el derecho; Grecia es como la sacerdotisa que va á encender la misteriosa lámpara de la vida en los altares de Oriente guardando su luz para los dioses y los cielos, y Roma como el soldado que arranca esa lámpara del ara é ilumina con ella la tierra y el mundo; Grecia como el oráculo que reforma la conciencia, Roma como el tribuno que reforma la vida; Grecia como Psiquis que suspira por los cielos, Roma

como Anteo que crece cuando hiere con su planta la tierra; carácter que aun tiene esta raza latina cuya fuerte mano ha encarnado en la sociedad, en la realidad de la vida, todas las ideas metafísicas; sí, carácter cuya oposición con el griego brilla muy principalmente en este siglo tercero de la Iglesia, porque los padres griegos usan el lenguaje poético, los padres latinos el argumentador ó polémico; los padres griegos tienen el carácter filosófico, y los padres latinos el carácter moral; los padres griegos son grandes artistas, los padres latinos grandes políticos; los padres griegos miran á la ciencia, los padres latinos á la vida; los padres griegos al dogma, y los padres latinos á la organizacion y á la disciplina; los padres griegos á los problemas referentes á Dios, y los padres latinos á los problemas referentes al hombre; aquellos son los teólogos, estos los moralistas; aquellos traen la idea filosófica á la religion, estos separan con fuerza la religion del paganismo; aquellos son los místicos, los iluminados, estos los atletas, los guerreros: oposicion bellísima que se ve en San Justino y Minucio Felix, en San Clemente y San Cipriano, en Orígenes y Tertuliano; pero oposicion de la cual resulta una divina armonía; y así la idea cristiana abraza el Oriente y el Occidente, reúne los dos términos antitéticos de toda la historia, derrama el agua del bautismo sobre toda la humanidad. (Prolongados aplausos.)

El más gran padre de la Iglesia occidental en este tiempo, el destinado á probar la radical antítesis entre el Cristianismo y el paganismo es Tertuliano. Militar, su férreo estilo tiene el brillo del corte de la espada; jurisconsulto, su pensamiento brota en ritmo semejante al de las antiguas leyes; africano, su período vigoroso, varonil, aunque oscuro y tortuosísimo, corre con la elocuencia y el desorden ditirámbico de Lucano; extremado y apasionadísimo como su raza; ardiente como el suelo de su patria; fuerte como vigorizado por una idea divina, y más fuerte aún cuando se compara con los decaídos paganos; dialéctico implacable, que clava el dardo en el corazón del enemigo, su ironía, su desigualdad, su elocuencia altísima, mezclada con acentos de rabia semejantes á los ahullidos del tigre en el desierto, sus antítesis, que aún no han sido igualadas, su sarcasmo, unido á la santísima unción evangélica que solo poseen estos primeros cristianos, dan á sus palabras algo del rumor tempestuoso que se escapa del pecho de una gran muchedumbre, algo de las discordes voces y de los rudos sonidos que se levantan de un ejército armado y en marcha; pues aquel hombre, Demóstenes de su tiempo, Demóstenes de su fé, es un conquistador que lleva tras sí legiones de ideas, como ángeles venidos á exterminar el paganismo, y asalta, sin temblar por las flechas que cruzan á su lado, con

su espada en los dientes, atemorizando á sus enemigos con las centellas que se escapan de sus ojos, asalta, decia, la antigua Roma; y entra en el Panteon y se rie de los dioses con risa digna de Luciano; y se dirige á los Césares y les anuncia que no doblará en su presencia la rodilla porque es mentida la divinidad que le atribuyen sus esclavos; y corre al Circo y maldice á los que respiran gozosos el hedor de la sagre; y cavando como el leon africano con sus aceradas garras en los fundamentos de Roma, abre, con el gozo de un nuevo Annibal que sacia el odio eterno de su raza (Aplausos), abre un infierno lleno de fuego, de tormentos, donde arroja con santa indignacion á los tiranos y á sus cómplices, mientras señala á las víctimas de los tiranos, á los mártires, á los que han muerto por defender la idea de Dios y la santa inviolabilidad de la conciencia humana, el cielo, donde vagan los elegidos con sus palmas siempre verdes, y sus coronas de estrellas siempre espléndidas entre torrentes de luz y de armonía. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

Exponer la doctrina de Tertuliano es difícil, porque sobre un fondo ortodoxo pasan á cada instante las ideas de los milenarios y montanistas. Los primeros creían formalmente en un reino material de Jesús; los segundos en una tercera revelacion, porque, segun ellos, la Biblia era una revelacion del Padre, el Evangelio la revelacion

del Hijo, y faltaba el Paracleto, la revelacion del Espíritu. Tertuliano manifiesta, en sus errores y en su indecision, que la conciencia humana aun no habia comprendido bien el Cristianismo. Apartase de la filosofía, que condena, y de cuyos errores abomina; proclama como los magos, que los ensueños y súbitas inspiraciones son fuente de verdad; oye en el eco de todas las cosas, en los rumores de toda la creacion, plegarias, oraciones, la aspiracion incesante á Dios de todo lo creado; vé reflejarse la divina esencia á través de sus dos revelaciones, la naturaleza y la palabra; declara que hay en la razon semillas eternas de bien y de verdad; proclama que, á manera de la semilla, la raiz, el tallo, la hoja, el capullo, la flor, el fruto, se desarrolla la idea religiosa en el paraiso, que es la inocencia de la humanidad; en los patriarcas y la ley, que son la niñez; en el Verbo, que es la juventud; en el Espíritu, que será el *consumatum est*, santa y verdadera y última plenitud de la vida en esta tierra, de la cual se levantarán un dia los muertos para revestirse de nuevo sus formas y organismos, porque todo se perpetúa en la naturaleza; y sonará en el reloj de los tiempos el instante supremo en que, pasadas las grandes iniquidades, concluida la guerra universal en que se empeñáran los hombres, mellada la guadaña de la muerte de segar en flor generaciones de generaciones, vacía la copa de la ira celeste, porque

los ángeles exterminadores habrán vertido hasta sus heces sobre el universo, resonará en los opacos cielos tristemente la voz lastimera de la trompeta del juicio, y comenzará el reinado de la verdad, el día eterno del bien, en que la luna brillará como el sol, y el sol como siete veces la luz de nuestros días de hoy, y los ángeles, visibles á los humanos ojos, vendrán á traernos en sus labios el beso del amor de Dios, la eterna prenda de la reconciliación de la humanidad con el Creador. (Aplausos.) Como se vé, en la doctrina de Tertuliano reina inmensa confusión, que prueba que no está aún claro y definido en su conciencia el Cristianismo.

Por esto lo que Tertuliano representa principalmente es la antítesis, la contradicción del mundo cristiano con el mundo pagano. Su *Apologeticus adversum gentes* sin duda es una de las obras que más en claro ponen la fuerza, la virilidad que la nueva idea presta al hombre. Es un grandioso paralelo entre la sociedad que se va y la sociedad que viene. ¿Por qué, dice á los paganos, negais á los discípulos de Cristo el derecho comun; por qué les negais hasta la facultad de defenderse? La verdad cristiana, hija del cielo, extranjera de este mundo, no pide perdón, porque no se extraña de su triste suerte, no se extraña de encontrar enemigos fuera de su patria; y solo pide no ser condenada hasta después de ser oída,

aunque sabe que si sus enemigos no la oyen, es porque no se atreven á condenarla oyéndola; antes tocados en el corazón por sus virtudes, si la oyeran la seguirían hasta el martirio, hasta la muerte, como hacen sus defensores los cristianos, los cuales no son malvados ni reos de ningún crimen, como pretenden magistrados vendidos al odio de los Césares y á las pasiones de las muchedumbres; no son malvados, porque el malvado, si es sorprendido en su crimen, tiembla, y el cristiano se alegra; el malvado en el tormento se desespera y el cristiano se fortifica en su esperanza; el malvado huye la muerte y el cristiano la busca; el malvado se arrepiente herido por el torcedor de los remordimientos y el cristiano si de algo se arrepiente es de no haber sido siempre cristiano; malvados singulares á quienes se persigue sin juicio y se condena sin defensa; malvados á quienes se atormenta, no para que confiesen, sino para que nieguen su crimen; malvados, que rechazados del tálamo nupcial por sus esposas, maldecidos por sus hijos, desheredados por sus padres, persisten con fé y constancia en sus ideas; porque comparan una sociedad con otra sociedad, una idea con otra idea; sus leyes sencillas con las leyes tiránicas que no admiten exámen y piden ciega obediencia; su religion pura con aquellos cultos en que son adorados viejos dioses maldecidos por sus mismos sacerdotes; sus sacrificios en

que solo entran la oracion y el amor con los abominables sacrificios manchados de sangre; su Dios que es eterno, que todo lo llena con aquellos dioses inferiores á los hombres, no tan virtuosos como Caton, ni tan poderosos como César; su Verbo que ha venido á renovar el espíritu con la renovacion del paganismo por los ritos de los egipcios, pobres gentes para quien los dioses nacen como las cebollas en los huertos; la libertad de sus almas con la servidumbre pagana; el amor á sus enemigos con el odio que reina entre sus enemigos; su santa igualdad con las rivalidades de clases privilegiadas; sus oraciones por los mismos que los persiguen con el potro y el tormento y las hogueras, y los medios inícuos de que los paganos se valen para sostener sus vencidos dioses. Palabras elocuentes que son la defensa más pura que han oido los hombres de la inviolabilidad de la conciencia humana; palabras que aterran al imperio de los Césares más profundamente aún que las espadas de los bárbaros; palabras que despues de quince siglos vienen á caer como lluvia de plomo derretido sobre los continuadores del paganismo, sobre los que han manchado de sangre la blanca túnica de la religion de los mártires, y han querido oscurecer su divina idea, toda caridad, todo amor, en el humo de las hogueras que debieron apagar para siempre las benéficas y divinas lágrimas de Cristo. (Aplausos.)

De suerte, señores, que en este tiempo la Iglesia pedía principalmente libertad. Este era su grito, este el clamor universal de todos sus hijos. No aspiraba, no, á un dominio transitorio en el mundo, aspiraba á penetrar en la conciencia, y sabía que solamente le era dado penetrar por medio de la libertad. El Cristianismo era la religion del espíritu como el paganismo fué la religion del Estado. El Cristianismo, pues, tenía sus instituciones, sus leyes, su autoridad peculiar y propia; pero ni su autoridad ni su reino eran de este mundo. Así no ejercía coaccion alguna para atraerse prosélitos, ni para disciplinarlos, ni para guardarse de las asechanzas de sus enemigos. Sus leyes estaban escritas en la conciencia, su espada era la palabra, el único medio que para triunfar tenía, la libertad. Todos los padres de la Iglesia en este tiempo de lucha proclamaban el principio del respeto debido á la conciencia en su comunicacion íntima con Dios. Todos negaban á una que el Estado tuviese derecho á forzarlos á la adoracion de sus ídolos. Todos, reconociendo la autoridad política de los Césares, desconocían su autoridad sobre el pensamiento, sobre el alma, donde solo puede reinar la conciencia, eterno resplandor de Dios en la vida. Así al mismo tiempo que elevaban la razon y el sentimiento á conocer á Dios, elevaban la conciencia á conocer sus derechos. Jamás el espíritu se ha levantado con más fuerza,

con más vigor á reclamar su libertad, la divina libertad en cuya virtud solo reconoce sobre su conciencia la eterna jurisdicción de Dios. No lo olvideis, señores, no lo olvideis, porque considerando nosotros esencialmente el Cristianismo en este curso de civilización, debemos antes que todo considerar sus consecuencias sociales. Por si acaso me creyeráis preocupado os citaré las mismas palabras de los grandes escritores cristianos de estos tiempos. «Nosotros no combatimos, decía San Justino, porque no queremos el poder de un día. Y como nuestras esperanzas no están, no, en este mundo, ni evitamos los suplicios, ni huimos de los verdugos.» Y concluía por pedir para el Cristianismo la libertad y solo la libertad de manifestar sus ideas. Orígenes condenaba aun con mayor fuerza toda coacción material en la esfera religiosa. «Jesucristo no ha querido ganar los hombres como un tirano que los arrastra en su rebelión; ni como un ladrón que pone en manos de sus compañeros las armas de la violencia; ni como un rico que compra amigos con sus larguezas; ni por ningún medio coercitivo, sino por su divina sabiduría, tan propia para unir con Dios en piedad y santidad á todos los que se acogen al amparo de sus santas leyes.» Más claramente aun está sostenida la inviolabilidad de la conciencia humana por el gran Tertuliano. «Mirad no sea, dice en su gran discurso apologético, autorizar la

falta de religion el quitarme la libertad religiosa, la eleccion de mi Dios, el no permitirme adorar lo que yo quiero para forzarme á adorar lo que no quiero. Todos los pueblos tienen sus diversos cultos; solo á nosotros está prohibida la libertad de conciencia. Ultrajamos á los romanos, cesamos de ser romanos, solo porque nuestro Dios no es adorado de los romanos.» En su carta á Scapula exclama: «*Nom est religionis cogere religionem.*» Despues de estas elocuentes palabras debemos decir muy alto, sin que nadie pueda desmentirnos, que la libertad es el gran principio vital de estos primeros tiempos del Cristianismo. Los que creen que el Cristianismo puede santificar la violencia, desconocen su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano y la conciencia á la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados á creer que la religion proclamaba la libertad, cuando vencida, proscripta, esclava, se ocultaba en las Catacumbas y contaba sus victorias por sus desgracias y por sus martirios, y que vencedora renegó de estos principios con cuya virtud habia vencido, no hacen más que poner en la religion celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando la religion es por su naturaleza el principio y el fundamento de toda verdadera justicia.

Pero prosigamos, señores, examinando los padres de la Iglesia en este siglo tercero. El genio

que vamos á examinar sin duda alguna es el contraste mayor que ofrecerse puede con el genio de Tertuliano. El siglo tercero pertenece á los siglos de transicion. Edad angustiosa aquella en que los hombres no tienen fé para abrazar una nueva creencia, ni valor para abandonar las creencias de sus padres. A la duda sucede la supersticion, á la supersticion el fanatismo, y al fanatismo el vicio. Plutarco nos ha descrito admirablemente esta terrible enfermedad de las conciencias, este rebajamiento de los caractéres en su libro inmortal *De la supersticion y la incredulidad*. Los infelices, dice, que nada creen, ni ejercitan su razon si despiertos, ni en brazos del sueño duermen, porque no encuentran reposo. ¡Oh! ya habia en este tiempo una idea donde reposar aunque Plutarco no la conociera. Estaba Cristo en cuyo seno podia reclinar la humanidad su agobiada frente. Venid á mí, habia dicho ya el Salvador, y encontrareis reposo. Así, muchos paganos al ver los tormentos que sufrían los adoradores de la nueva idea y su valor en esos tormentos, se convertían por la secreta fuerza de la gran virtud que propaga todas las ideas, por la fuerza del dolor. Abramos un momento el historiador cristiano de estos tiempos, Eusebio de Cesarea. Leamos algunas páginas. Él nos conducirá á Alejandría. No vamos á visitar sus monumentos, sus obeliscos, las agujas de Cleopatra, ni el museo de Demetrio Falerio; vamos á

entrar de noche en una humilde casa de un humilde arrabal donde habitan un maestro de retórica, recién-convertido al Cristianismo, y su mujer ocupada en las faenas domésticas á la lumbre del hogar. Aquel matrimonio virtuosísimo ha tenido siete hijos. El mayor de ellos apenas cuenta diez años. Es el amor, es el orgullo, es la esperanza de su padre. El niño duerme el sueño de la inocencia, con la sonrisa en los labios, con esa dulce sonrisa que es como la luz de la infancia. Su padre va á su camita, levanta la cubierta y besa el pecho de su hijo.—«¿Por qué, pregunta la madre, le besas siempre en el pecho?»—«Porque Dios me dice que ese pecho es un templo en que se prepara una habitacion el Espíritu Santo.» En efecto, señores, aquel niño era Orígenes. (Estrepitosos y prolongados aplausos.) Aquel niño iba á ser á un mismo tiempo el Platon y el Aristóteles del Cristianismo. Hijo del mismo siglo que Tertuliano, su vida y su destino tienen grandes analogías con la vida y el destino del orador de Occidente. Cuando combate el paganismo es ortodoxo. Sus respuestas á Celso son más sabias que el Apologético de Tertuliano aunque ménos vigorosas. Desde luego se echa de ver que el espíritu de Oriente se difunde por el Cristianismo con la palabra de Orígenes. Su teoría de los ángeles puebla el mundo de espíritus puros que cantan como los antiguos dioses en su seno. Los ángeles vie-

nen á ser como dioses menores que se extienden por toda la creacion á sostener las criaturas; si la flor despide aroma es porque guarda el aliento del ángel en su seno; si cruza la estrella por la soledad del espacio despidiendo suaves resplandores, la guia un ángel; si el ave gorgoea en la enramada sobre su nido, un ángel ha puesto el cántico en su arpada garganta; si el árbol susurra, es porque la túnica de invisible ángel ha rozado sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, los ángeles llevan el compás y la armonía de este movimiento y trazan las parábolas que han de formar en lo infinito para que no choquen ni se desconcierten; porque los ángeles son como el aroma de la vida celeste que llena los espacios, como irradiaciones del pensamiento del eterno; espíritus puros que vagan en las ondulaciones del aire, que tiñen de azul los cielos, que brillan en los cambiantes del iris, en los reflejos de la luz, pues sin ello la creacion seria como inmenso desierto entrecortado por esos oasis que se llaman astros, nada habria en el espacio que separara un mundo de otro mundo; que esos coros invisibles de ángeles que surcan á manera de la vía láctea en la soledad de lo infinito, son rayos de la luz del espíritu divino que llena y vivifica el universo. (Aplausos.) Pero, señores, me habia dejado llevar de mi imaginacion, y sin embargo no dudo que en esa fantástica descripcion de los ángeles tomada de las

ideas fundamentales de Orígenes, encontrareis los gérmenes de su panteísmo. Pero expongamos con método las ideas de Orígenes, cuyos errores nos convencerán de que el Cristianismo, después de dos siglos, no era aún bien comprendido por los primeros genios de la Iglesia. Su elocuente invectiva contra Celso defiende el Cristianismo de los ataques de los filósofos, así como el Apologético de Tertuliano lo defendía de los magistrados y juriconsultos. Celso es el viejo espíritu aristocrático de la antigua sociedad, que se desdeña de pertenecer á una religion de pobres y de esclavos, imposibilitado de creer que haya hecho el mundo el que se vió rechazado del mundo, y haya condensado las aguas el que tuvo sed, y haya sido autor de la vida el que padeció muerte, y haya deramado la luz el que perdió la luz de sus ojos; ni que deben ceder sus tronos Júpiter y Apolo, resplandecientes de hermosura, bendecidos y adorados de los pueblos más grandes que cuenta el mundo, al oscuro criminal, que ni siquiera colmó las esperanzas de los judíos, que vivió en la miseria y murió en la cruz, que fué objeto de escarnio para los mismos que le oyeron; seguido solo de gente valadí, grosera, escoria de toda la sociedad; pobres fanáticos que para llamar sobre sí la atención del mundo, predicaban una doctrina delirante, impracticable, ilusoria, contraria á la naturaleza humana; palabras tremendas, pero las mis-

mas, señores, con que todos los tiranos se defienden siempre de todos los progresos en la sucesion de los siglos. (Vivos aplausos.) Estas palabras estuvieron por espacio de un siglo sin respuesta. Orígenes las contestó demostrando que la oscuridad del fundador del Cristianismo es la gran prueba de su grandeza cuando su nombre oscuro sueña en el Capitolio; que la ignorancia de sus defensores ha vencido la sabiduría de los antiguos filósofos; que la humildad de los esclavos ha hecho temblar á los soberbios dioses; que aquellas doctrinas contrarias á la naturaleza humana han logrado de tal modo transformarla, que los desiertos se pueblan de ascetas y los circos de mártires, ansiosos todos de morir en la naturaleza y seguros todos de resucitar en Cristo; transformacion maravillosísima que es el resplandor despedido por la luz del Cristianismo.

Pero, señores, Orígenes creó una secta especial que fué por muchos siglos objeto de controversias y disensiones, hasta que la condenó la Iglesia en tiempo de Justiniano. La idea y el sentimiento del progreso llenan la inteligencia y el corazon del filósofo cristiano. Veamos su doctrina. Dios, siendo perfecto, solo ha podido crear criaturas perfectas, siendo bueno solo ha podido producir seres esencialmente buenos; así es que todos fuimos creados en un dia, espíritus puros, perfectos, á cuyos ojos no era la materia un velo impe-

netrable, en cuya vida no se mezclaba la amarga levadura del mal, en cuya inteligencia no se alzaban las sombras de la duda; pero habia un límite que separaba la criatura del Creador, y ese límite era la propia libertad, y la libertad arrastró á muchas criaturas al mal; y cayeron tronchando sus alas, perdiendo su hermosura y la transparencia de su espíritu en el cieno de la materia; pero esta caída no era irremediable, no era eterna, puesto que el mal absoluto y sin fin no existe; y el hombre conservaba en su razon un rayo de la luz divina, en su conciencia un eco de la palabra divina, en todo su sér un ósculo del amor divino; y como conjunto de todas estas señales divinas, la esperanza, que no podia ménos de ser colmada, si se atiende á la misericordia de Dios; y lo fué, y vino el Verbo, y llenó de luz el camino por donde las almas debian volver á su primitivo origen, curadas con la sangre de aquella redencion que era universal, que llegaba á todos los seres, que no exceptuaba ni el insecto ni el átomo de polvo perdido en los últimos límites de la materia, que rompía las puertas del infierno, que secaba los rios de sangre, los mares de hielo, que interrumpia tantos tormentos, tantos dolores, sacaba á Satanás de su antro, le limpiaba las lágrimas caidas sobre su rostro por el odio afeado, y le devolvía sus alas que se alzaban por sí al cielo como las alas de la alondra en la efusion de su cántico matutino, si-

guiéndole todos los seres condenados antes á perder la esperanza; y cielos y tierra y estrellas, y planetas, y genios de los abismos, despues de haber sido secado por las raíces del árbol de la cruz el origen del mal, volvian en raudo vuelo al Eterno, saludados por los ángeles no caidos, que entonaban el hosanna infinito, y hacian resonar la eternidad con los religiosos acentos del inmenso órgano, con la incomparable sinfonía de todas las cosas creadas, y celebraban así la destruccion del mal y el abrazo eterno del universo con su Dios. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Señores, si en esto hay por un exceso de amor á la humanidad, errores ¡ay! errores son de un siglo que ardia en fé, de unos hombres que vivian consagrados á la humanidad. Grandes por sus ideas, aun aparecen á nuestros ojos más grandes por sus obras. Contemplad un momento más conmigo á Orígenes. Engendrado en la persecucion, parido bajo el dominio del terror, criado en las desgracias de las Catacumbas, amamantado su espíritu con las lágrimas de su madre y con la sangre de los mártires, crecido al estridor de los tormentos y entre los puñales de los verdugos, ha visto á su padre arrancado del hogar, conducido á los calabozos, quemado en su presencia, y en vez de llorar para que no desfalleciera le ha alentado á la muerte; ha visto á su madre y á sus hermanillos, errantes por las orillas del Nilo, y no ha podido

ofrecerles un pedazo de pan; ha visto á sus maestros perseguidos de cátedra en cátedra y arrastrados por las ensangrentadas arenas del Circo; ha visto las santas mujeres que le acompañaban en sus oraciones arrojadas sin respeto á su hermosura en las llamas; ha ido él mismo de Alejandría á Cesarea, de Cesarea á Jerusalem, de Jerusalem á Bhitimia, siempre con el anhelo en el pecho y el sudor del viaje en la frente; hasta que los verdugos de Caracalla lo han preso, lo han arrastrado al tormento, han descoyuntado sus huesos; y aquel hombre, cuyo corazón es tan valiente, cuya inteligencia es tan luminosa, cuyos errores, como ha dicho San Jerónimo, nacen de su inmenso amor al bien y de su deseo de ver á Dios; aquel hombre, ilustre desde la edad de diez años, para que todo sea en él extraordinario, muere la muerte de los mártires en holocausto, como todos los hombres que se han adelantado á su tiempo, en holocausto á la salvacion de la humanidad. (Estrepitosos aplausos.)

Mas los dos padres verdaderamente ortodoxos en este siglo tercero, son los dos que representan todo el movimiento de las ideas, y que reproducen las dos grandes fases de la vida; son en verdad San Clemente y San Cipriano. San Clemente es de Oriente, y San Cipriano de Occidente; San Clemente es la idea, San Cipriano la práctica; San Clemente es un filósofo, San Cipriano un héroe;

San Clemente en el tiempo que fué pagano pasó su vida en las escuelas, San Cipriano en las orgías; San Clemente buscaba la ciencia en aquella Alejandría entregado al duro trabajo del pensamiento, San Cipriano todos los placeres en aquella Cartago reedificada, que convidaba con sus riquezas y con sus fiestas á todos los epicúreos del mundo; San Clemente se convirtió á la verdad porque la palabra elocuentísima de un cristiano le tocó en el corazon, y San Cipriano se convirtió á la verdad por el ejemplo todavía más elocuente de un mártir; San Clemente no dejó de ser filósofo y razonó las creencias, San Cipriano tocó las delicias de los sentidos por las delicias de la oracion y del combate; San Clemente habló de Dios, de la fé, de la armonía entre la razon y la fé, de la revelacion perfecta de Dios por el Verbo y de la universalidad de la redencion, San Cipriano corrigió las costumbres, adoctrinó á los mártires, organizó la Iglesia, estableció la disciplina, movió el corazon de las madres á educar en el Cristianismo á sus hijos, condenó los espectáculos sangrientos; San Clemente es el pensamiento, San Cipriano la accion; y así cuando llegan los tiempos calamitosísimos de las persecuciones, mientras San Clemente corre al desierto para meditar en Dios, San Cipriano corre al combate; y el padre griego muere entre los cenobitas devorado por el fuego de su pensamiento, y el padre de Occidente entre

los mártires, sellando con su sangre la santidad de su doctrina. (Aplausos.)

Estamos pues, señores, en el gran período de lo que podíamos con fundamento llamar filosofía cristiana. La idea de Dios como padre del mundo, la comunicacion de la humanidad con Dios, la libertad, la perennidad de la vida son los principios fundamentales de esta gran doctrina, en la cual concluyen todos los antagonismos y contradicciones de la filosofía griega. Pero la idea cristiana en su vida histórica, en su difusion por el mundo, no podia libertarse de luchar con grandes y tremendas contradicciones, que intentaban á cada instante cerrarle el paso, detenerla en su camino á la victoria. Señores, no conozco un poema tan grande y tan maravilloso como el que forma la historia de las ideas; porque su númen es Dios, su héroe el espíritu humano, su asunto esta lucha tremenda de la razon más tempestuosa que el huracan, esta vida infinita de la inteligencia más fecunda en varios séres que todo el universo. Muchas veces, cuando en la callada y serena noche los ojos se pierden estáticos en la inmensidad del espacio contemplando los resplandores de tantos luminosos astros, nuestra admiracion indudablemente menguaria si recordásemos que el débil humano cuerpo con ser tan diminuto y breve, encierra espacio más dilatado que el cielo, mundos más brillantes y numerosos que las estre-

llas, porque el espíritu es como un abismo que solo se puede llenar con lo infinito. Y, señores, no se encarecerá nunca bastante cuán tremendas son estas luchas de las ideas que Dios ha impuesto al hombre, para que ame la verdad y la guarde como se aman y se guarda siempre los frutos del trabajo. Angustias, dolores, dudas, desesperacion infinita, vienen á ser el fatal tributo que paga la inteligencia á la verdad. Para alcanzarla necesitamos verter sobre la tierra esas lágrimas ardientes, hijas del dolor, esas lágrimas que son como la sangre de las heridas del alma. (Aplausos.) Y los defensores del Cristianismo no podian eximirse de esta ley, y así en todos los instantes de la historia se levantaba á combatirlos el error, que viene á demostrar de nuevo que toda la historia humana está fundada sobre el principio de contradiccion, porque la historia es el reflejo de la vida, y la vida es una lucha sin término.

Aun no habia dado sus primeros pasos el Cristianismo cuando ya se levantaban los ebionitas á negarle toda autoridad divina. Eran estos los dispersos de las primeras escuelas de cristianos judaizantes, que veian en Cristo un profeta, en San Pablo un apóstata, en la ley de Moisés la última revelacion, en el pueblo judío el eterno sacerdote predilecto de Dios, en las esperanzas evangélicas el dominio de un dia, un reino amasado con el barro de la tierra. Estas grandes con-

tradiciones, tan opuestas á la idea fundamental del Cristianismo, servian para que la Iglesia mostrase en Cristo el Verbo, la eterna palabra que fecundó la nada, y que cayendo sobre el espíritu del antiguo mundo corroido por el vicio, lo creaba de nuevo, y le prometia una vida perenne, infinita, una vida que rebosaba en los límites de esta estrecha tierra, y que se levantaba á la eternidad como la palabra divina que la habia bendecido y santificado. Aun no era olvidado este conjuro del pueblo judío vencido al Cristianismo vencedor, cuando súbito oye el conjuro del Oriente que se llama gnosticismo. Esta escuela llena del espíritu asiático, atormentada por el problema del origen del mal, ora levanta á Satanás en su trono de llamas á la altura de Dios; ora niega que el puro espíritu de Cristo pudiese descender hasta la miserable condicion humana incapaz de contenerlo; ora maldice la materia no viendo en ella más que la degeneracion de Dios, el límite último de la vida, el pálido resplandor del sér, como el reflejo lejano de la luz que penetra en una caverna. Contra tal escuela, que llena todo el siglo segundo, el Cristianismo establece la humanidad de Cristo, la libertad del hombre, la materia como obra tambien de Dios. Vienen á su vez en pos de los gnósticos los montanistas, que arrobados en éxtasis celeste, disgustados de la vida presente, ansiosos de la perfeccion absoluta, perdidos en un

misticismo de suyo soñador, no pueden creer que el Evangelio sea la última palabra de Dios, y esperan que así como el Hijo confirmó la revelación del Padre, el Espíritu Santo confirme la revelación del Hijo, y extienda sus alas de luz sobre esta tierra, pobre nido del espíritu humano, siempre necesitado para vivir del calor continuo y santificante de las revelaciones religiosas. Contra estos iluminados el Cristianismo sostiene que su revelación es definitiva y absoluta. Vienen después los novacianos que no asienten á la rehabilitación del criminal, ni al perdón de los pecados mortales. Contra ellos sostiene la Iglesia la misericordia divina. Al lado de estas dos sectas se levantaba el maniqueísmo, otra reacción hacia el Oriente, y sobre todo hacia el dualismo persa. Dios y Satanás son dos seres igualmente poderosos, diferenciándose solo en que Dios tiene bajo su mano los ángeles de la luz y Satanás los ángeles de las tinieblas; porque Dios es el bien y Satanás el mal; y el bien y el mal lucharon antes que fuera el mundo sobre los abismos de la nada; y lucharon cuando la vida primera tegia las formas de todas las cosas extendiéndolas en la inmensidad de la creación, y lucharon cuando nació el hombre primero en la cuna del Paraíso asistido de cinco elementos puros, y lucharon en la cima del Calvario cuando Cristo entregó su espíritu; y esta lucha en que el mal ha vencido al bien, como lo

prueban Adán perdido, Cristo muerto, lucha gigantesca, solo acabará cuando la revelación eterna envíe el Espíritu Santo, el último salvador, que con su espada de fuego dispersará los genios del mal como el rayo del sol dispersa las aves nocturnas, y recogiendo los coros de los ángeles buenos se elevará á Dios, que sin ninguna sombra, sin ninguna mancha extenderá su luz incomunicable por lo infinito, y con su fuego abrasará y evaporará la materia, principio del mal. Contra esta teoría la Iglesia proclamaba la unidad de Dios y su omnipotencia. Y después de estos problemas que la Iglesia resolvía siempre, se levantaban los problemas referentes á la relación del Hijo con el Padre, problema que se planteó por medio de la más terrible y de la más poderosa de todas las herejías, que será objeto de nuestras futuras lecciones. De esta suerte, pugnando siempre y siempre venciendo, el Cristianismo se extenderá por la tierra y abrazará todo el espíritu.

Señores, cada una de las iglesias que componían la universalidad del Cristianismo, daba defensores particulares, que con sus diversos caracteres é inclinaciones aumentaban la rica variedad de la idea total cristiana. De Jerusalem salían aquellos sacerdotes que conservaban las tradiciones religiosas antiguas y enlazaban la idea cristiana con la vida presente; de Siria los gnósticos, sus grandes enemigos incansables en el

combate; de Alejandría los filósofos que acrisolaban la ciencia griega y la unían á la idea cristiana; de Grecia los oradores que destilaban de sus labios la miel de la nueva elocuencia; de Egipto los ascetas que refugiados en los desiertos, despertaban el puro y sublime espiritualismo, único remedio á la grosera sensualidad pagana; del Africa occidental los guerreros incansables, ardientes, que armados de sus poderosos argumentos como de otras tantas flechas, tomaban por asalto la Roma pagana, la maldita Babilonia apocalíptica; de Roma los grandes repúblicos, los políticos organizadores, los jurisconsultos, los que eran llamados á fundar el gobierno del mundo; y todos estos diversos misioneros, de tan opuesto origen, de tan distintas inclinaciones, de carácter tan vario, se confundían por sus ideas en una creencia, por sus sentimientos en un mismo amor, y por sus esperanzas en el cielo.

En verdad, las instituciones que contribuían á este gran resultado moral, eran las escuelas. La de Alejandría especialmente estaba destinada á unir la antigua ciencia con la nueva idea, era la escuela filosófica del Cristianismo; la de Cesarea estaba destinada al comento y á la interpretación, era la escuela histórica; y á estas se unían la de Cartago, la de Roma, la de Antioquía, que daban legiones de defensores á la fé. Y ¡cuánto, señores, cuánto habia adelantado la explicacion

del dogma! San Clemente, que es el gran fundador de la escuela cristiana alejandrina, no quería desunir aquella revelación natural de la verdad por la ciencia, y aquella otra revelación de la verdad por la fé; y perdiéndose en el seno de la antigua civilización, donde vagaban las almas de los grandes filósofos, removía las apagadas cenizas de un mundo destrozado, para encontrar algún calor de verdad y demostrar así la eterna eficacia del Verbo en el espíritu y la naturaleza. Y encontró aquel calor de verdad que buscaba, y demostró que en toda la historia, en toda la vida, el espíritu humano, si crecía, crecía para recoger en su seno el Cristianismo, como el árbol rompe la tierra que lo encubre y se levanta buscando la luz que baja de los cielos. El Cristianismo, pues, no era la idea solitaria y aislada que los judeo-cristianos querían separar del mundo y guardar en un solo templo; era la aspiración de toda la historia, era el centro de gravedad de todas las inteligencias. Como decía el más grande entre todos los padres alejandrinos, recoger las ideas de la filosofía griega era tanto como tomar el oro de los templos egipcios para fabricar los vasos del nuevo templo. En verdad precisaba no hacer de aquel oro la sustancia del Cristianismo, sino la forma. Lo contrario era tanto convertir en filosofía la religión. Este fué, señores, el gran escollo de Orígenes, sí, éste y la interpretación ale-

górica que le llevó á olvidar el carácter práctico y el sentido moral del Cristianismo. No es posible desconocerlo. Sí, podrán echársele en cara estas tendencias erróneas, pero cuando se considera que desde niño, como Jesús, comenzó Orígenes á discutir con los primeros maestros de la ciencia; que educado entre persecuciones vió morir á sus padres en el martirio y la miseria; que su vida fué una tribulacion continua, un sacrificio nunca interrumpido; que su grande alma, inquieta y tempestuosa, le llevaba al templo entre los sacerdotes, á la escuela entre los filósofos, al desierto entre los anacoretas, al Circo entre los mártires; que sufrió las asechanzas de sus enemigos y las injusticias de sus amigos, la guerra en el propio hogar y la guerra en la calle, en el campo, en la plaza; que, Job de su idea, pasó todas las miserias y apuró la hiel de todos los dolores humanos juntos; que la sed infinita de lo ideal siempre le aquejó, y el anhelo de la inteligencia le llevó á empaparse en la idea divina como la esponja en el mar, y su caridad á querer limpiar de toda mancha la tierra, y á desear que no hubiera un dolor irredimible, ni una eterna lágrima en el fondo de la vida, y su esperanza á confiar que los cielos se abrieran de nuevo para enviar otro soplo creador de la eterna revelacion al abatido espíritu; cuando se le vé padecer, morir para toda humana dicha, andar por el mundo agobiado por

el peso de su pensamiento, penetrar en la conciencia humana con la espada de su idea y hierirla y hacer brotar en ella la eterna aspiración á lo divino, y caer fatigado del trabajo en el martirio; se olvidan sus errores, las sombras que lo manchan, y sólo se vé su luz que brillará eternamente en esos altos espacios que podemos llamar los cielos del espíritu, los cielos de la historia. (Estrepitosos y repetidos aplausos.) ¿Y no podía decirse que el error se respiraba en las ideas del siglo tercero, incapaz aún de definir claramente en la conciencia humana el Cristianismo? Tertuliano, el orador fogoso, el soldado incansable, siempre en la lucha, como si gustara de respirar el aire de los combates; aquel tribuno consagrado á perseguir, á acorralar con las armas de su dialéctica á los enemigos del Cristianismo; el que alentaba á los encarcelados pintándoles los horrores y las desgracias esparcidas por el mundo como un consuelo en los hierros; el que fortificaba á los mártires con las esperanzas infinitas en otra vida y amenazaba á los perseguidores con el fuego eterno; el que despreciaba toda cultura pagana por creerla corrupción inevitable del espíritu; aquel hombre que usó en favor del Cristianismo su dialéctica acerada, su elocuencia tempestuosa, su ironía, su sarcasmo, sus antítesis brillantes, sus pasiones violentas como el huracán, todo el fuego de su tierra natural, todo el inmenso hervidero de odios

de su raza, fué á dar tambien, de grado ó fuerza, en la heregía montanista, en una especie de esperanza que viciaba la eficacia de las ideas cristianas y destrozaba su pura moral, lanzando el alma en exagerado idealismo, contrario á la realidad de la vida y á la virtud moral del Cristianismo.

Pero el Cristianismo no se mantenía solamente en la esfera de la especulacion religiosa, de la alta metafísica; siendo como era además de una ciencia toda vida, bajaba tambien á la organizacion de la sociedad que fundara. En esto se diferenciaba radicalmente de la filosofía pagana, que daba fórmulas científicas sin curarse de organizar la sociedad con estas fórmulas, como si fuesen vanas ó estériles. El Cristianismo tenía, aparte de su virtud religiosa, virtudes sociales, que eran causa de su rápida propagacion por el mundo. Su fé, su ciencia, no se ocultaron á los ojos del vulgo, no, fueron patrimonio de todos los hombres. No fué su idea un principio metafísico, impalpable, ethéreo, fué un principio moral, un principio social, tan por extremo fecundo que abrazaba desde el pensamiento infinito de Dios hasta nuestra vida práctica de todos los dias. Por eso estaba destinado á organizar una sociedad, la Iglesia, pero tan fuerte y poderosamente que venciera al Imperio romano, y pasara entre los bárbaros que parecian destinados á destrozarse la tierra bajo sus plantas, y flotara, como el arca de

Noé, en el diluvio de lágrimas y sangre que traían sobre el mundo las tempestades de la Edad media. La organización de la Iglesia debía ser, como hemos dicho antes, la obra de Occidente, y en Occidente del virtuoso sacerdote que hemos nombrado, de San Cipriano. Puede decirse que este elocuente jóven, convertido de las voluptuosidades de la orgía al santo amor del espíritu, llevaba en sí el genio de la organización y de la disciplina. Comprendiendo que la riqueza de la vida religiosa necesitaba diversidad de profesiones y ministerios, reguló gerárquicamente la Iglesia, para que pudiese arrostrar la lucha con el mundo. Era el pueblo cristiano en este plan del ardiente orador como un ejército apercebido siempre á la pelea. La relacion principal de la Iglesia con el mundo estribaba en la ardiente caridad de la Iglesia. Con su espíritu organizador San Cipriano quiso dar forma á esta caridad, á fin de que no se perdiera como un torrente que sale de madre. Las desgracias de los pobres y sus necesidades se hallaban previstas en este reglamento, que venia á dar leyes á la más alta y eficaz de las virtudes de la Iglesia. Todo lo ordenaba de esta misma maravillosa suerte, todo. Un dia afeaba en los confesores su exceso de celo en no querer admitir en la Iglesia á los que habian caído en el pecado, como si la Iglesia no fuese el reflejo de Dios, y Dios no fuese todo misericordioso. Otro dia se levantaba al

frente del Papa y se oponia á que borrarse la ley de variedad en la vida de la Iglesia. Pero al mismo tiempo puede decirse que Cipriano es el gran fundador del gobierno de la Iglesia católica, cuya autoridad defiende en su libro inmortal *De la Unidad de la Iglesia*. Así, señores, cuando la Iglesia se levanta sobre las ruinas de la Roma pagana, cuando obliga á Alarico á custodiar sus santas ceremonias, cuando hace retroceder á Atila, cuando fuerza al bárbaro Sicambro á que doble la rodilla y al godo á que reconozca su autoridad, cuando unge la frente de Carlo-Magno, cuando llega á aquel poder de Gregorio VII, de Inocencio III, poder que no ha tenido rival en el mundo, que no ha tenido semejante en la historia; en todas estas grandes ocasiones de su vida la Iglesia debe ver levantarse la sombra augusta de este varon fuerte, cuya alta inteligencia le diera los primeros gérmenes de su fuerza, los primeros fundamentos de su poderío. Y este hombre tiene tanto poder, tanta virtud, porque ama sobre todo en el mundo el sacrificio, porque excita y mueve á un siglo entero al martirio; y las lágrimas y la sangre son siempre fecundas. Por fin, despues de haber luchado como bueno, cayó herido por la persecucion. No quiso obedecer al César que le mandaba adorar los ídolos y murió en la arena del Circo. De esta suerte, aquellos hombres valerosísimos, al mismo tiempo que difundian una idea, que orga-

nizaban una Iglesia, salvaban con el ejemplo de su vida y de su muerte los eternos derechos de la conciencia humana, los eternos principios de la libertad de nuestro espíritu. (Aplausos.)

Señores, esta gran época fundaba la ancha base de la historia moderna, fundaba la idea de Dios. La humanidad había tomado por Dios la naturaleza, es decir, la humanidad libre había tomado por Dios el fatalismo orgánico. En otro período histórico la humanidad se había adorado á sí misma; Dios no era más que la inmensa sombra proyectada por el hombre en lo infinito. Si un pueblo recibió la idea de Dios, ese pueblo no supo unir esa idea con otra no ménos fecunda, con la idea de la unidad del linaje humano. El Dios de los hebreos no tuvo más que un templo, un ara y un pueblo. Y la idea de Dios, que el Cristianismo extendía por el mundo, estaba destinada á transformar el espíritu y á dar un nuevo principio á la civilización universal, pero un principio imperecedero, que debía ser como su espíritu y su vida. Señores: grande época es verdaderamente esta en que la idea de Dios se levanta como el nuevo sol del mundo moral en los espacios infinitos de la conciencia humana. Esta idea de Dios, padre del hombre, presente siempre en el mundo y en el alma con la eficacia de su poder, daba unidad á la historia, unidad á la vida, y abría horizontes infinitos al progreso del espíritu.

Desde el momento en que el hombre sentia como una obligacion de su vida el acercarse en todas direcciones á Dios, verdad, bondad y bien, el hombre aspiraba á la plenitud de la vida. Todo su trabajo debia consistir en ahogar las contradicciones de su sér, y aproximarse en virtud de sus ideas y de sus obras á Dios, para iluminarse y enrojecerse en su vida y bañarse sin romper el límite que separa á la criatura del Creador en el piélago infinito de la eterna esencia. La idea de Dios lo anima todo: la ciencia dándole unidad; el arte abriéndole lo infinito como la única morada donde puede habitar su inspiracion; la moral fundándola en leyes eternas é imperecederas y en la idea de la justicia absoluta; la vida prometiéndole una exaltacion y transfiguracion sobrehumana más allá del sepulcro; las fuerzas todas de nuestro sér asegurándole que no se perderán nunca cuando se encaminen al bien, porque las auxiliará la accion divina que se ejerce sobre el mundo y sobre la historia; y así en esta edad, que trae tan santa y tan nueva idea, en la cual se ilumina la creacion, se vivifica el espíritu, se agrandán todas las esperanzas humanas, esta edad debe ser saludada como se saluda un templo que abandonamos con religioso silencio, saliendo de ella recogidos, austeros, con la esperanza en el corazon, con la oracion en los labios, bendiciendo á Dios que llena con su luz toda la vida.—He dicho.

LOS PERSEGUIDORES Y LOS PERSEGUIDOS.

LECCION SESTA.

SEÑORES :

Después de haber en dos noches consecutivas tendido nuestra vista por las altas regiones de la metafísica y de la religión, tócanos en esta noche descender y entrar de nuevo en las espesas sombras de la realidad, y contemplar el espectáculo de un mundo que se arruina. ¡Cuánta luz en la esfera de las ideas, y cuántas tinieblas en la esfera de los hechos! ¡Qué grandes y misteriosas armonías reinan en la alta metafísica cristiana, y qué desconcierto reina en el Imperio! ¡Qué pura y suavemente respirábamos allí, lejos del mundo, contemplando la luz increada, sintiendo difundir por nuestras venas el aliento de una esperanza infinita que renovaba nuestra sangre; y cuán difícilmente respiraremos en esta sé-

rie de iniquidades y de crímenes, viendo como se descomponen el cadáver de una civilización que fuera un día asombro de la tierra! Pero así como la semilla se pudre en la tierra para dar la planta, se descomponen, se desorganizan unas civilizaciones para abrir paso á otras civilizaciones, y de esta suerte se cumple la ley misteriosa del progreso. Los privilegiados del antiguo mundo, los Césares, los patricios, los soldados, todas aquellas gentes que vivían ociosas en el trono de la tierra, regalándose con los frutos del trabajo del infeliz esclavo, y con los grandes y gravísimos tributos de los pueblos, reducidos á universal servidumbre, creían, como creen los privilegiados de todos los tiempos y naciones, que al irse sus dioses, al romperse sus leyes, al morir sus instituciones, se perdía la humanidad, cuando realmente rasgaba el cendal de una forma ya gastada, para transfigurarse, y alcanzar mayor libertad, y seguir en su camino á lo infinito, y realizar ese ideal de justicia cuya existencia nadie puede borrar, y cuyo triunfo definitivo nadie puede impedir, porque es la ley misteriosa de nuestra naturaleza. (Aplausos.) Señores: sólo renovándose pueden aspirar á perenne vida las sociedades. El Asia inmóvil, es un desierto que ha devorado las ruinas de las antiguas ciudades, cuyas huellas no se conocen ya en la tierra, fecundada por su trabajo y ennoblecida por sus gigantes monumentos;

los pueblos mahometanos, dueños un día del mundo que temblaba azorado bajo sus conquistadoras cimitarras, yacen hoy inmóviles, podridos hasta los huesos, con los ojos puestos en un libro que ha trazado infranqueable límite á su vida, límite contra el cual esa vida se estrella; las naciones más caballerescas de Europa, las más aristocráticas, las que nos defendieron como Polonia y Hungría, las que levantaron y ennoblecieron el comercio y el trabajo como Venecia, han muerto, no son naciones, porque no acertaron á renovar con sávia democrática sus viejas aristocracias; y España, el Job de los pueblos, España, que estuvo á punto de pudrirse en el estercolero del absolutismo (Aplausos), ha podido incorporarse y andar, porque en vez de permanecer en el polvo adorando las viejas instituciones que la habían perdido, sacudió sus cadenas, trazó el código inmortal de sus libertades, volvió el rostro á su siglo para recibir en su faz el soplo regenerador de las grandes ideas, y sin temer las tempestades que se desencadenaron sobre su frente, se lanzó á lo por venir con el mismo arrojo con que se lanzara en otro tiempo al ignorado Atlántico en pos de un nuevo mundo, y de este gran arrojo nació nuestra salvacion; que los pueblos que no se renuevan, se condenan irremisiblemente á la esclavitud y por la esclavitud á la muerte. (Prolongados aplausos.)

La humanidad es como el hombre; naturaleza y espíritu, pensamiento y acción. Cuando su pensamiento se renueva, también se renueva su vida. La humanidad es libre y social. Sin libertad no es, pero sin sociedad no sería como es, tan rica y vária en sus ideas y en sus acciones. Tiene la humanidad sus leyes, unas necesarias, como son las leyes de la naturaleza, y otras que puede romper, como las leyes de la libertad. Pero en pos del quebrantamiento de toda ley viene siempre el mal. La sociedad antigua había dado de sí todas sus ideas, y por eso moría. La nueva sociedad traía nuevas ideas, y por eso el polvo de las Catacumbas se levantaba á la victoria. Roma había formado en el horno de sus guerras el cuerpo de la humanidad y la nueva idea traía su alma; Roma había producido las últimas armonías del arte clásico, la identidad de la idea y de la forma, y la nueva sociedad traía el arte de los infinitos dolores y de las infinitas esperanzas; Roma había, con sus manos gigantescas, construido el arco bajo el cual pasaban vencedoras sus legiones, y la nueva idea iba á construir la bóveda retratando al cielo; Roma distinguía el derecho quiritarario y el derecho natural, y la nueva sociedad iba á escribir el derecho humano; Roma no había aún apartado al hombre del Estado, y el Cristianismo creaba el individuo inmortal y espiritual; Roma arrojaba todos los dioses en el Panteon, y la nueva idea se

elevaba á la unidad de Dios; Roma creia aún en la desigualdad, en el privilegio, y la nueva idea proclamaba la igualdad natural de todos los hombres; y así, mientras Roma, á pesar de tener para su defensa los Césares que todo lo podian, los guerreros que todo lo avasallaban, se moria; la nueva sociedad, á pesar de no tener para su defensa más que la palabra de sus apóstoles y la sangre de sus mártires, subia al Capitolio vencedora, porque siempre, en todas las grandes crisis de la historia, el genio de la luz y de la libertad vence al genio de las tinieblas y del mal en esta continua batalla de la vida que Dios preside, dando en último resultado la corona del triunfo al principio del progreso, que merece siempre la victoria. (Estrepitosos aplausos.)

Señores, desde el punto en que nace el Cristianismo, nace en oposicion á la sociedad romana. El libro primero que la nueva idea dicta es el libro de los castigos de Roma, es el Apocalipsis. Desde el instante primero de su vida, aquella sociedad cristiana que parecia tan débil, que se ocultaba en las Catacumbas como se ocultaba un remordimiento en la conciencia, y que se veia abofeteada y herida de todos, presiente su victoria en sus humillaciones, y escribe apocalípticamente la gran profecía contra la nueva Babilonia; profecía que dice que despues de rotos los siete sellos del libro de la vida, despues de apagadas

las siete discordantes voces de las trompetas ex-
tridentes y agudas; cuando ya Satanás ha sido
roto y arrojado á los infinitos abismos donde hier-
ve la hiel de todos los males; antes de que la nue-
va tierra brote como una flor que rompe su capu-
llo, y se extiendan los nuevos cielos, y se borren
las huellas de la guerra que ha pasado hambrien-
ta de matanza en un caballo cuyas crines desti-
laban sangre y cuyas herraduras trituraban ge-
neraciones y mundos, antes de que todo esto se
cumpla, un ángel mensajero de la cólera celeste,
que descenderá entre las ráfagas de inmensa tem-
pestad, se dirigirá á la Babilonia impura, á la
gran prostituta vestida de escarlata, tinta con la
sangre de cien pueblos, coronada de oro arranca-
do á los tesoros de cien reyes; que embriaga á los
pueblos con el vino de sus concupiscencias, y se
embriaga á sí misma con la sangre de los márti-
res; y desarraigándola de la tierra como el hurac-
can desarraiga la fuerte encina, la arrojará á san-
grienta mar unida con el mónstruo de siete cabe-
zas, cuyas siete lenguas profieren siete maldicio-
nes contra Dios; y habrá muerto el gran escán-
dalo del paganismo, y cesarán los rumores de los
festines, los ecos de las cítaras y de las flautas, los
cánticos voluptuosos que de sus labios, empapados
en el beso sensual de los placeres, exhalan los poe-
tas coronados de flores, y sólo se oirá dilatarse, con
inmensa resonancia por las alturas, el hosanna

inmortal que á Dios entonan los ángeles por este grande acto de su inflexible justicia. (Aplausos.)

Y en efecto, como Nínive, como Babilonia, perecia Roma. Veamos sus elementos de perdicion, veamos los esfuerzos hechos para salvarla. Era imposible que aquel inmenso Imperio donde no aparecia la ley de la variedad, donde no podian brillar las dos ideas de la individualidad y de la nacionalidad, subsistiese por mucho tiempo. A haber subsistido, Europa seria hoy como Asia. Dos elementos lucharon en la Roma republicana, los patricios y los plebeyos. En las relaciones de Roma con el mundo lucharon los pueblos con el fin de alcanzar el derecho de ciudadanía. Pues bien, ahora, en esta larga decadencia del Imperio romano, encontramos luchando anormalmente la idea religiosa pagana con la idea civil de los jurisconsultos, con la fuerza de los militares; la fuerza de los militares con la reaccion de aquellos pocos Césares que sueñan con volver al ideal estóico de los Antoninos, como los Antoninos habian soñado con volver al ideal republicano de la aristocracia. Y lo primero que nos maravilla y nos sorprende en esta lucha es, que así como en los tiempos de la República los pueblos anhelan unirse á Roma, en este tiempo anhelan por separarse, como si conocieran que los grandes dias del quebrantamiento de las fuerzas colectivas y de la separacion de las naciones van á comenzar, esos

dias á cuyo conjunto llamamos Edad media. Todo lo que ha de venir se dibuja en esta grande palin-genesia social, todo, hasta las primeras líneas del castillo feudal, que brotará de la tierra armado allá por el siglo noveno. Pero mientras tanto, los elementos civiles, religiosos, militares y políticos, luchan terriblemente en aquel gran monton de lodo y sangre coagulada que llamamos el Imperio. Los soldados creen que solo sobre sus armas puede asentarse Roma, y tienen modelos de emperadores en Severo, que es la prudencia militar; en Maximino, que solo es la fuerza; en Niger y Caracalla, que son el desenfreno de la fuerza. Los religiosos, á su vez, los paganos, creen que Roma muere por su indiferencia religiosa, que Roma necesita, para resucitar votos, sacrificios, holocaustos, dogmas, procesiones, el filtro de todas las religiones, el acompañamiento de todos los dioses, ideas que llevan al trono del mundo á los dos emperadores gnósticos, Heliogábalo y Alejandro Severo. Los jurisconsultos sienten que el destino de Roma es la realizacion del derecho, y que sus triunfos son debidos, no á sus armas, sino á sus leyes, y pugnan por despertar el antiguo númen del derecho; y aunque tienen Césares que los auxilién, como Tácito y Probo, no llegan nunca á crear una forma política en consonancia con el derecho civil que escriben indeleblemente en la conciencia humana. Los emperadores senatoria-

les, los que despues de tantos siglos y de la impotencia de tantos esfuerzos aun creen posible despertar al Senado, reedificar la tribuna, volver á los tiempos de la República con Maccrino, Máximo, Balbino, Galieno. Por fin, el Imperio reúne todas sus fuerzas en Diocleciano, sale de todas estas vacilaciones que lo pierden, señala á cada institucion el lugar que ha de tener á sus plantas, atiza las hogueras contra los cristianos, los perturbadores de la conciencia humana; y cuando se cree más fuerte, cae de súbito herido por un rayo del cielo, y deja el trono á la idea cristiana que tanto combatiera.

Pero historiemos, señores, puesto que historiar es nuestra ocupación en esta noche. Caído Cómodo, asesinado Pertinax, vendido el Imperio en pública subasta por las guardias pretorianas al débil Dido Juliano, Severo, general nacido en Africa, de ambicion desmedida, de taimado carácter, de frias y premeditadas resoluciones, poco escrupuloso en jurar y ménos todavía en cumplir sus juramentos (Risas y aplausos), poseido de la idea de mandar á toda costa que le domina y desasosiega (Repetidos aplausos), fácil en cambiar de amigos y de propósitos segun conviene á su engrandecimiento (Risas), compró tambien el Imperio prometiendo á sus legiones grandes ganancias y lucros si le acompañan al trono; y como recordara que Augusto dijo en cierta ocasion, que

los ejércitos de Pannonia podían llegar en diez días á Roma, no se dá punto de reposo, come á caballo, duerme dos horas, y llevando para pedir el sumo Imperio sus armas, lo alcanza; sumo Imperio, donde fué gran general, vencedor de los pueblos del Norte, de los britanos, de los parthos, de mil fieras naciones, que parecían olfatear la muerte de aquella sociedad; pero no siendo el punto de la dificultad el vencer sino el gobernar, obligado tal vez por la fatalidad de su origen, desconociendo los resortes del gobierno como nacido para los campamentos, llena el Senado de amigos suyos, de viles siervos orientales, que solo abren los labios para adularle y aumentar los males de aquella sociedad; emplea serviles é infames complacencias con los soldados, á quienes dá doble ración de trigo, crecidísima paga; el derecho de llevar áureos anillos como los caballeros; libertad para tener vida disipada y licenciosa; y haciendo de ellos cortesanos más que soldados, y elevando á la primer dignidad del Imperio al prefecto del Pretorio, al generalísimo Plautiano, que por espacio de diez años fué el azote de Roma, creyó que el mundo romano era su patrimonio; puso el poder, no en la fuerza de la idea, sino en la idea de la fuerza, y precipitó, á pesar de sus prendas militares, la caída de Roma: que nada hay más débil para regir á los pueblos que la fuerza, ciega deidad que concluye por devorar á los mismos que

la adoran. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Este emperador no se descuidaba en el fácil arte de seducir y contentar al pueblo. Por eso dió los juegos seculares, célebres fiestas romanas que nos describen Zozimo, Suetonio, Herodiano, y que Horacio inmortalizó en sus versos. Los pregoneros anuncian la celebracion de juegos que ni han visto ni volverán á ver los nacidos; el pueblo se agolpa á las puertas de los templos de Júpiter y Apolo capitolinos para recibir antorchas y pez que consagrar y quemar en aras de los dioses inmortales; las profecías de los libros sibilinos andan de boca en boca; el teatro recuerda las acciones de los héroes; el Circo rebosa en gentes que van á azuzar á las fieras y aplaudir á los gladiadores; las naumáquias ofrecen batallas navales en que mueren muchos esclavos, enrojeciendo las aguas con su sangre; los circos olímpicos, á la usanza griega, hacen de Roma una Atenas; y á la parte septentrional del Campo de Marte, á las orillas del Tíber, no lejos del bosque de Lucina, cuyas hojas parecen repetir en su melancólico susurro los cantares de los poetas que les han consagrado recuerdos inmortales, frente á los monumentos que evocan las antiguas glorias, al anochecer, el emperador ofrece tres corderos en honor de las tres Gracias, y al tiempo que se consuma el sacrificio, millares de luminarias brillan de súbito en la rotonda del Panteon recamado con sus melan-

cólicos resplandores, columnas, bosques y estatuas, como si se hubiera despertado la aurora, y las liras de los coros prorrumpen alegremente en suaves sinfonías, y las vírgenes y los mancebos entonan cánticos á Diana y Apolo, y el emperador vá al gran átrio del Sol á saludar el cuadrante de las horas que ha señalado un siglo más en la vida de Roma; y todos los romanos, diseminados por los campos, elevan al cielo un plegaria en versos inmortales, pidiendo á los dioses que les miren propicios y hagan sempiterno el poder de la gran ciudad, y sempiterna por consiguiente la esclavitud de las naciones. (Vivos y prolongados aplausos.)

Pero no se salvará Roma. La llaga es demasiado profunda y demasiado cancerosa, y sólo podrá curarla el hierro de los bárbaros. Continuemos pisando este suelo lleno de sangre coagulada. La historia del mundo es en este tiempo la historia de un hombre. Maldigamos la tiranía que así envilece hasta lo más sagrado, hasta la memoria de la humanidad. Ese hombre, en cuya alma se ha refugiado toda la conciencia humana, elevado sobre los demás hombres, rompe las leyes de la naturaleza, y en fuerza de creerse un Dios, se convierte en miserable bestia. No hay en su corazón ninguno de los sentimientos más caros á la naturaleza humana. ¡Cuánto amamos los plebeyos á nuestras madres! Pues Neron mató á su ma-

dre. ¡Cómo nos sacrificamos por nuestros hermanos! Pues Neron mató á Germánico, Domiciano á Tito, y Caracalla, el mónstruo de que vamos á hablar, mató á su hermano Geta. No lo extrañemos, señores, Dios los hizo hombres, y la sociedad los hizo tiranos. Y la tiranía, que es el mal, pierde á los Césares buenos y recrudece en los Césares malos sus perversos instintos. Caracalla es el César de la soldadesca, es su ídolo. Como Julio Didiano, como Septimio Severo, ha comprado el Imperio por oro. El mundo es un tablero donde los Césares y los pretorianos juegan con cabezas humanas á los dados. Los que por miedo á la libertad del pueblo romano y á la solución del problema social provocáran la tiranía, ¡cómo pagaban su error! No tengamos miedo á la libertad, miedo al bien. Tales temores sólo son propios de generaciones enfermas del alma. Vale más morir por la justicia que vivir bien hallados con la servidumbre. (Aplausos.) Mirad, mirad el César de los soldados. No os lo presentaré como fué, porque la historia, como ha dicho un gran poeta, también tiene su pudor; pero os dejaré entrever algunos de los rasgos de su fisonomía. Fué engendrado, nacido y educado en los campamentos, entre pretorianos; y aunque de niño mostrara buenas prendas é inclinaciones saludables, perdió en el trono toda noción de justicia, todo sentimiento de derecho; y asesinó á su hermano en brazos de su

misma madre, y con su hermano asesinó á todos sus amigos y partidarios; y exterminó con rabia y premeditada venganza á toda la juventud de Alejandría, despues de haberla infamemente engañado; y trató paz y amistad con los parthos para llamarlos á su lado, y perderlos, y decirse su vencedor, y abrogarse una victoria que era deshonrosa traicion; y sacrificó gran parte del pueblo romano asesinándolo sin piedad, porque el pueblo romano se burlára un dia de su gladiador favorito; y manchó incestuoso! el lecho de su madre despues de haber salpicado la frente de aquella madre infelicísima con sangre de su hijo; y acabó la obra de la demolicion del Senado, curándose sólo de la voluntad y del voto de sus pretorianos, siempre dispuestos á seguirle porque les llenaba las manos de oro y el vientre de sabrosas viandas, y saciaba su lujuria entregándoles las más hermosas mujeres de todas las regiones que recorrian, y hartaba su ambicion abriendo ciudades y campos á su insaciable voracidad, y bebia su vino, y jugaba con sus dados, y entonaba sus súcios cantares, y se embriagaba de su embriaguez, y ardia en su concupiscencia, y menospreciaba la púrpura, fingiendo que la llevaba solamente para cubrir las violencias de los soldados; de suerte que el dueño del mundo, el custodio del derecho, era esclavo de sus legiones; crimen que no se comete nunca impunemente, puesto que Ca-

racalla, como todos estos déspotas, murió en las garras del mónstruo que acariciaba, se clavó en el vientre la espada con que habia herido y atormentado al mundo. (Aplausos.)

¡A cuántos crímenes obliga la tiranía! Este mónstruo cayó en el delirio de imitar á Alejandro y creerse tan grande y tan héroe como el inmortal macedon. Fué hipócrita hasta el punto de llorar á su mismo hermano por él inmolado. Fué cruel hasta el punto de amenazar á su madre con la muerte porque lloraba á su hijo. Fué taimado hasta el punto de enviar un veneno á Leto, y despues de haberse envenenado por su mandato, honrar su cadáver como si fuera despojo de un Dios, lo cual prueba que en aquella conciencia empedernida habia muerto hasta la voz de la justicia divina, hasta el remordimiento. Mató al jurisconsulto Papiniano, honra de su tiempo, y despues reconvino á su verdugo porque en vez de matarlo al filo de la espada, lo mató á hachazos. Roma fué en su tiempo como una orgía de sangre. La muerte abria sus negras alas sobre la Ciudad Eterna. En el baño, en el teatro, en los juegos, en el Circo, en todas partes, corria la sangre humeante. Caracalla se gozaba en esta carnicería y abria sus narices para respirar el hedor de la sangre, como el chacal entre la podredumbre de un campo de batalla sembrado de cadáveres. Se llamaba germánico, y decia que si venciera en Lucania llama-

ríase lucánico, apellido que á un mismo tiempo significaba gloton y patricida. ¡Oh! señores, el espectáculo de estos crímenes obliga á apartar con horror los ojos de la tiranía y á levantarlos al cielo siempre claro, siempre esplendente, de la justicia.

Así no es maravilla que despues de haber pasado bajo el mando de Macrino, el Imperio, cansado de los pretorianos se diera á un gnóstico, á un sacerdote, á un jóven oriental en cuya mente hervian todas las ideas del viejo paganismo, en una palabra, á Heliogábalo. El historiador Lampridio dice que de buen grado condenaria á perpétuo olvido la vida de este hombre y rasgaria las páginas que acaba de escribir con asco. Y sin la vida de este hombre no podríamos comprender la necesidad que habia del tránsito de un estado social á otro estado social; no podríamos comprender el sensualismo infinito de que adolecia la religion pagana en la hora de su muerte. Hijo de un adulterio; nacido en los serrallos de Oriente; amamantado á los pechos de voluptuosas mujeres; crecido á la sombra de aquellos templos de Siria donde la prostitucion era holocausto; acepto á los dioses; iniciado en las ideas confusas de un gnosticismo bárbaro y habituado á las prácticas de un culto sensual, que admitia la prostitucion, y la bestialidad, y la poligamia, y, más aún, la omnigamia; sacerdote de aquellas orgías donde el delirio de los sentidos

llegaba á sus últimos extremos; este adorador del sol eleva consigo al trono de Roma una suerte de misticismo sensual, de erotismo religioso como nunca lo viera el Imperio romano; y aclamado por dueño del mundo, sin más título que un confuso recuerdo guardado por su madre de haber tenido entre sus infinitos amantes á Caracalla, se dirige á la Ciudad Eterna desde Efeso en una procesion religiosa que dura cuatro meses; entra en los muros de Roma vestido de crugiente seda, con el manto de púrpura en los hombros y la tiara de oro en las sienes, teñido el rostro de bermellon, envuelto en espesa nube de incienso, abrazado á una gran piedra negra cónica, que es su dios, seguido de jóvenes sirias desnudas, que al son de los tambores y de las flautas danzan desordenadamente, despidiendo de sus gargantas alaridos feroces; y sube al Capitolio y alza un templo, y arranca el fuego de Vesta para consagrarlo á su culto, y desposa á su dios con Urania, mandando que el orbe entero celebre con locos placeres tales nupcias, y funda un colegio de sacerdotisas consagradas á Vénus, y lleva á los altares de su dios los dioses de todos los templos como esclavos, y se da á la mágia buscando oróscopos en el vientre de los niños inmolados por sus propias manos, y disipa las rentas del Imperio en cenas donde hay todo cuanto puede apetecer el esquisito gusto y la voraz glotonería, y arrastra á su lecho las pros-

titutas, las damas, las vestales, los histriones, los gladiadores, hasta las estatuas de los dioses; porque aquel desgraciado, más que una persona, es la personificación de una sociedad que se muere devorada por la delirante fiebre del sensualismo. (Estrepitosos aplausos.)

Todos aquellos emperadores tienen un ideal de poder que no cabe en las condiciones de la vida humana, y todos, más que hombres, se creen dioses. Y en este vértigo de orgullo, el puñal ó el veneno los precipita en brazos de la muerte. Así muere Heliogábalo y le sucede Alejandro Severo. Gibbon ha presentado en su *Historia de la decadencia del Imperio romano*, al buen Alejandro Severo como un rey de la Edad media, piadoso, manso, humilde, devoto, administrando justicia á la manera de Luis IX. En esto se ha dejado llevar de la preocupacion que reinaba en aquel Lampridio, principal autor de la *Historia Augusta*, y que deseando mostrar á Constantino un modelo de príncipes, lo forja en la Biografía de Alejandro Severo, humilde, débil, absorto, en aquella suerte de sincretismo religioso, que adoraba juntamente á Abrahan y á Orfeo y á Jesucristo. Yo, al considerar las varias fuentes de este reinado, me inclino á Herodiano; autor contemporáneo de Alejandro Severo, testigo de los hechos que narra; imparcialísimo en sus juicios, si bien poseido siempre de reminiscencias de la vida griega. He-

liogábalo mostró el desenfreno del gnosticismo; Alejandro Severo su impotencia. Su madre Mamaea, lo educa y lo domina, y reina en su corazón, y de consiguiente, en el Imperio. Alejandro es uno de esos príncipes débiles, afeminados, que parecen por su mal en las grandes crisis históricas, en la decadencia de los imperios, para perder las instituciones cuya autoridad representan. Yo le llamaría el Carlos II de su tiempo y de su raza. En la vida pública y en la vida privada, en el palacio y en el campamento, la debilidad es el rasgo distintivo de su carácter. Toma por esposa una dama patricia, y la repudia, porque á ello le obligan los celos de su madre. Se aconseja de Ulpiano para el gobierno, y como Ulpiano representaba el elemento civil y era odioso á los soldados, lo entrega á la furia de éstos, y consiente en su violenta muerte. Asocia al historiador Dion Casio al consulado, y cuando la gente militar, en su licencia, en su desenfreno, pide la caída de aquel hombre, consiente en su destierro. Llega la hora de tomar el mando de sus tropas, y el jefe de un imperio militar tiembla y llora entre el fragor de la guerra. Todo en él es afeminado, ruin; pensamiento, vida, carácter. Artajerjes, rey de los persas, conquista el Imperio de los parthos y viola el sagrado de la frontera romana. Esta audacia necesita pronto ejemplar castigo. Pero Alejandro va á Oriente y es tan desgraciado, que pierde en

la demanda ejército y honra. Su retirada á Antioquía me parece el Imperio romano retrocediendo delante de los bárbaros. Si hoy nos maravilla y extraña tanta debilidad ¡cómo no debía extrañar á los romanos, acostumbrados á ver muda en su presencia la tierra! Estos místicos, estos soñadores gnósticos pierden el Imperio. El eclecticismo y el sincretismo aparecen siempre á la hora de la muerte de las civilizaciones. Y el sincretismo y el eclecticismo, que vienen á ser la indecision intelectual, engendran esta indecision moral, cuyo representante es Alejandro Severo, y cuyo resultado es la pérdida de los Imperios. Sí, Alejandro muere en su expedicion á Germania, y muere tristemente á manos de sus mismos soldados.

Señores, no es maravilla que el ejército, cansado de aquel afeminadísimo príncipe, optára por un soldado. Este soldado era de los últimos límites de Tracia, era godo. Nacido en una cabaña, criado entre pastores, empeñado en la vida militar por temperamento y por eleccion; tan desmesuradamente alto, que levantaba su cabeza sobre el ejército; tan forzado, que detenía un carro en su carrera, y luchaba con un toro sin más armas que sus brazos; compañero de glorias y fatigas de todos los soldados, su camarada querido, echáronle estos la púrpura imperial sobre los hombros, y fué dueño del mundo, dueño de un ejército en que no había romanos, sino griegos afe-

minados que tocaban la cítara y henchian el campamento de voluptuosos cánticos; tracios fieros que, mal hallados con su vida de bandidos, dejaban sus cabañas y sus bosques y sus sacrificios humanos, para seguir en sus depredaciones bajo las enseñas de las águilas romanas; africanos tostados por el sol, cuyos negros ojos y cuyos blancos dientes, así como sus saltos de tigre y sus rugidos de leon, atemorizaban á los mismos que los conducian á la pelea; godos y germanos recogidos en cien batallas, y obligados á servir por fuerza á sus eternos enemigos; parthos montados en sus caballos negros como la noche, armados de su arco terrible como la muerte, ligeros á manera del viento de sus desiertos, bebedores de sangre, que adornan la espalda con el carcax lleno de huesos humanos y el pecho con el collar de cabezas cortadas á sus enemigos en el campo de batalla; pueblos todos que la indolencia romana habia reunido, tan diversos en leyes, usos y costumbres, y que se reúnen y confunden como si fueran uno solo en el odio comun á Roma; y desde las nevadas cumbres de los Alpes, donde acampan, miran á Italia hambrientos, como los cuervos un monton de cadáveres, y piden á su jefe, bárbaro y sangriento sobre todos ellos, que los conduzca á la guerra, á la matanza, para destruir á Roma y vengar en ella la afrenta y la esclavitud de sus padres. (Prolongados aplausos.)

Para conocer al bárbaro que los conduce, leed la *Historia Augusta*, todavía llena del terror que su presencia causara en Roma. Aquí nos abandona Lampridio y nos acompaña Julio Capitolino. La historia pierde toda su grandeza artística, y se acerca ya á la aridez de la crónica de la Edad media. Mirad á Maximino. Su cuna fué un establo; su primer oficio el pastoreo y la caza, la causa ocasional de su aparición en el ejército, unos juegos militares que dió Septimio Severo en que venciera seguidamente diez soldados; y por consiguiente, aquel hombre, en quien la fuerza estallaba en toda su grandeza, debía ser el espléndido ideal del soldado, y significar en la historia el apogeo del elemento militar, del pretorianismo. Casto, de costumbres puras, amante de su mujer y de su hermoso hijo; enemigo de las liviandades con que manchara su vida Heliogábalo, por lo cual no quiso nunca seguirle, acariciado por Alejandro Severo, que le amaba como la debilidad ama siempre á la fuerza, aquel hombre que pasara de pastor á soldado, y de soldado á tribuno militar, y de tribuno á jefe de la cuarta legion, aquel hombre, cuya estatura era de diez piés romanos, cuyo estómago devoraba cincuenta libras de carne, cuya sed no se saciaba sino apurando un ánfora, cuyas manos pesaban como una maza de hierro, y cuyas fuerzas arrancaban de raíz los arbustos; llamado por sus soldados Hércules, Milon de Croto-

na, Aquiles, Cíclope, Anteo, Phalararis, y que habia limpiado ergástulas, letrinas, cloacas, y sido esclavo de los esclavos romanos, se levanta al Imperio, y condensando en su alma todas las pasiones de los pretorianos, entrega los ídolos de oro á sus legiones, mata á jurisconsultos, patricios y senadores, amenaza al senado, arde en ódio contra aquella aristocracia que ha domeñado la tierra, pero que tambien la há envilecido, desecha las vanas fórmulas y los vanos títulos inventados por la soberbia de los Césares, y solo se preocupa en sus odios bárbaros de inflingir á los señores del mundo un gran castigo; tirano fiero, subido al Imperio por una gran voluntariedad de la fortuna, y el cual parece Espartaco que se levanta de su tumba crecido y trasformado, á tomar una venganza tan formidable como las injusticias de que eran víctimas los infelicísimos esclavos en toda la tierra. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

Maximino envia á Viteliano á Roma á que cumpla sus sangrientos mandatos de venganza, y en tanto triunfa en Germania, logrando lo que no lograra ningun emperador culto y sabio, obligar á retroceder las olas de la barbarie. El senado se subleva; Gordiano I, que daba espectáculos de quinientos gladiadores al pueblo, es nombrado César y muere asesinado; le sucede Gordiano II, el sensual, y muere asesinado tambien; Maximino descende rápidamente de los Alpes á Italia, y

traidor puñal ataja su carrera; síguenle en el trono Máximo y Balbino, patricio el uno, plebeyo el otro, ambos hechuras del senado, que piensan restaurar la República, y son asesinados por los guardias pretorianos; sube al vacío trono del mundo Gordiano III y va al Oriente, y sus soldados, que un día le aclamáran, no quieren admitir la renuncia que hace del Imperio, porque quieren arrancarle con el Imperio la vida; y toma en sus manos el cetro de la tierra un árabe, Felipe, el cual celebra juegos seculares, porque la Ciudad Eterna ha cumplido mil años de vida; ¡ay! mil años, á cuyo término la libertad es sombra, la República cadáver, el senado impura mancebía, el gobierno asqueroso despotismo militar, el más terrible y repugnante de todos los gobiernos, que no reconoce derecho, que adora la fuerza, que cree toda autoridad puesta en las armas, que prostituye al pueblo con juegos, que mancha de sangre las gradas del trono, que entrega el mundo, no al más sabio ni al más virtuoso, sino al más fuerte, que hace imposible todo derecho; triste, pero merecido castigo de los pueblos que doblan la cerviz á la pesada coyunda de la servidumbre. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Por fin, Felipe cae y sube Decio, en cuya elección convinieran por un momento el senado y el ejército. Decio tenía dos grandes pensamientos: vencer á los bárbaros, que ya se adelantaban á

cumplir el castigo de Roma, y restaurar las perdidas magistraturas. Creyendo que el mal de Roma estaba en aquella igualdad bajo la servidumbre que trajera consigo el Imperio, restablece la censura para que cuente las diversas clases del pueblo y dé á cada una su derecho, á ver si de esta suerte renacian las virtudes republicanas, esas virtudes cívicas, sin las cuales no son posibles las grandes democracias. Sus dos pensamientos se estrellaron contra la decadencia irremediable de Roma. Decio muere, héroe digno de una gloria como la de Muscio Escóvola, muere peleando por la patria en las lagunas góticas, pero muere con el presentimiento de que es inútil su sacrificio, porque Roma está muerta. En efecto, el censor que vá buscando hombres libres, sólo encuentra esclavos. Despues de la rota de las legiones de Decio, el senado recobra un momento su autoridad, mas solamente para nombrar César al hijo de Decio. Pero pronto se subleva Galo, el cual compra á vil precio la paz á los bárbaros. De suerte, señores, que el pueblo romano, el pueblo más guerrero de la tierra, se ha convertido en vil mercader, y no teniendo en sus venas sangre para ganar victorias, las compra por oro. Desde este instante asoman por todas partes las señales de la descomposicion del Imperio como la podredumbre en un cadáver. Ni Emiliano, ni Valeriano pueden salvar á Roma; la hora tremenda suena:

Galieno, en cuyo tiempo van á suceder las grandes catástrofes, sube al trono; la tempestad ruge sobre el mundo; los senadores se arman, pero los desarma el César y los encierra en sus festines para que no se acuerden de la República, despues de haber pronunciado la terrible palabra «no más soldados romanos;» los habitantes de la Mesia son pasados á cuchillo; los escitas inundan el Asia y quemán las ciudades, arrancan los bosques y dispersan las razas; los getas rompen la ribera del Eufrates y se extienden por la antigua Babilonia, bañados en sangre hasta la rodilla; los esclavos se sublevan en Sicilia, en Italia, y sacrifican á sus dueños sobre el terruño empapado con su sudor y su sangre; Bizancio, la Alejandría de Europa, es saqueada por los soldados romanos, Atenas por los bárbaros, el templo de Simium abrasado, destruidas las estátuas de Praxisteles, que eran los trofeos más ilustres del paganismo; los sármatas atraviesan el Rhin; los suevos acampan á las orillas del Tajo; los tauridas infestan en sus barcas de pieles las aguas del Bósforo; los godos comen carne cruda y beben orines de caballo en el Pireo, donde resonara la palabra inmortal de Pericles y de Demóstenes; las naciones se apartan de Roma, que ya no sirve para defenderlas ni para resguardarlas, y nombran sus emperadores; los dacios á Desébaló, que jura la muerte de la Ciudad Eterna; los íberos, galos y bretones, á Postumio; los

persas á Sapor, que para subir á su caballo de guerra pone el pié sobre el cuello de un patricio romano; los sirios á Balista, en pago de la promesa de amparar sus dioses sensuales y sus cultos orgiásticos; los galos á Cornelio y á Celso; Milan á Aurelio; una hermosa mujer de Occidente á sus amantes que elevaba al trono ó arrojaba del trono, según los giros de su capricho y las voluptuosas inspiraciones de su deseo; sombras que vagaban coronadas sobre las ruinas del mundo, perseguidas de cerca por la muerte; y en medio de aquella universal desolación, cuando la tierra se estremece sacudida por el terremoto, como si quisiera arrojar de sí el peso de tantas iniquidades, y la peste se ceba en toda la humanidad, y el sol se eclipsa avergonzado de tocar con su pura luz tanto cieno, en aquellos infaustos días nunca bastante llorados por el genio de la historia, Galieno sube al trono de Roma, y sólo vuelve el rostro para decir á sus legiones, «quemad, degollad,» y se pierde entre gladiadores, prostitutas, histriones, consumiendo hasta los tesoros de los templos en una orgía infinita, sin estremecerse porque se mezclen con el ruido de las copas y los cánticos de los festines y los ecos de los besos, los clamores de los pueblos que mueren, el estrépito de las ruinas del Imperio y el rumor de los bárbaros que vienen á curar con el cauterio del hierro y el fuego la inmensa cancerosa llaga extendida sobre la

faz de la tierra. (Vivos y prolongados aplausos.)

Los pretorianos tenían perdido el Imperio; la autoridad fué mercancía, las delaciones alimento de los cobardes, la proscricion defensa de los Césares, los bárbaros custodios de Roma, los dioses orientales y extranjeros dueños del Panteon, los cultos mágicos refugio de las almas descreidas ansiosas de emociones y no de consuelos, la paga cebo único de los soldados, la ley letra muerta, la milicia ocio admirablemente retribuido por los dispendios de los Césares, que trataban como reyes á los soldados cortesanos de los reyes, cuando la República trató como pobres trabajadores á los soldados que sojuzgaron á los reyes; de suerte que en los abismos de la sociedad todo era servidumbre y en las alturas lujo y vicio, y no habia en la Roma de los héroes, en el santuario del derecho, más que soldados viles, siervos humildes, cortesanos orientales, eunucos incapaces de decir una verdad y de sentir ese deseo de libertad que ennoblece los caracteres y eleva las almas; y allá en la soledad de un trono hombres desgraciados, perdidos en espesa nube de incienso, postrados en el vicio y en el lujo, que no se atrevian á pelear y compraban la autoridad á sus soldados y la paz á los bárbaros; ejemplos que debe el historiador poner ante los ojos de las sociedades modernas, muchas de ellas todavía apasionadas del cesarismo y del pretorianismo, para probarles que la tiranía

es la violacion de la justicia, y como violacion de la justicia, es el rebajamiento de los caractéres y la irremediable perdicion de los pueblos. (Aplausos.)

Pero después de la muerte de Galieno, en que el peligro fué grande, Roma recobró el deseo de su salvacion, y se entregó á Césares que estuvieran á caballo en las fronteras del Imperio, salvándolas de los bárbaros. Se necesitó que el mundo zozobrara como nave sin timon y sin piloto, abandonada á los vendabales y á las ondas, para que se diese á grandes Césares. Casi todos lo fueron, desde Claudio hasta Diocleciano, casi todos; Claudio aclamado ochenta veces por el senado, triunfa de trescientos mil bárbaros y muere. Como Leonidas, habia defendido las Termópilas. Aureliano que le sigue vence á los bárbaros, triunfa en Egipto, en Thiana, somete á los orientales, aumenta la reparticion de trigo entre la plebe romana, y como dice Vopaisco, al concluir su reinado es amado del pueblo y temido del senado. El Imperio está seis meses vacante. Mándar en este tiempo es padecer, no es gozar. El senado y el ejército ya no se disputan la eleccion sino la renuncia á la eleccion. Sube Tácito al trono, y dá al mundo el presente de un gran César en Probo, que reconcilia el elemento civil con el elemento militar. Por un momento anhela Roma su paz, su libertad. Debe sentir el Imperio en esta hora su-

prema el arrepentimiento del criminal, que comprende al pié del cadalso la felicidad que ha perdido con la virtud y la inocencia. Si hubiera sido posible salvar el mundo romano, aquellos Césares lo salvaran. Y esto es tan cierto, que parecia próximo á su salvacion y nunca habia estado más enfermo, nunca más cerca del abismo. Diocleciano, hijo de esclavos, militar, jurisconsulto, poseido de toda la fé que podia inspirar el envejecido paganismo, reuniendo en sí todas las ideas que habian batallado por espacio de tanto tiempo en el suelo ensangrentado del Imperio, el gnosticismo, el pretorianismo, el ideal de los jurisconsultos, destroza entre sus manos el Imperio, divide la autoridad entre Masimiano que pelea en África, y Galerio que pelea en Oriente, y Constancio Cloro que pelea en Occidente, los cuales llevan á sus piés despojos que le dicen que las naciones bárbaras están vencidas, al par que los verdugos le anuncian que los cristianos, los enemigos del Imperio están ya aniquilados; y á pesar de tantos triunfos sobre las armas enemigas y sobre las ideas enemigas, despues de haber orientalmente organizado el Imperio y destruido el moribundo senado, cuando le trataba el mundo como si fuera un dios, guardado por ejércitos su palacio, por eunucos sus salones, saludado en su santuario por sus vasallos, que al verlo ponian rodillas y frente en el polvo, como si le persiguiera un remordi-

miento, huye de Roma, que deja de ser la capital del mundo, se encierra en Nicomedia, que aún le parece demasiado grande; abandona á Nicomedia y se refugia en su pequeña patria, en Salona, y allí arroja la diadema que le muerde las sienes como una serpiente, rasga su túnica de púrpura, que le abrasa como si fuera de llamas, y pide retiro, silencio, olvido, sin duda porque habiendo destruido los últimos restos de la libertad y desplegado todas las fastuosas formas de oriental despotismo, comprende que el Imperio lleva en el pecho la víbora que ha de beber hasta las últimas gotas de sangre. (Repetidos y prolongados aplausos.)

Una sociedad de esta suerte conmovida, no podía salvarse sino por una idea poderosa y anti-tética absolutamente á todos sus principios fundamentales, una idea que despertase el espíritu dormido, y en el espíritu la voz de la conciencia. Examinando los hechos históricos, se ve que en su fondo queda siempre una idea que es la unidad de la historia, como el espíritu es la unidad de nuestra vida; y la idea nueva que se opone á la idea precedente, siempre despierta una lucha, sí, una lucha tremenda. La nueva idea se oculta en las entrañas de la tierra como la semilla, y se levanta y crece regada por lágrimas y sangre. De esta suerte las nuevas ideas se organizan en asociaciones secretas, que ocultas en la base misma

de la sociedad, la minan, la quebrantan, la destruyen. Nada es tan temible como ese trabajo subterráneo que las sociedades poderosas no suelen temer en su confianza. Las ideas ocultas son como un volcan sin respiradero. Cuando van á expresarse estallan y subvierten las sociedades. Nada más ténue y más necesario á la vida que el aire, y nada más impetuoso y más preñado de muerte que el huracan. La idea libre es el aire, y la idea perseguida y proscrita es el huracan. El paganismo se defendia en sus tormentos, con sus verdugos, con sus hogueras, con sus suplicios, y estaba perdido. Cuanto más cruelmente se defendia, más se acercaba su última hora. El dolor que tanto nos apena, tiene sus incomprensibles misterios, y ejerce sobre el alma una atraccion maravillosa. Así es que la hoguera, la cicuta, el martirio, han sido los grandes propágadores de todas las ideas. Esto dice mucho en favor de la generosidad de nuestra especie. La sangre de los mártires hacia brotar nuevos defensores de la fé cristiana que se apercibian al martirio. Nada más triste, nada más horrendo que aquellas cárceles donde los primeros cristianos eran encerrados. Al pié del Capitolio está la prision. Su aspecto es el aspecto de una tumba. La ortiga crece en las junturas de las piedras, como para decir que allí solo hay amarguras. Es un muro triste, espeso, carcomido por el tiempo y por las lluvias que han

caído allí como llanto de los cielos. La puerta es pequeña, las dos escaleras grandes, como si condujeran á un abismo. Un espacio cuadrado construido de inmensos pedruscos es la prision. El aire, la luz, penetran por espesas rejas, y el día es allí eterno crepúsculo. Las piedras están húmedas como si lloraran, más compasivas que el corazón de los hombres. Allí no vale llorar, no vale clamar, las paredes no comunican el quejido que reciben, lo reflejan, lo rechazan. De vez en cuando el murciélago vuela por las bóvedas, y el raton corre por el suelo. Son los únicos compañeros de los desgraciados. Parece que aquel es el límite último de lo horrible, y sin embargo, hay aun más allá. Un agujero se abre á otro abismo. Allí no hay luz. Allí en la soledad de las tinieblas, palpando las sombras, abriendo difícilmente á la respiracion el pecho, el infeliz cae, penetra en profundísimo sepulcro donde pisa los huesos de los que le han precedido, y muere asfixiado por el hedor de la asquerosa podredumbre. Estos dos inmensos abismos de dolores eran el trono de los primeros cristianos. Allí se formaba el espíritu, la conciencia de la nueva sociedad. Del hondo suelo de aquellas cavernas surgia la libertad del mundo. Reconozcamos y alabemos la providencia de Dios.

El Cristianismo nacia como una religion del espíritu, y necesariamente luchaba con el paganismo, que era la religion del Estado. La anti-

güedad no podía comprender la separacion entre la conciencia individual y la ley social, ni la línea divisoria entre la religion y el Estado. La idea religiosa era en la sociedad antigua un medio de gobierno como la ley, como las magistraturas. Todos los grandes ministerios sociales, todos los grandes oficios públicos eran consagrados por la religion. El jurisconsulto prestaba ciertos juramentos; el militar hacia sacrificios; el magistrado invocaba los dioses; el juez y el testigo las fórmulas antiguas religiosas; y hasta la conversacion privada tenia sus giros impregnados de paganismo. ¡A cuántas y cuán tristes escenas daba lugar la pugna de la conciencia cristiana con toda esta organizacion de la idea religiosa antigua! El Cristianismo tenia que renunciar al senado porque no podia invocar el númen de la victoria; al ejército porque no podia asociarse á los grandes sacrificios; al sacerdocio porque no podia tocar con sus manos las aras de los dioses; á las magistraturas porque no podia decir con los labios juramentos rechazados por la conciencia; á la vida doméstica porque no podia poner la miel y la cera, ni atizar la lámpara en altares donde no brillaba la luz de su fé. De aquí la persecucion sañuda contra los cristianos dirigida por aquella sociedad pagana, que entre sus ídolos y sus altares veia arruinarse tambien sus leyes y sus instituciones.

El cristiano, pues, tenia que huir de la sociedad. Pero bajo la Roma pagana, en las Catacumbas, habia construido el Cristianismo la Roma religiosa. Era una sociedad subterránea, sin luz, sin cielo, alumbrada por antorchas, abierta en los fundamentos mismos de la antigua ciudad, cortada en cruces que recordaban el sacrificio del Salvador, ornada de tumbas puestas unas sobre otras en cuyas lápidas se veian grabadas las señales del martirio; dispuesta para la oracion; ciudad perseguida, que en sus tinieblas entonaba un himno de victoria, mientras su perseguidora, la ciudad pagana, en su lecho de púrpura, entre sus festines, agonizaba en la desesperacion y en la impotencia. En aquellas Catacumbas, se vé la imágen de la nueva sociedad. Están abiertas en el seno de la tierra; las tinieblas extienden sobre ellas su eterno manto; allí reinan el frio y el silencio como en los sepulcros; el aire falta; la vida se aparta de aquellas regiones; en las bóvedas resuenan los pasos de los perseguidores, el ruido de la ciudad de los placeres; en el pavimento duermen huesos humanos reunidos en la igualdad implacable de la muerte; las paredes son sepulcros; y sin embargo, en aquellos muros, en los rincones de aquellas encrucijadas, sobre las lápidas de los sepulcros, do quier hay espacio para que se reflejen vislumbres de esperanza, el pincel ha trazado, ó el buril ha esculpido la cándida paloma

que abre sus alas para surcar el éther; el pez que nadá en las puras aguas del bautismo; el áncora signo de salvacion; los Apóstoles tendiendo sus redes en el mar de Tiberiades; la cruz, patíbulo del esclavo despidiendo los resplandores de la claridad celeste; Moisés que abre con su vara las peñas y hace brotar agua para apagar la sed del pueblo; los niños de Babilonia entonando el himno de salvacion entre las llamas; las mujeres orantes que plegadas las manos, arrobados los ojos, dobladas las rodillas, vestidas de túnicas blancas como sus almas, exhalaban de sus labios una eterna oracion; el pastor reuniendo en el redil sus ovejas; Daniel en el foso de los leones; Cristo aplacando los mares; signos todos de fé, de esperanza, de inmortalidad; resplandores de eterna vida que las almas atribuladas dejan como reflejos de la transfiguracion de su sér elevado por la fé desde las sombras de las Catacumbas á la contemplacion de Dios en el cielo. Allí mientras unos han esculpido las palabras de desesperacion que indican esos amargos trances en que la naturaleza humana como que se quiebra al dolor, otros han puesto sobre las tumbas inscripciones como estas: «Terenziano vive.» Allí, bajo aquellas bóvedas, sobre aquel suelo regado de sangre, entre las tumbas de los mártires, debia reunirse la nueva sociedad á fortificar su alma, á repartir entre todos sus hijos el pan del alma y la esperan-

za en una vida infinita. (Vivos y prolongados aplausos.)

Así, señores, así se fortifican los cristianos para continuar en la lucha de la vida, para arrostrar los tormentos. ¡Cuántos y cuán crueles eran estos! El trabajo en las minas, el destierro en islas insalubres, la prision perpétua, el Circo, las fieras, el potro, la rueda, las llamas; se hiela en verdad la sangre al recordar tantos horrores. Mirad los circos, los obeliscos egipcios, las estátuas griegas, la puerta sanitaria abierta como para despedir muchas víctimas, la puerta mortuoria abierta para recibir muchos cadáveres, las primeras gradas cubiertas de magistrados, las segundas de senadores, las terceras de pueblo, las últimas de damas orientalmente vestidas, ó mejor dicho, orientalmente desnudas, las vestales, el emperador, los flamines envueltos en púrpura y coronados de laurel, los ídolos entre nubes de incienso ceñidos con guirnaldas de verbenas y saludados por dulces sinfonías; y en vez de los gladiadores, de los bestiarios, de los retiarios, de los escudos, de lanzas, de las antiguas, si bárbaras, alegres luchas, ancianos vacilantes, en cuyos vientres clavan los tigres sus garras; mancebos devorados en la primavera de la edad por las hogueras; pobres madres en el potro despues de ser despojadas de sus pequeñuelos bárbaramente arrancados al pezon de sus pechos en el momento de alimentarlos con

su leche; vírgenes que el verdugo ha desflorado para que se cumpliera la ley romana, y cuyos huesos se descoyuntan y se quiebran entre las ruedas del tormento; generaciones heroicas, que parecen vencedoras en vez de mártires, pues el miedo y la vergüenza y el terror del remordimiento se pintan sombriamente en el rostro de los verdugos; y mientras sus huesos se quiebran, y se consume su sangre, y se deshilan sus carnes, y caen convertidos en cenizas sus cuerpos sobre las hogueras, al postrer resplandor de la vida que se extingue, los mártires ven los ángeles que vuelan en torno de sus hogueras, ofreciéndoles la palma y la corona de la victoria, Dios mismo inclinándose para contemplar aquella nueva creacion del espíritu por el dolor; y sus almas, despues de haber regenerado el mundo moral, se pierden como sus himnos de victoria en la inmensidad de los cielos. (Estrepitosos aplausos.) Yo, delante de este espectáculo sin igual, llamaria á los hombres que aun quieren hoy las persecuciones, que aun ahogan el pensamiento, que aun atizan las hogueras, que aun piden el silencio para la conciencia que se aparta de su conciencia, les llamaria, y enseñándoles esas frias cenizas, de las cuales se levantaron las legiones de mártires que venceran á los antiguos dioses y arrancaran la corona autocrática á la frente de los Césares, les obligaria á decir y á proclamar conmigo, á decir y á

proclamar con todos los que amamos el mayor bien del mundo, la libertad, que no hay fuerza más impotente que la fuerza de los tiranos, y no hay ni tormentos, ni llamas que alcancen á la idea, porque la idea es como el alma libre, como el alma inmortal, como el alma espiritual, y no pueden consumir nunca esas llamas, eterna mancha de la historia, que execrarán eternamente todas las generaciones, mientras quede una pavesa de justicia en la conciencia de la humanidad. (Vivos aplausos.)

Las grandes persecuciones fueron ocho; la primera obra de Neron, la segunda de Trajano, la tercera de Marco Aurelio, la cuarta de Septimio Severo, la quinta de Maximino, la sesta de Decio, la sétima de Valeriano, la octava de Diocleciano. San Agustín y Sulpicio Severo cuentan dos más, una bajo Adriano, otra bajo Aureliano. En verdad nos maravilla que el paganismo romano, de suyo tolerante, se ensañara tan cruelmente con los cristianos. En aquella Roma donde estaban en paz los dioses etruscos y los dioses sabinos, las divinidades aristocráticas y las divinidades plebeyas; donde en pos de Escipión y Lelio entraran los dioses griegos; donde Mitra debiera altares y culto á Sila; donde despues de la batalla de Actium los dioses egipcios, de todos invocados, fueron objeto de tantas adoraciones como en las orillas del Nilo; donde con Heliogábalo penetrara

un cortejo de livianas divinidades orientales poseídas de ardoroso sensualismo; donde Alejandro Severo pudo unir Abraham á Orfeo en su oratorio, que tenia pendiente de sus paredes la cadena de todas sus revelaciones; en aquella Roma, abierta á todos los vientos, hogar de todas las ideas, trono de todas las razas, templo de todos los dioses, para el cristiano todas son persecuciones, y para su Dios befa y escarnio. Y esto se explica, se concibe fácilmente. Hay una razon filosófica, y tambien una razon política. La base del paganismo todo, así oriental como occidental, era ciertamente el culto á la materia, el culto á la vida, el culto á la naturaleza, en una palabra, el naturalismo. Sobre aquellas familias de dioses, sobre aquellos coros de ninfas, sobre aquellos genios se levantaba el dios-naturaleza, que tenia por cuerpo la tierra, por cabeza el cielo, por manto el mar, por retina el sol, y por collar la inmensa cadena de los séres. Pero el Cristianismo traia la antítesis radical de esta idea, el Dios-espíritu, en cuya presencia naturaleza es como una sombra; el Dios espíritu que en sí contiene la verdad, la hermosura, la bondad perfectas, sí, pero invisibles á los ojos de nuestro cuerpo. Esta es la razon filosófica de la lucha entre dos ideas radicalmente contrarias. La razon política era no menos importante. Todas aquellas divinidades paganas se asentaban como en su trono en la teocracia, en la autocra-

cia, en las castas, en los privilegios aristocráticos, en las espaldas, en fin, de los esclavos. ¿En qué se asentaba el Cristianismo? En la unidad del espíritu humano, en la libertad interior, en la igualdad de todos los hombres ante Dios, que tarde ó temprano habia de traer consigo la igualdad de todos los hombres ante la justicia social. Sobre todo la antigua Roma no podia comprender, no estaba formada para comprender la separacion del poder temporal y el poder espiritual. Su César era tambien pontífice, más que pontífice, Dios. Aquellos cristianos que acataban al César y desacataban al pontífice, que obedecian al hombre y desobedecian al Dios, eran objeto de escándalo, y por consiguiente de sañudas persecuciones. ¿Quién les habia de decir que andando el tiempo se pediria en nombre del Cristianismo la confusion del pontífice y del rey sobre las ruinas de Roma, que por separarlos tiñeron ellos con su sangre? Pues bien, de esta diferencia de ideas filosóficas y de ideas políticas y sociales, dimanaba la tremenda lucha entre el paganismo y el Cristianismo. Registrad la historia de las persecuciones, y vereis en ellas siempre la mano del sacerdocio, y la mano del patriciado. El sacerdocio combate la idea religiosa, el patriciado combate la idea social del Cristianismo. Ellos calumnian á los cristianos, calumnias de que han sido siempre blanco todos los defensores de las nuevas ideas en

toda la redondez de la tierra. Ellos decían que los cristianos se juntaban para conspirar, que en sus juntas oscuras y secretas se entregaban á todos los vicios nacidos de la más grosera voluptuosidad, que en sus altares inmolvaban un niño llamado Hijo de Dios, devorando su carne y bebiendo su sangre, y que por consiguiente, á tantas iniquidades juntas debían atribuirse los males y las desgracias del Imperio. De aquí que el pueblo, cuya ignorancia explotan siempre los poderosos, los cuales lo quieren pobre y embrutecido y esclavo para instrumento de su poder, gritase: «Cristianos á las fieras,» ¡ay! los cristianos que levantaban la conciencia y la dignidad del pueblo sobre el trono de los Césares. ¡Cuántos, cuán nobles rasgos de grandeza, de heroísmo, guarda esta historia de los primeros siglos! ¡Cómo se ensancha el corazón al ver volar por el cielo tantas almas no tocadas del barro de la tierra! Aquellos mártires habían convertido las oscuras prisiones en templos de caridad, en refugio de la conciencia humana perseguida. La abnegación, el sacrificio eran tan naturales en aquellos defensores de la nueva idea, como el placer y la ambición y el egoísmo, en los podridos sacerdotes paganos. No se pueden contar los rasgos de heroísmo. El sexo débil, que al dolor material es más sensible, mostraba vigorosa fuerza. Todos los sacrificios hacían aquellas santas mujeres, hasta el sacrificio impo-

sible de sus sentimientos de madres. La historia de Felicitas y Perpétua, hará derramar eternamente lágrimas á los mortales. Esta tenia en su dura prision entre sus brazos un hijo de sus entrañas que amamantaba. A la triste luz que cerñian las espesas rejas, contemplaba embebecida su mirada, sus ojuelos llenos de inocencia, la dulce sonrisa de sus labios, los juegos de sus tiernas manecitas, y las primeras caricias que dirigia á su madre, ignorando ¡infeliz! que debia perderla. No hay dolor semejante al dolor de la que vé un niño crecer, sonreir, acariciar, levantar su voz alegre é inocente, mientras se oyen á lo lejos los clamores del pueblo, que pide la vida de su madre, y los gritos de los verdugos, y el ruido de los instrumentos que preparan el cadalso. El llamamiento á la vida en la sonrisa, en la alegría, en la inocencia, en el candor del niño, y el llamamiento á la muerte por la voz del deber y de la conciencia, despiertan tremenda lucha. Allí en sus brazos un paraiso de amor, la luz de unos ojos que brillan más que las estrellas en la oscuridad de la cárcel, el aliento dulcísimo más embriagador que el aroma de todas las flores, la voz de la esperanza levantándose en la voz del niño, el universo entero compendiado en aquel corazon que late dulcemente, y en el cual se encierra la vida de una madre, que no trocaria aquel corazon por todo un cielo. (Frenéticos aplausos.) Y la in-

feliz Perpétua, debía sentir que á tan gran dolor se unian nuevos acerbos dolores. Su padre, de rodillas en la prision, besándole los pies y las manos, estrechándola, oprimiéndola contra su corazon, le pedia á gritos que no le abandonase, que adorara los dioses paganos y tuviese compasion de un viejo infeliz, que se quedaba sin hija, de un hijo que se quedaba sin madre, que remediase aquella doble horfandad del niño y del anciano, niño tambien ya en los últimos dias de su vida. (Aplausos.) Aquella mujer heroica sin igual, viendo de un lado su inocente hijo, de otro su padre, todo lo que habia respetado sobre la faz de la tierra, todo lo que habia querido, por un esfuerzo superior á la naturaleza humana se abrazó al Dios de su conciencia, y lo sacrificó todo antes que sacrificar en aras de los dioses rechazados por su alma. Sus ojos se habian agotado, su corazon se habia partido cuando cayó en el Circo. Y su compañera Felicitas, que acababa de ser madre, que acababa de dejar sobre la paja húmeda y podrida de la prision al hijo de sus entrañas, ni tiempo tuvo para darle el beso maternal, para enjugar sus primeras lágrimas, porque los verdugos la arrastraron al suplicio. (Profunda sensacion.) Señores, ¡qué ejemplo! Donde quiera que veamos estos grandes sacrificios por Dios, por la libertad, por la patria, debemos levantar nuestra voz para alabarlos, porque así, señores, se forti-

fica, se temple para la lucha la naturaleza humana, así se trasfigura nuestro espíritu; y el que los abomine, el que los ridiculice, el que se atreva á llamar fanatismo á estos grandes arranques de corazones rotos de dolor por el bien, por la justicia, por Dios, es indigno de pertenecer á la gloriosa familia humana que eternamente amará y ensalzará los grandes sacrificios. (Estrepitosos y prolongados aplausos.) Señores, algunas veces el amor desordenado á la vida se despertaba en aquellos mártires. «Muchos de los maestros, dice San Cipriano, vencidos antes del combate, ni siquiera fingieron el sacrificar de mal grado. Han corrido por sí mismos al Foro como si cumpliesen un deseo largamente acariciado. Veíaseles suplicar á los magistrados que les admitieran la retractacion antes de que terminara el dia.» Orígenes nos dice que otros juraban por el César el abandonar á su Dios, creyendo que este juramento á nada les obligaba, cuando en realidad era una fórmula cobarde é hipócrita de verdadera apostasía. Eusebio de Cesarea cuenta que la mayor parte de los apóstatas y de los traidores, se encontraba verdaderamente entre los ricos, entre los poderosos. Por eso decia Cipriano que no eran poseedores, sino poseidos de sus riquezas. Pero en cambio los grandes movimientos del corazon eran tan sinceros, el afan del martirio en algunas almas tan grande y exaltado, que los concilios

prohibían insultar en público á los ídolos, porque el martirio no tomara color de suicidio. En algunos países como en España, donde el carácter es tan acerado, la persecucion era verdaderamente exterminadora. En Zaragoza habian crecido mucho los adeptos de la nueva fé en tiempos de Diocleciano. Formaban como un pueblo dentro del pueblo cristiano. Su único deseo era la libertad de su culto, reunirse en los templos, celebrar sus ceremonias, socorrerse como hermanos, confundirse en la idea de su Dios. El delegado del poder imperial les prometió esta libertad si abandonaban sus hogares, la ciudad. Triste era verdaderamente dejar el suelo sagrado de la patria, ¿pero qué sacrificio no harian por esa eterna patria que se oculta entre los arreboles del cielo? Sí, lo abandonan todo por la libertad, por esa verdadera patria del alma. Salieron de Zaragoza en procesion, como el pueblo escogido salió del cautiverio de Egipto. El eco de sus cánticos de triunfo henchian los aires. Sus almas confiadas en las palabras del que era como oráculo de la justicia, podian sentir ya la libertad, y reunirse en un templo para invocar el nombre de Dios á la clara luz del dia. Embebidos andaban contemplando la perspectiva de tanta felicidad, cuando los soldados del César, emboscados en el camino, salen, cierran con ellos, los acuchillan, y dejan los campos sembrados de cadáveres. Ni un solo cristiano se

salvó de tan traidora y execrable carnicería. Tales crímenes pedían, como la sangre inocente de Abel, un tremendo castigo.

Lactancio escribía en este tiempo un libro de *Mortibus persecutorum*, de la muerte de los perseguidores. Sin duda alguna guarda este libro la más grande y más viva de las demostraciones contra la tiranía. Por él se vé cuán impotentes son siempre los tiranos delante de las ideas, delante de la conciencia humana, á la cual no llegan nunca ni su persecucion ni sus coacciones. Lactancio nos muestra el fin tremendo de los soberbios perseguidores. En efecto, Neron, que alumbraba con cristianos cubiertos de resina y pez los jardines donde celebraba sus orgías, muere perseguido, acosado como una fiera, en casa de sus esclavos, oyendo las maldiciones del pueblo y la sentencia del senado, y clavándose un puñal en el corazon lleno del virus de todos los vicios. Domiciano, uno de los primeros que atizó las hogueras, murió en su palacio traspasado el vientre por los puñales de sus guardias, por las espadas de sus gladiadores. Trajano y Antonino, que regularon las persecuciones, vivieron tristemente en el trono como si les faltara aire para respirar, y murieron sin esperanza y sin consuelo. Marco Aurelio falleció en terrible peste, abandonado hasta de su hijo, que no quería contagiarse con la enfermedad de su padre, y en tal desespera-

cion que se aceleró la muerte. El alma más grande que pasara por los horizontes del Imperio se apagaba en el suicidio, y al apagarse veía sobre el mundo desgarrado la siniestra sombra de Commodo, nacido para su deshonor. Septimio Severo dejó el trono á Caracalla como Marco Aurelio á Commodo. En la hora de la muerte también vislumbró la triste herencia que legaba al mundo; también sintió que se deslizaba la serpiente del remordimiento en su alma. Maximino desciende de los Alpes como una fiera, vé los caminos segados que le cierran el paso á Roma, las fuentes emponzoñadas, los pueblos desiertos, los campos talados para que su ejército perezca de hambre, y ante aquel espectáculo se desespera, ruga como el león, jura el exterminio de sus enemigos, y en los espasmos terribles de su rabia, las lanzas de sus soldados, á quienes tanto había querido, le parten el pecho, y su cabeza es conducida á Roma en un saco y arrojada sobre el pavimento del Senado. Felipe, al pisar el anhelado trono, muere. Decio se ahoga en el cieno de las lagunas del Danubio. Diocleciano, el gran Diocleciano, huye del trono como si le persiguieran á manera de terribles furias sus remordimientos y no pudiese haber paz entre su poder y su conciencia. Todos demuestran, absolutamente todos, que la tiranía es impotente para aniquilar las ideas que del seno de las hogueras se levantan al cielo como la inextinguible luz de nuestra vida.

Señores, nosotros tambien hemos visto estos grandes ejemplos en nuestro siglo, nosotros tambien podemos invocar la inflexible justicia de la Providencia y saludarla. No estamos en el período puramente metafísico y religioso de la gran idea cristiana, estamos en el período social. Los principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, sellados con la pura sangre del primero de los mártires, trascienden de la conciencia á las leyes y á las instituciones. Hoy la idea pugna por realizarse; y tiranos soberbios se oponen tambien á su realizacion. En algunos momentos parece como que logran ahogar la idea que ha de fundir los últimos eslabones de las cadenas de los esclavos. Pero miradlos. La justicia de Dios ha herido sus frentes. (Aplausos.) El tirano que martirizó á nuestros padres, que castigó como horrendos crímenes el amor á la patria y el amor á la libertad, tuvo que dejar encomendada su posteridad al amparo de sus mismas víctimas. Los descendientes de los que creyeron que los reyes debian ser dioses en la tierra, andan errantes por la triste soledad del destierro. Los que tiñeron de sangre las alegres aguas del mar tirreno, no han podido legar una corona á sus descendientes heridos por las maldiciones del cielo. El Juliano, el apóstata de la filosofía, perdió la razon viendo levantarse las ensangrentadas víctimas de sus desvaríos románticos en los abismos de su conciencia y muriendo entre

los torcedores de la desesperacion. Y por último, aquel soldado que asombró á la historia, titan en cuya frente ceñida por los siniestros resplandores de la tempestad no podemos aun leer su misterioso pensamiento, heredero del genio de la guerra, armado del rayo, errante por el mundo como nube que llevaba en sus entrañas el fuego de la cólera divina, aquel soldado que escribió su nombre con la punta de su espada en la cima de los Alpes y en la cúspide de las pirámides, y ató á la cola de su caballo los reyes, y borró las fronteras de los pueblos, y arrojó coronas de sus manos para que las recogieran sus sargentos, y asaltó casi todos los muros de Europa, y tuvo ó esclavas ó amedrentadas todas las ciudades, y vivió entre el estruendo de los combates, seguido de soldados, de caballeros, de ejércitos que parecían brotar á sus conjuros de las entrañas de la tierra para perderse como un sueño fantástico en el huracan de la guerra; aquel soldado fué á morir en una isla sin encontrar ni espacio para su cadáver en la tierra que dominara con su genio; y su obra se disipó como el humo de los cañones; y de tantos esfuerzos heróicos y titánicos, sólo quedaron las ideas revolucionarias que creia haber ahogado; extendidas por él ¡pobre instrumento de Dios! en la conciencia del mundo. (Estrepitosos aplausos.)

Señores, la tiranía nada puede contra el progreso. Imperios tan grandes como el Imperio ro-

mano caen. Mártires tan abatidos como los mártires cristianos se levantan. Lo que necesitamos no es el poder, no es la fuerza, es la justicia. El que tiene la justicia en sus manos triunfa siempre. Mirad aquellos Césares tan grandes, todos desarmados y vencidos. ¿Qué valen el poder, los tronos, las glorias, delante de la justicia? Nada. Sólo Dios, señores, sólo Dios es grande. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO IV.

LECCION SÉTIMA Y ÚLTIMA.

SEÑORES:

Comienzo esta noche mis lecciones con una mezcla de alegría y tristeza que en vano pretendiera ocultar; sí, alegría porque remato por este año una obra larga y dificultosa, porque salgo de este empeño en que tenía perdida la tranquilidad del alma, tan necesaria á la vida; y tristeza, porque me veo forzado á separarme de un público á quien tengo y considero por amigo cariñosísimo, pronto á perdonar mis faltas, á encarecer mis escasos merecimientos, y que ni un instante me ha abandonado en estos penosos trabajos, sosteniéndome, alentándome con verdadero entusiasmo, que han sido parte á impulsarme hácia esos cielos misteriosos donde apenas puede respirar nuestro pecho, formado para un aire menos puro; pudiendo traer de allí esas verdades consoladoras que secan las lágrimas de nuestra faz dolorida y nos

infunden esperanza en Dios, y nos levantan á la contemplacion de lo absoluto, y nos fortifican para pisar el camino sembrado de abrojos que conduce á la realizacion del ideal divino con que sueña nuestra mente, la cual está ansiosa de bien y de verdad, porque sabe que por el bien y la verdad hemos de cumplir la obra del siglo, el aniquilamiento de todas las tiranías, la libertad de todos los esclavos, la union de todos los pueblos; para que no sea posible retroceder ni un punto en el trabajo de crear el derecho, regado, fecundado con la sangre de nuestros padres, y que debe ser un dia la paz y la felicidad de nuestros hijos; que no es posible que se corte la cadena misteriosa del progreso, más real en el espíritu que la ley de atraccion en los astros; esa cadena, cuyos eslabones intermedios forjamos nosotros, y cuyos extremos se encuentran en las próbidas manos del Eterno. (Aplausos.)

Señores: lo digo con la franqueza propia de mi carácter; creeria haber perdido un año de vida, y haber dado al viento las palabras todas salidas de mis labios, si no os hubiese persuadido con la relacion sencilla de los hechos, á creer que el cesarismo, á pesar de que cumplia la unidad del mundo y la unidad del derecho, como todas las tiranías depravaba á los hombres, corrompia la sociedad; que el pretorianismo, el mal de nuestro tiempo, era impotente para salvar un mundo

gangrenado por sus vicios; que la esclavitud, á cuyo amparo fiaba Roma su vida, la mataba como compendio de todas las injusticias sociales; que el Cristianismo trajo, no solamente la idea del Dios-espíritu, eje de la historia moderna, sino tambien la idea de la libertad y de la igualdad, trascendentales á nuestras instituciones de hoy; y que este dia eternamente memorable, en este punto de la historia se trasfiguró el espíritu humano en la Cruz, patíbulo del esclávo, y con el espíritu todas las ideas; y la humildad se exaltó, y se precipitó en los abismos la soberbia, y se consumó la redencion religiosa para que nosotros, deduciendo las consecuencias contenidas en estas premisas, realicemos la redencion social, obra de muchos siglos, tormento de muchas generaciones, pero obra verdaderamente grandiosa, cuya terminacion Dios ha encomendado á nuestro siglo, siendo por eso en el plan divino de la Providencia el más grande, el más glorioso y el más cristiano de todos los siglos de la humana historia. (Estrepitosos aplausos.) En verdad, señores, si mi trabajo ha sido tenaz y porfiado en este largo tiempo, puedo deciros que ha tenido más parte en él vuestra atencion, vuestra constancia, que mi pobre esfuerzo. En los certámenes oratorios, el público hace siempre más, mucho más que el orador. Sin vuestro entusiasmo, mi voz hubiera sido como un instrumento sonando en lo vacío. Pres-

tadme en este año por última vez vuestra atención.

Vimos, al finalizar la última lección, que los perseguidores del Cristianismo caían uno en pos de otro en el polvo, como heridos de muerte. Vimos también, que Diocleciano huía de Roma, como si le atormentasen sus grandes recuerdos, como si el aire de la Ciudad Eterna entosigara sus entrañas. Esta determinación del defensor más acérrimo del paganismo, fué para los paganos grave falta, porque ocasionó el nacimiento de una ciudad nueva, donde la idea pagana de ninguna suerte podía tener las raíces que tan profundamente arraigaban en el suelo de Roma. La Ciudad Eterna se oponía al nuevo Dios que no bajaba la frente en su presencia. La Ciudad Eterna era la ciudad santa del paganismo. La tosca lanza de Marte fué su lanza; el fuego de Vesta, como el fuego de su vida; los dioses pelásgicos, sus padres; las ninfas que murmuraban en las hojas de sus selvas, ó se deslizaban fugaces en las claras aguas de sus fuentes, los númenes de sus legisladores; el sagrado altar de la Victoria, el ara donde pendían los trofeos de todos los vencidos; el Panteon, el nuevo Olimpo de todos los dioses; y los sacerdotes fugitivos de todos los templos llevaban allí sus cultos, sus ídolos y sus libros sagrados; y los theurgos y los magos corrían á aquella ciudad con las fórmulas de sus hechizos

en los labios, y miriadas de estatuas divinas poblaban, no solamente sus altares, sino tambien sus circos; y hasta los átomos de polvo de aquella tierra, hasta los soplos de aire de aquel cielo estaban llenos de dioses, que no han podido conjurar quince siglos de oraciones; porque aun hoy, aquella Roma, llena de monasterios, de religiosos, de santos, de pontífices, aquella Roma eternal, macerada por la penitencia, de cada una de esas piedras exhala el cántico del paganismo; y la cúpula de su gran basílica es la rotonda del Panteon, elevada al cielo en alas del genio titánico de Miguel Angel; y sus inmortales madonnas trazadas á la luz del Renacimiento por la creadora mano de Rafael de Urbino, son diosas vestidas con la ethérea luz de la idea cristiana; y el habla de sus sacerdotes hoy es la misma de Ciceron y de Virgilio; y cuando el sonido de sus mil campanas que llaman á la oracion se extingue en los espacios, como el lamento de la tierra que invoca á Dios, todavía se oye en el susurro de los árboles la flauta de Pan, y en los arroyos el cántico de los náyades, y en las calurosas siestas el zumbido de las abejas que repetia Virgilio en sus versos, cual si la sustancia de aquella tierra fuera eternamente el paganismo. (Estrepitosos aplausos.)

La traslacion del trono del mundo desde Roma á Bizancio significaba que habia muerto la dictadura democrática y revolucionaria de los prime-

ros doce Césares, el gobierno greco-romano de los Antoninos, la lucha de los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento civil con los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento militar, y que comenzaba el despotismo oriental, el despotismo asiático, en una palabra, el despotismo bizantino. La idea clásica se desconcertaba en Bizancio, se olvidaba aquella corrección propia del genio helénico, las proporciones de sus monumentos, la olímpica serenidad de sus estatuas; y bien al revés de la dulce armonía de formas que caracteriza á Roma y muy especialmente á la hermosísima Grecia, alzabase una arquitectura gigantesca y monstruosa, templos y palacios inmensos, estatuas colosales, mezcla confusa de todos los edificios del mundo, intercolumnios áticos, bajos relieves deformes de Palmira, tortugas y elefantes de granito, monolitos de pórfido y de jaspe, chapiteles de oro, esferas azules sembradas de estrellas de plata, monstruos apocalípticos, ángeles exterminadores, arpías, ibis, grullas sagradas, mil imágenes que de un fondo de varios colores se destacaban por aquellas paredes y cornisas de los monumentos, á cuyos piés hervía una muchedumbre de soldados, de eunucos, de esclavos, de grandes señores vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras, todos los cuales tenían verdaderamente en muy poco la clásica sencillez

romana, y parecían evocaciones de los sátrapas y déspotas de Oriente vagando sobre el cadáver del antiguo mundo. (Ruidosos aplausos.)

Pero lo más notable que señalaba Bizancio no era ciertamente la revolución política, era la revolución religiosa. Aquella ciudad nueva no tenía ninguno de los recuerdos paganos que erraban por los ámbitos de Roma. Los cristianos saludaron con júbilo esta traslación que amenazaba de muerte á la ciudad maldecida por el Apocalipsis. La oscura secta cristiana, como la llamaban los paganos, creció tanto, que pasó á ser una secta política. Los cristianos se inclinaban no á tal ó cual emperador, sino al emperador que les concediese la primera, la más necesaria de todas las libertades, la libertad de conciencia. El mundo se encontró dividido bajo el poder de Diocleciano en dos grandes gobiernos, el de Galerio en Oriente, el de Constancio en Occidente. Galerio fué perseguidor, cruel, intolerante; Constancio fué justo, benigno, tolerantísimo. Era aquel la imágen viva del egoismo pagano; era éste la imágen viva de la tolerancia filosófica. Galerio murió devorado por un cáncer, presa de horribles dolores; Constancio murió tranquilo, bendecido del mundo, regadas sus manos por las lágrimas de los que había libertado del martirio. La angustia de los perseguidores de la nueva idea era tanta, que al morir Galerio promulgó un edicto dando libertad á

los cristianos y pidiéndoles que intercedieran por él con su Dios. El genio del paganismo embriagado de sangre depositaba su cetro al pié de sus víctimas. Los cristianos nunca abandonaban su idea política, que habia de ser parte á darles la victoria. Si el tiempo no apremiase, yo mostraria á las sectas, filosóficas ó económicas, que, encerradas en su egoismo empedernido creen no deber bajar á la arena candente de la política, yo les mostraria que sólo en esa arena, muchas veces manchada de sangre, está la victoria de los grandes principios, porque las victorias no se alcanzan sino por el dolor y el sacrificio. (Aplausos.) Así los cristianos tomaron parte en las contiendas políticas de Roma, y sostuvieron en sus predicaciones y en las campos de batalla al César que les prometiese la gran libertad, la más necesaria á su vida, la libertad de su conciencia. ¿Y quién podia darles de esto una prenda más segura? Constantino, el hijo de Constancio Cloro. Por eso los cristianos le sostuvieron en sus luchas con Magencio y Licinio, y celebraron sus victorias.

Es vulgar preocupacion creer que Constantino declaró religion exclusiva del Estado la religion cristiana. Nó; Constantino proclamó la libertad del culto cristiano. Ese fué su título de gloria á los ojos de los cristianos, título grande, porque cuando todas las ideas tienen libertad en sus manifestaciones, la muerte es para las ideas decrepi-

tas ó erróneas, y el triunfo para las ideas progresivas y verdaderas, que en vez de rehuir la luz, la buscan, seguras de mostrar mejor á la luz del dia todas sus virtudes. (Frenéticos aplausos.) De esta suerte el paganismo, cuyo dogma religioso era que la religion fuese del Estado, para el Estado y por el Estado; recibió honda herida de muerte que sólo pudo conllevar por espacio de dos siglos. Contemplemos breves instantes, pues, á Constantino. Sobre pocos hombres encontrareis juicios más varios en la historia, segun la cuenten los paganos vencidos ó los cristianos vencedores. Nacido en el paganismo; educado en la filosofía deista y tolerante de su padre; diestro en las armas, feliz en los combates; déspota oriental que sustituyó con sus cortesanos y domésticos las antiguas magistraturas teñidas aun despues de la muerte de la libertad por algun reflejo de derecho; no exento de crímenes, pues se manchó con la sangre de su hijo Crispo, de su hermana Constancia, de su mujer Fausta; más político que religioso, su idea fué destruir el paganismo con la libertad de conciencia, su conducta tener el fiel de la autoridad suspendido entre las dos religiones, aguardando á que el espíritu humano inclinase la balanza del lado de la justicia; y si no leia los libros sibilinos, ni iba al Capitolio, ni sacrificaba víctimas en el ara manchada de sangre, sostenia el culto de Apolo, reglamentaba la adivinacion,

disponia que se consultasen los arúspices cuando el rayo del cielo hiriese su palacio, se ceñía la corona de encina de los antiguos pontífices para celebrar las victorias del Imperio, pasaba bajo los arcos triunfales coronados por las estátuas de los dioses, daba juegos, verdaderas festividades paganas, encargaba la historia de sus predecesores á Julio Capitolino, fiel observante del pagano culto, ponía el lábaro de la Cruz en las manos de la alada victoria griega; indecision propia de su tiempo, nacida del respeto que le inspiraba la gran autoridad histórica de las antiguas creencias; indecision pasmosa, crepúsculo del nuevo día, que cubre de sombras las plantas de Constantino y tiñe de luz su frente, pues nunca será posible olvidar que al libertar el culto cristiano, apagó las hogueras encendidas en daño de la conciencia humana, aflojó las cadenas de los esclavos, preparó el reinado de la justicia, y elevó al trono una idea perseguida y abominada para que alumbrase como sol del espíritu la vida humana hasta entonces entregada á la esclavitud del materialismo religioso. (Aplausos.)

La conversion de Constantino levanta el problema pavoroso que aun no se ha resuelto y que debe resolver nuestro siglo, el problema de las relaciones del poder temporal con el espiritual, el problema de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Notad un momento conmigo dos grandes

contradicciones históricas que pasman y maravillan nuestra mente. Constantinopla es en este tiempo la ciudad nueva, la ciudad cristiana; Roma la ciudad antigua, la ciudad pagana. Sin embargo, en la Edad media Roma salvará la unidad cristiana de la nueva civilización con el Pontificado, y Constantinopla en el Renacimiento la unidad y la perpetuidad de la idea antigua con la resurrección de los recuerdos clásicos. Roma pagana es el sol de la civilización nacida del Cristianismo, y Constantinopla cristiana es el lecho donde duerme la antigüedad pagana hasta que el mundo moderno la encuentra como una de esas mómias guardada en los sepulcros de Oriente. Pero en estos momentos que historiamos, Constantinopla y Roma, la una ciudad de los emperadores, la otra ciudad de los Papas, dicen que la religión y el Estado se han separado, que sus esferas se han dividido, y que en su mútua independencia está el ideal de la nueva civilización. La antigüedad no pensó nunca en el problema de las relaciones del poder civil con el poder religioso. Todo estaba allí confundido en la unidad absorbente del Estado. Pero el Cristianismo que tantos progresos trajo á la vida, separó estos dos poderes, é hizo de esta suerte imposibles para siempre aquellas tiranías gigantescas, que pesaban sobre la conciencia y la vida y se extendían orgullosas en el tiempo y en la eternidad. La confusión de

los poderes creó dos grandes males, así en Oriente como en Occidente, dos grandes males, diversos en la forma, idénticos en la sustancia. El mal de Oriente consistía en que el poder político estaba absolutamente sometido al poder religioso, y de aquí la teocracia en el gobierno, la inmovilidad en el pueblo, el despotismo en todas partes. El mal de Occidente, del mundo romano sobre todo, consistía en que el poder político dominaba por completo al poder religioso, y de aquí la autocracia, la tiranía de un hombre que llenaba los cielos y la tierra, y se tenía á sí mismo por un Dios. El mundo antiguo habia caminado entre dos abismos, entre la autocracia y la teocracia. Estos dos abismos se evitaban con la siguiente solución: la unidad política del mundo en Constantinopla, la unidad religiosa del mundo en Roma. Pero, señores, las dos ciudades fueron á su idea infieles en la sucesion de los siglos. Constantinopla aspiró á la autocracia, á tener la conciencia religiosa esclava del Imperio. De aquí su cisma escandaloso que rompía la unidad del mundo moderno, de aquí su corte convertida en academia teológica, de aquí aquellos sofismas que cortó la cimitarra de los turcos. Roma no se contentó con la autoridad religiosa que de derecho le pertenecía; aspiró á una autoridad política, á un poder inmenso, á la monarquía universal autocrática, idea que nace con Gregorio VII, que crece con Inocencio III,

que muere con Bonifacio VIII. Pero de esta ambición desmedida de Roma provino el que los pueblos y los reyes se alzaran juntamente en su daño, y le usurparan bajo el nombre de regalismo, galicanismo, leyes josefinas ó leopoldinas, gran parte de su autoridad religiosa. Es necesario, pues, señores, en el momento en que hablamos, en este momento en que tal vez se resuelve el problema de quince siglos, que pueblos y reyes renuncien á esas regalías, eternas argollas de la Iglesia; que la Iglesia, á su vez, renuncie á ese poder político, arrancado á sus manos por la corriente de las ideas del siglo, á ese poder político última sombra de la Edad media, residuo del polvo feudal caido sobre la tiara de los Papas; y Roma dejará de ser como es hoy esclava de extraña gente; y el galo trasalpino que la profana y esclaviza, volverá á sus hogares; y un César revolucionario y advenedizo que subió al trono por sorpresa y por sorpresa lo conserva, dejará de tener bajo su tutela el poder más augusto y más glorioso de la historia (Estrepitosos y prolongados aplausos); y será libre la Iglesia con aquella libertad divina que predicaran los Atanasios y los Ambrosios; y la hermosa Italia, la nacion mutilada por tantos reyes que van á buscar la luz en su cielo y la inmortalidad en sus artes, se pondrá sobre los hombros la cabeza hoy caida á las plantas de los vencidos por Mario y por César; y se darán el ósculo de paz la

Iglesia y la libertad moderna; y el mundo entero se regocijará; y saldrá de todos los labios un Te-Deum sacratísimo que repitan todos los tiempos y todas las generaciones, porque habrá sonado la hora más gloriosa, la hora más santa de la civilización; hora bendita que está destinada á ver la paz de todos los pueblos civilizados en el regazo del Cristianismo, renovándose por un milagro semejante á la conversión de Constantino la libertad de la Iglesia. (Frenéticos aplausos.)

Hemos visto el triunfo de la libertad de la Iglesia en Constantinopla, y ahora debemós ver el triunfo de la unidad del dogma en Nicea. Las verdades fundamentales del Cristianismo se hallaban todas contenidas en la palabra de Cristo, como en la semilla se encuentran la planta, la flor, el fruto. Pero el definir, el extender, el confirmar estas verdades, tocaba á la Iglesia seguramente. A cada paso el dogma encontraba una contradicción; pero en cada contradicción una victoria. Por estas contradicciones se definían y aclaraban sus grandes ideas.

El Cristianismo venció á la sinagoga, proclamando la revelación universal y no restringida á ningun pueblo privilegiado; venció al paganismo con la idealidad sublime de su moral; venció á los ebionitas, que pretendían sostener unas obligaciones para los judíos y otras para los paganos, con el dogma de la unidad y de la igual-

dad de todos los hombres; venció á los nazarenos siro-caldaicos con la clara demostracion de la venida del Verbo; venció á los gnósticos que veían en la materia una impura degeneracion de Dios, mostrándoles en la materia las señales de la obra de Dios; venció á los maniqueos convenciéndoles de la unidad divina y de la unidad del alma; venció á los docetistas que enseñaban que Cristo solo habia revestido las apariencias de cuerpo mortal, probándoles la humanidad de Cristo; venció á los nicolaitas, que á pesar de su ascetismo resucitaban el sensualismo pagano, poniéndoles delante de los ojos los preceptos purísimos y la vida inmaculada del Hijo del hombre; venció á los montanistas y el sentido oriental del origenismo con su sentido práctico y humano; venció, conjuró todas las grandes oposiciones que se levantarán en la historia, que le cerraban el paso á su definitivo triunfo; aplastó la serpiente oriental que silbaba en sus oídos las palabras seductoras con que perdiera á Eva; inmoló el dios-naturaleza que se defendía de la muerte con todos sus mágicos hechizos; y al mismo tiempo que confirmaba dogmas religiosos, apercibía las ideas que habian de ser el alma de la nueva edad y la única educacion posible de aquellos bárbaros que, avasalladores de toda fuerza, sólo podían caer de hinojos ante un poder moral que tocase con su virtud los corazones y penetrase, con la sencillez y sublimidad

de sus ideas, en la noche de sus por tanto extremo oscurecidas conciencias.

Pues bien, el Cristianismo se encontraba, después de proclamada la libertad de la Iglesia, en presencia de la más formidable herejía que recuerdan los siglos. Arrio afirmaba la superioridad de Cristo respecto á la humanidad, pero también la inferioridad de Cristo respecto á Dios. Esta idea le llevaba á desconocer el pecado original, y el desconocimiento del pecado original le llevaba á desconocer la virtud de la redención. Pero el más grave mal era que destruía la doctrina de Arrio la Trinidad, y destruyendo la Trinidad destruía todo el Cristianismo. El Imperio recién convertido, podría inclinarse á Arrio por la sencilla razón de que hacía de la religión dócil instrumento de su autoridad terrena. Nunca, absolutamente nunca, corrió la Iglesia más graves peligros. Nunca, absolutamente nunca, la idea cristiana tuvo sobre sí más aterradoras amenazas. Quitando á Cristo su carácter divino, se despojaba al Cristianismo de todo lo sobrenatural, y á la humanidad la esperanza de llegar á realizar un ideal divino en la vida. Iban á perderse todos los elementos divinos que aquella revelación trajera á la conciencia humana. Y al mismo tiempo, descendiendo el Cristianismo de ideal religioso á ideal puramente filosófico, abdicaba toda virtud para domeñar á los bárbaros, que solo se inclinarían en su rudeza de-

lante de una institucion nacida bajo el amparo de los cielos. En una edad esencialmente religiosa, el ideal de la civilizacion debia ser esencialmente religioso tambien. Para esta gran crisis suscitó Dios el genio inmortal de San Atanasio, el Constantino del dogma. Este doctor, que reunia á la idealidad de una inteligencia griega, la fuerza de un carácter latino; gran filósofo, gran orador, gran artista, conoció que el definir la Trinidad era como definir todo el Cristianismo; y uniendo las ideas de San Pablo á las ideas de San Juan, los dos primeros escritores de la divinidad de Cristo, encontró la palabra *omoiousios* griega, *consustantiabilis* en latin, para explicar la identidad del Padre y del Hijo, con lo cual condenaba el arrianismo, que ponía á Dios en la eternidad pero lo separaba del mundo; y estimaba á Cristo por mediador, pero lo separaba del cielo; y creía al universo real, verdadero, pero lo separaba de Dios, cuando Dios está en todo, sobre todo, y alrededor de todo; doctrinas sublimes que sostenian el poder moral del Cristianismo, tan necesario para domeñar la tempestad próxima á desencadenarse sobre el mundo; doctrinas que ahogaban las tendencias autocráticas de los Césares, dispuestos á ser pontífices del Cristianismo como lo habian sido del paganismo; doctrinas que sostuvo aquel San Pablo del siglo iv contra las veleidades de Constantino, contra la enemiga de Constancio,

contra la apostasía de Juliano, contra el despotismo de Valente; en el Egipto, delante del templo de Serapis que sobreviviera á Apolo; con las armas de los esbirros imperiales sobre el pecho; entre las muchedumbres amotinadas; encerrado á veces en misteriosa tumba donde encontró una noche los huesos de su padre; en la soledad del desierto donde le llevaba el encendido afán de conservar la santa moralidad de su conciencia; enamorado de una idea inaccesible á la razón como si la viera con los ojos; hasta que logró su triunfo, y pudo decir que vió con este triunfo rodar á sus plantas el paganismo: merecido premio á la constancia de aquel hombre dotado de la luminosa razón y del incontrastable carácter con que Dios reviste á todos los que elige para difundir una idea salvadora sobre el mundo. (Estrepitosos aplausos.)

Atanasio, aunque á la sazón sólo sacerdote, fué la inteligencia y el corazón del Concilio de Nicea. La civilización cristiana oscilaba aún entre el panteísmo y el antropomorfismo. Si daba en el primer escollo, el mundo volvía al Oriente, contradicción tan grande como si el recién nacido volviera al seno de su madre. Si daba en el segundo escollo, continuaba la idea pagana y moría la nueva civilización de la muerte del paganismo. De estos dos escollos se había salvado en su doble lucha con el origenismo y el gnosticismo. Precisaba que se

salvara del postrer escollo que le aguardaba en su misma victoria, del arrianismo; precisaba que no dejara al mundo huérfano de Dios, sino que lo acercara á Dios, porque si la horfandad del mundo es siempre triste, lo es mucho más en aquellos terribles dias en que la cólera divina azotaba á la tierra y la sangre rebosaba en los campos de batalla, y el hombre, envuelto en las ráfagas de una tempestad infinita, no tenia más refugio, ni más esperanza que el cielo. Y el arrianismo aislaba al hombre separándolo de Dios. Era preciso que el dogma de la Trinidad se definiera, se concretara en presencia del atónito mundo. Para esto se reunió el Concilio de Nicea. Cuando la Agora griega estaba muda; cuando despues de tres siglos de eterno despotismo la tribuna de los Rostros estaba rota, y no se oia ni el tempestuoso rumor de las muchedumbres, ni la voz severa del orador romano que se alzaba en favor de la libertad antigua; cuando emperadores que se creian en su soberbia como dioses, cerraban el Senado y abrian los templos consagrados á su propio culto, al culto de los vicios; en aquel triste y universal envilecimiento que parecía haber aniquilado hasta la conciencia humana, se reúne augusta asamblea en una ciudad alzada entre Asia, Africa y Europa, como para indicar que se propone unir en un solo dogma, en una creencia los tres continentes de la tierra, las tres grandes razas de la humanidad; y

allí, aquellos hombres que llevan todavía el sudor del trabajo en la frente, las cicatrices del martirio en el pecho; aquellos hombres entre quienes se cuenta Osio, el gran español honra de su siglo; Eusebio de Cesarea, elocuente historiador de las persecuciones y de las victorias de la Iglesia; Pannucio de Thebaida, paralítico, inmóvil, descomulgado por las tenazas del tormento, que sólo tenía viva la cabeza para pensar en su Dios, vivo el pecho para exhalar un cántico de triunfo; Pablo, predicador de las orillas del Eufrates, austero cenobita que bendecía á las muchedumbres con su mano medio consumida en el fuego atizado por el feroz Galerio; Santiago de Nysiba, venido de apartado retiro, cubierto con una piel de camello, menospreciando la roja púrpura de los perseguidores del Cristianismo; Espiridion de Chipre, obispo y pastor, que salía del templo y se encaminaba al monte á guardar sus ovejas; todos héroes del pensamiento, mártires todos por haber defendido la santa inviolabilidad de la conciencia humana; todos defensores de la idea divina que iba á transformar la sociedad, todos dispuestos á dar su vida por su Dios, y que enardecidos en la nueva fé, antes que el cuarteado Capitolio caiga, antes que los hambrientos bárbaros rompan sus vallas, trazan á la luz de la tempestad difundida en los aires el símbolo de la fé, el compendio de todas las creencias que van á alimentar el espíritu huma-

no, el *Credo in unum Deum*, á cuya voz los bárbaros caerán de rodillas trémulos é inermes, y que despues de quince siglos resuena potentemente desde las heladas cumbres de los Alpes hasta las islas perdidas en las espumas de los mares, bajo las bóvedas de todas las iglesias del mundo, en señal de que la humanidad, hasta entonces encorvada por el peso del fatalismo religioso, se ha erguido, se ha declarado libre y siente el espíritu de Dios difundándose como eterno aliento creador por su regenerada conciencia. (Entusiastas aplausos.)

¿Quién habia de creer que este triunfo del Cristianismo no era definitivo, eterno? ¿Quién podia imaginar que subiera despues de tantas y tan vergonzosas derrotas el paganismo al trono del mundo, empeñado en ahogar de nuevo la conciencia humana? Sin embargo, no os maravilleis de esto, señores. La historia es una grande enseñanza que fortifica el ánimo y lo eleva. Las ideas no desaparecen ciertamente en un día, pero una vez heridas por el progreso, si se levantan, es para morir de nuevo. El gastado símil de la lámpara que al morir lanza su más vivo destello cuadra á ideas admirablemente. Todas toman cierto brillo en el instante solemne de su muerte. Y no podia en verdad exentarse de esta ley el paganismo. El genio de la antigua civilizacion lloraba la muerte de todo lo que habia dirigido á la humani-

dad en su camino y la habia consolado en sus dolores. Grecia, como patria del arte, era la maestra de todos los grandes hombres de la antigüedad. ¿Y qué iba á ser de Grecia? La liga anfictiónica estaba deshecha; el oráculo de Delfos mudo; los monumentos exhalaban de sus piedras como un cántico ruinoso; las odas de la tragedia griega olvidadas; rotas las cuerdas de la lira de los grandes poetas; abandonados los juegos olímpicos donde el vencedor ceñia á sus sienes el siempre verde laurel de Apolo; nublada la antes serena frente de los sacerdotes phitios que veian sin ofrendas el ara, sin adoradores el templo; destrozado el teatro donde se perpetuaban por las milagrosas resurrecciones del arte los héroes de Troya, de Salamina, de Platea; inmóvil la pitonisa en su trípode, cual si la hubiera helado la falta de una idea en la conciencia, de una palabra en los labios; desiertos los campos de aquellas divinidades que brillaran en las alas de las mariposas, en el fosfórico resplandor de las luciérnagas, en el cáliz de las flores, y que cantarán en el susurro de las selvas, en el rumor de las fuentes; mutiladas las estatuas de Fidias y Praxiteles; seco el manantial de inspiracion en que habian bebido su genio los poetas; porque merced á la nueva idea, toda del espíritu, toda para el espíritu, el genio del paganismo se ahuyentaba de la naturaleza, y se morian los dioses como un coro de ruiñeños abrasados en su

nido por el fuego de la tempestad que bajaba del cielo. (Estrepitosos aplausos.) Y al mismo tiempo que el paganismo se moría, también se moría el Imperio; las antiguas prendas militares faltaban, y los dioses no eran bastante fuertes á contrastar la fuerza de los bárbaros. Esto inspiraba á muchos espíritus la idea de volver al antiguo paganismo, de reintegrarlo en todos sus dogmas, en toda su pristina hermosura. Y como do quier se levanta una idea poderosa, nacida de la necesidad del espíritu, allí se organiza una secta; y como do quier se organiza una secta, con alguna idea que tenga razon de ser, allí se organiza un gobierno; la reaccion pagana fué secta y se llamó escuela alejandrina; fué poder, y se llamó Juliano. No hay para qué dudarlo; el paganismo con sus artes, con sus mithos, con sus héroes, daba gran confianza al hombre en sus mismas fuerzas. Si en el siglo décimotercio el poeta de los sepulcros y de los abismos, y de los infiernos, que llevaba la tempestad de su siglo en el cerebro, la desesperacion de su patria en el pecho, se postró ante Virgilio y le llamó guia y maestro, é hizo de él como un redentor del arte y de la ciencia; si en el siglo decimosexto, Italia, al salir de los tormentos de la Edad media, se apasionó por los dioses paganos con tanto delirio que los alzaba hasta en los altares católicos; si hoy mismo reinan todavía en el arte, ceñidas las sienes en la luz inmortal del Hybla y del Hymeto, los

antiguos dioses, y todavía los poetas, en cuyo corazón hay siempre una cuerda pagana que resonará eternamente en la historia, creen oír el cántico inmortal del castálio coro; no es mucho, señores, que pelearan por sostener aquella idea los que habían visto los triunfos del paganismo, y asistido á sus misterios, y celebrado sus deslumbradoras teorías, y creían oír el cántico de sus dioses difundido por la naturaleza, y unían en su mente á la suerte del antiguo culto la paz del universo (Aplausos.)

Muchas veces he dicho que la historia de los hechos es al mismo tiempo la historia de las ideas. Muchas veces he dicho que no se puede probar en ninguna ciencia la fuerza real de las ideas como en la historia. La idea que nace aislada en la mente de un pensador solitario, se encarna en instituciones, y trasforma con trasformacion maravillosa la realidad, la naturaleza. La idea es el límite en que se encuentran el pensamiento y el sér. La idea es el elemento primero del pensar. Siendo el elemento primero del pensar, es también para nuestra inteligencia el elemento primero del sér, porque sin la idea no existirían para nosotros, para nuestra mente los objetos. La sensación misma, el primer borrador del conocimiento, no existe hasta que no es pensada, no existe hasta que no es idea. Así, toda idea que toma formas en la realidad, es objetiva. Y la idea ale-

jandrina, aquella idea que nos parecia tan vaga, despues de haber tenido grande influjo en la ciencia cristiana, y sobre todo en la solucion del problema de la Trinidad, se encarna, se objetiva en Juliano. Cuando las ideas llegan á tocar en la realidad de esta suerte, es porque han pasado antes por una grande elaboracion metafísica. La idea alejandrina, pues, debia en su desarrollo dialéctico llegar á la realidad. En Plotino fué una filosofía, en Porfirio una religion, en Máximo una theurgia mágica, en Juliano debia ser una política. Todas las ideas que parece que se pierden y se disipan en los aires, tarde ó temprano se organizan fuertemente en instituciones y tocan en la realidad de la vida. La filosofía universal de los griegos se condensó en la frente de Alejandro; el espiritualismo moral de los estóicos en la frente de Marco Aurelio; la idea alejandrina en la frente de Juliano. Esta idea aspiraba á conservar los símbolos paganos, pero á renovar su espíritu, á elevar un Dios espiritual, y á unir todos los pueblos, á pesar de la diversidad de cultos, en la idea de ese Dios que se levantaria sobre los pueblos como el sol sobre el universo. En contraposicion del Cristianismo esta doctrina ha sido denominada helenismo. Es el paganismo que se trasforma, que se levanta á recibir el nuevo aire vital, la nueva luz del cielo. Y el defensor del helenismo, su Constantino, es Juliano. Nacido en Grecia, dis-

cípulo de las escuelas cristianas, tenia más que ningun otro la indecision propia de su tiempo, y tomó del paganismo la forma, y del Cristianismo la idea. Platónico en religion, de estóico carácter, pagano por puro amor romántico á las artes, cabalista por abrazar en su mente todas las ideas, sacerdote místico, apóstol por aquel afan de transformar las conciencias propio de su siglo, déspota en su conducta como todos los que se sientan en el trono del Imperio, republicano en sus ideas á la manera de los Antoninos y demás emperadores estóicos, devoto, mago iniciado en los misterios helénicos, bien puede decirse que es aquel uno de los hombres más extraordinarios de la historia, pues habiendo vivido treinta años, y reinado diez y ocho meses, deja huellas indelebles en la vida como última imágen del genio del helenismo que cruza por el mundo. (Aplausos.)

Educado primero en los tres grados de las escuelas cristianas, en la purificacion, en la iluminacion y en la perfeccion, y en los tres grados de las escuelas neo-pitagóricas, en el silencio, en el ayuno y en el éxtasis; habiendo oido las salmodias de los sacerdotes cristianos acompañadas por el órgano de las basílicas y los himnos de los corribantes griegos acompañados por las antiguas lirás homéricas; habiendo conversado con el retórico Libanio y el gran orador San Basilio, su alma pudo estar indecisa algunos momentos, pero

cuando vió el Imperio enflaquecido, las artes olvidadas, la virtud militar romana muerta, el bárbaro en toda su audacia, despobladas las ciudades, poblados los desiertos, atribuyó todos estos males á la muerte del paganismo, á la ausencia de la antigua idea, y levantó los rotos altares, y recompuso los ídolos, y reedificó los templos, y continuó los interrumpidos sacrificios, y sintió amor inmenso por los vencidos dioses, culto ferviente por la hermosa Atenas, odio implacable contra aquellos bárbaros cristianos que habian sustituido los sensuales sacrificios con ceremonias austeras, las divinidades vivas con una divinidad muerta en un patíbulo deshonoroso para los mismos esclavos, el antiguo valor con la humildad, y todo su empeño fué exaltar y espiritualizar el paganismo; empeño vano, porque los templos estaban desiertos, las encinas de Dodona abandonadas de las antiguas sacerdotisas, que no iban á segar bajo sus ramas la verbena sagrada al salir la luna llena del fondo de los mares, la pitonisa muda, la isla de Delos cubierta de ruinas y solitaria, el bosque de Delfos sin un ruiseñor en el follaje, sin una lira suspendida de las ramas que vibrase al dulce beso de las auras; testimonios que prueban que todas las reacciones, aun las dirigidas por el genio, son impotentes, y que todos los reaccionarios, aun aquellos que se llaman Juliano, Felipe II, Napoleón, los hombres más grandes de la historia,

nada alcanzan contra la idea de su siglo: que aún no ha nacido el Hércules capaz de detener el torrente de las grandes ideas que Dios impulsa con su poderoso aliento á lo infinito. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

No queria Juliano de ninguna suerte sostener el paganismo tal como era en los primitivos tiempos; queria realizar la unidad del espíritu, la unidad de la vida, la unidad de la historia bajo la unidad de Dios; convertir esta unidad fecunda, no en provecho de los dioses judíos, sino de los dioses de Grecia; alzar en las alturas de nuestra mente, allá en la cúspide de nuestra inteligencia, la unidad divina, y en escalas inferiores toda la rica infinita variedad de los dioses paganos, que podian volar por esa unidad primitiva y suprema como vuelan las mariposas por el cielo; sostener las eternas inspiraciones artísticas del paganismo que habian idealizado la forma humana; espiritualizar el culto, los sacrificios; establecer gerarquías de sacerdotes á la manera católica; fundar conventos donde pudiesen los místicos entregarse á la adoracion del espíritu sin renegar de los dioses; llenar el abismo del deseo humano, ansioso de lo infinito, con las teorías de la magia y de la theurgia; poner sobre los altares los mismos dogmas cristianos, pero encerrados en los símbolos del paganismo el Dios que muere, el Dios que resucita, el Dios que se pierde en los cielos; buscar

la gloriosa estirpe de las más puras ideas cristianas, en las creencias, en los ritos, en los templos antiguos; idealizar el carácter de la mujer creando una madre de los dioses, virginal y pura, que la obligase á ser casta; poblar los aires, los astros, los espacios de ángeles, de arcángeles, vestidos del azul de los cielos, coronados de luz, para que defendiesen sus divinidades; obligar á todos los pueblos á entrar en la religion de la unidad de Dios, de la unidad del espíritu, sin forzarles á renunciar á los dioses de sus padres; divinizar el paganismo, bautizarlo, hacerlo católico, para que los instintos morales y los instintos artísticos de la humanidad se hermanaran, se confundieran en una creencia bastante poderosa á enlazar toda la historia, á unir toda la vida, á llenar todo el espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Así, considerad su teología, y vereis que en el fondo es cristiana, en las formas alejandrina, en las tendencias pagana. El Uno, lo perfecto, está en la cima del universo. El Verbo, el logos, es la idea y la palabra de Dios. El Espíritu, es la vida que se dilata por el tiempo y el espacio. Júpiter es la unidad en el espacio, la proporcion, la armonía. Saturno es la unidad en el tiempo. Júpiter tiene la misma primacía en el espíritu, es el número de la justicia y de la hermosura, las dos armonías espirituales. Saturno, que preside la gran sinfonía astronómica, y dirige la música de los or-

bes, tambien es el dios de la felicidad, de la inocencia, del corazon puro y embalsamado de ideales amores. El gran redentor es el logos, hijo de la madre de todos los dioses, engendrado por el espíritu divino. Los dioses del cielo se oponen á su nacimiento porque va á convertir en un cielo la tierra; pero los dioses de la tierra lo llaman, y las ninfas oceánicas y las náyades abren sus alas de mariposas y vuelan cantando por los aires á referir á todos los seres la nueva de que llega su redentor envuelto en el cendal del ether, coronado del sol, dispuesto á desposar con un anillo nupcial de estrellas los cielos con la tierra. El redentor no ama los cielos, de que es hijo, sino la tierra, y lanzándose del seno de su madre divina, padece, muere por nosotros; pero eleva á Dios todas las cosas, redime desde la luz hasta el polvo, y todo lo idealiza, y todo lo enciende y lo enrojece en el seno del Eterno, que se goza con amor purísimo en la contemplacion del universo redimido y esplendente. Como veis, señores, todo el empeño de Juliano era restaurar el paganismo idealizándolo. ¡Inútil empeño! Juliano mismo nos cuenta su amargura, sus tristes desengaños. Estaba el emperador en Antioquía. La ciudad era helénica, es decir, partidaria de las ideas de Juliano, del paganismo espiritualista. Debian celebrarse allí las fiestas de Apolo, el dios de la música, el dios que comparte con Júpiter el reino de las armo-

nías; Apolo, celestial modelo del universo, La ciudad entera debia reunirse en el templo de Dafne á celebrar esta fiesta, que era como una promesa de la inmortalidad y de la gloria del paganismo. Juliano iba con el corazon exaltado de amor, la mente de ideas, la memoria de recuerdos, y hasta los labios involuntariamente movidos por una plegaria religiosa, por un himno de los antiguos poetas. Creia en el camino ver el fuego en el ara, las víctimas coronadas de flores, el vino sagrado en las copas de oro, las vírgenes vestidas de blanco en señal de pureza, semejantes á las antiguas estátuas de los divinos escultores de Grecia. ¡Hermoso sueño, engañosa ilusion! Cuando llega al templo no encuentra ni una sóla melodía en los aires, ni cenizas en el ara, ni un grano de incienso en la trípode, ni una flor para el Dios que viste de flores con su fecundante calor el universo. Quédase pasmado, y cree que los preparativos para la fiesta están en el jardin, que el pueblo, esperándole en el bosque, no se atreve á entrar en el templo, hasta que entre Juliano, el Pontífice máximo. Entonces se encuentra al gran sacerdote del templo, y le pregunta qué ofrendas apercibe Antioquia para celebrar la fiesta de su Dios. «Ninguna, dice el sacerdote, sólo yo traigo esta miserable ave.» Juliano llora, ¡lágrima encendida de amor que cae sobre el paganismo sin devolverle la vida como las lágrimas del huérfano que llora sobre el

cadáver de su padre! Juliano se acordó de Dios, pero se olvidó de la libertad. Juliano cometió el error de todos los poderosos, el error de creer que bastaba la fuerza del Estado para sostener una religion, cuando las religiones sólo se sostienen y viven por la fé de los espíritus. (Repetidos aplausos.)

¡Cuán poco pueden los hombres, aun los más grandes y de mayores méritos, cuando se dan á una causa que es rémora al progreso! Comparad á Constantino con Juliano, y vereis cuán diferentes son sus méritos personales, y cuán diversa ha sido, sin embargo, su gloria! Los dos emperadores, pero los dos desiguales en méritos; Constantino gran general, pero mayor general Juliano; Constantino ha vencido á sus competidores, Juliano á los bárbaros; Constantino ha perdido el Imperio gobernándolo con sus cortesanos y sus favoritos, Juliano lo ha restaurado con el antiguo espíritu; Constantino ha cometido grandes crímenes, Juliano ni siquiera se ha manchado con una gota de sangre; Constantino ha sido infiel á la mujer que eligiera por esposa, Juliano ha respetado el hogar como un santuario; Constantino á duras penas comprende la idea que representa y no alcanza cosa de discusiones teológicas, Juliano es artista, poeta, filósofo, historiador, orador, uniendo en alguno de sus escritos, á la fluidez de Demóstocles, la ironía de Luciano; y sin embargo, el nom-

bre de Constantino pasa á la posteridad resplandeciente de gloria, y el nombre de Juliano ennegrecido por terribles maldiciones, porque Constantino alienta la sociedad que nace, y Juliano sostiene la sociedad que muere; aquella sociedad, despojada de su ideal, mantenedora del materialismo religioso, de las castas, de la esclavitud, opuesta á la nueva sociedad, cuya idea cumple el gran destino de combatir el fatalismo con la libertad, la casta con la igualdad religiosa, los privilegios con la union de todos los hombres en Dios; principios que habrán tardado diez y nueve siglos en bajar de la esfera religiosa á la esfera social, pero que hoy, en este momento, trasforman el mundo entero, crean nuevas sociedades, y hacen más libres, más cristianos, más felices á los pueblos. (Aplausos.)

Y no se crea, señores, que yo soy tan preocupado que desconozco cuánto habia de digno, de grande, en la muerte del paganismo. Confieso que no he visto ninguna idea que haya muerto con más grandeza en la historia. En esta última edad renuncia á las persecuciones, y apela, para sostenerse, al filtro de la ciencia. Su empeño es dificultosísimo, pero por lo mismo grandioso. Quiere unir los dioses de nuestra raza, eterno númen de las artes, al movimiento religioso del Cristianismo; quiere conservarnos todo lo que habia embellecido la vida humana. Hay en este romanticismo

encantos tales, que atraerán siempre todos los corazones y los cautivarán. Esos hombres que se oponen á las ideas providenciales y luchan con ellas, nos admiran, porque nos parecen gladiadores en lucha con Dios, titanes gloriosos escalando el firmamento para quebrantar el cetro omnipotente que dirige toda la historia. Hay en su empeño algo de esa grandeza apocalíptica que todas las religiones han puesto en el genio del mal. Levantarse contra todo un siglo, luchar con la corriente de las ideas, oponer la negacion humana, el espíritu divino encerrado en todo progreso, no desfallecer en esta pelea por un cadáver, multiplicarse para sostener ideales que la humanidad abandona, es un error, pero un error grandioso, titánico, que tiñe al que lo abraza de una luz sangrienta, parecida al último crepúsculo de un día de la vida universal y al último destello de una estrella que se apaga. (Aplausos.)

Nos inspiran estos grandes reaccionarios un respeto, un terror parecido al que nos inspira el héroe de la tragedia griega, el eterno Edipo, luchando y reluchando ciego con el destino, y sosteniendo en su cerebro con formidable fuerza todo el peso de las ruinas de un mundo. (Aplausos.) Y entre estos reaccionarios, ninguno, señores, ninguno tan grande como Themistio, ninguno que comprendiera mejor la única manera posible de defender y amparar el paganismo en su agonía.

Su amor por los vencidos dioses le habia inspirado el ambicioso deseo de crear un ideal, que siendo superior al ideal cristiano, lo eclipsara eternamente. El intento no puede ser más grande; la idea, aunque imposible, es digna de la ambicion de aquel espíritu que quiere oscurecer todo un cielo. Themistio era elocuentísimo. El mismo San Gregorio Nazianceno le llama el rey de la palabra. Era su voz el último eco de la elocuencia clásica; su palabra la última palabra de una civilizacion que habia henchido los aires con las espléndidas oraciones de sus tribunos. El emperador Constancio le hizo senador. En las asambleas se alzaba como esas estatuas que permanecen erguidas entre las ruinas de los templos. Su genio penetrante conoció que no era ya hora de atizar la guerra entre los cultos, sino de predicar la paz en la conciencia humana. Así sostenia que todas las religiones, inclusa la cristiana, honran á Dios y enaltecen á la humanidad. Las diferentes religiones eran á sus ojos maneras varias de ser de esa idea religiosa que aparece una, idéntica siempre á sí misma en el fondo del espíritu humano, como su relacion perenne, eterna con lo infinito. Así á la faz del mundo pagano predicaba la libertad de conciencia. En su oracion pronunciada delante de Joviano, decia que las relaciones entre el espíritu y Dios deben ser libres, porque el hombre obedecerá, cuando de su religion se trate, antes que á

la voz de la ley á la voz de su conciencia; porque la coaccion que puede forzar al cuerpo, oprimirlo, encadenarlo, no llegará hasta el alma, capaz de prestar culto á Dios entre los hierros, en el potro del tormento, en las llamas de las hogueras. Los poderosos del mundo podrán dar leyes á su antojo, pero el alma recobrará sus derechos á ser libre, porque la libertad es la ley de Dios en la vida, y delante de las leyes de Dios pasan como leves sombras las leyes de los hombres. Así aquel gran hombre se alzaba sobre su siglo y sentia en espíritu el aliento creador de una nueva edad. En la defensa del paganismo no se encerraba en verdad dentro de los estrechos límites en que se encierran esos reaccionarios vulgares, que creen posible acabar las ideas con el hierro y el fuego, cuando las ideas son incompresibles y funden el hierro que las hiere, y vuelan sobre las hogueras libres é inmortales. (Aplausos.) Señores, un dia Themistio se encontró en Roma. Los templos resplandecian, el senado estaba reunido, los dioses se alzaban sobre el ara, el concierto de las sinfonías paganas resonaba aún en los aires, y el gran orador saludaba con afan la ciudad de Rómulo, el ara de Numa, la tierra de los héroes, el refugio de los dioses; triste saludo que señalaba el dia postrero de una idea, porque al poco tiempo el senado debia vender la estatua de la Victoria, los sacerdotes arrojar la corona de verbena por la roca Tar-

peya, el Capitolio abrirse á Jesucristo, y caer el mundo antiguo entre las ruedas ensangrentadas del carro de guerra de los bárbaros. (Estrepitosos aplausos.)

Muchos nobles, muchos patricios paganos, aunque no creían en el paganismo, lo sustentaban como la base única del Imperio. Lo que comprendían intuitivamente, era que la igualdad religiosa engendraba la igualdad social, y que la igualdad social aniquilaba la Roma pagana fundada en el privilegio. De aquí provino el neo-paganismo político del siglo iv, hijo del espíritu de patricios poco creyentes en los dioses, pero muy dados á hacerlos cómplices de sus tiranías y de sus privilegios. El gran representante de este neo-paganismo político, es Sinmaco. Comprendiendo el espíritu democrático del Cristianismo, Sinmaco, en cuya conciencia hay algun resplandor del alma de Catón, en cuyos labios algun eco de la palabra de Marco Tulio, quiere sostener la Annona para que todas las naciones sean tributarias de Roma; los ocios del pueblo á cuyos circos arroja sármatas feroces que lo embriagan con el hedor de la sangre; los colegios de los sacerdotes; los misterios de los arúspides; los conventos de las vestales; y cuando Graciano demuele el altar de la Victoria, y Teodosio prohíbe los antiguos cultos, como si el genio del patriciado le inspirara la gran elocuencia, tiene el valor de defender

las ideas que se van, los dioses que salvaron á Roma de Annibal y al Capitolio de los galos; y viendo que nada consigue, que se arruina todo cuanto hubo respetado y querido sobre la faz de la tierra, el Imperio, el Senado, el derecho patricio, se abraza á sus antiguas creencias para morir con ellas entre las ruinas de Roma. (Aplausos.)

Y mientras de esta suerte las patricios defendian con desesperacion la antigua aristocracia, los padres de la Iglesia griega, principalmente los grandes oradores cristianos, destinados á difundir con su elocuencia las nuevas ideas sobre el mundo, defienden el principio de la igualdad natural de todos los hombres. Era una concepcion brahamánica, que se difundió por el Oriente y pasó á Grecia y Roma, la idea de que los ricos son los elegidos de los dioses, son los señalados con la marca de la predileccion divina; idea inicua que combate San Gregorio Nazianceno diciendo en su discurso decimosesto, que todos somos como uno solo en Dios, ricos y pobres, señores y esclavos; y el Crisóstomo exclamando en su explicacion de la Epístola primera de San Pablo á los corinthios, que los pobres son hermanos de los ricos, de su misma carne, de sus mismos huesos, y llevan tambien la imágen divina en el alma; y San Basilio sosteniendo en su homilía contra las riquezas, que nada valdrán al rico sus tesoros si no tiene caridad para el pobre y la humildad de considerarse

su igual; y San Clemente de Alejandría recordando en su capítulo décimocuarto de su Stromata las maldiciones arrojadas por el Evangelio sobre los ricos que se creen superiores á los demás hombres; palabras que debemos repetir hoy en los oídos de esta sociedad materialista, cuyo templo es la bolsa, cuyo altar es la banca, cuyo criterio unico es el oro, para recordarle que cuando los pueblos se olvidan del espíritu, de la conciencia, de las ideas, se desmoralizan, se gangrenan, y para curar esa desmoralización y atajar esa gangrena, aplica Dios el más terrible, pero el más seguro de todos los cauterios, el cauterio de las revoluciones. (Estrepitosos aplausos.)

Y no solamente creaban esta poderosa idea de igualdad, sino que contrastaban también con la fuerza de su palabra el desenfrenado despotismo de los Césares. La Iglesia solo tenía virtud para obligarles á bajar la frente y doblar la rodilla ante un poder moral superior á su poder terreno. La libertad de las sociedades antiguas era incompleta porque le faltaba base en la igualdad, la vida y el ardor de la caridad; y así todas las luchas entre patricios y plebeyos, tanto en Roma como en Grecia, habían ido á dar en el predominio de la fuerza, en la apoteosis y endiosamiento de un hombre, que no tenía ni siquiera el límite de una autoridad superior á la suya, porque hasta la conciencia se hallaba rendida á su dominio. Pero en este

instante solemne de la historia, en que la autoridad religiosa se aparta de la autoridad política, en que la autocracia se rompe para siempre, la sombra del tribunado se alza de nuevo en los padres de la Iglesia; la protesta única contra la tiranía, es la palabra de los sacerdotes, herederos del ministerio de los defensores de las ciudades, ministerio borrado por el despotismo oriental; y en cumplimiento de este destino, Flaviáno alcanza de un emperador que perdone á Antioquía, cuya destruccion habia decretado porque rompiera sus efigies; y Macedonio, monje de Thebaida, dice á un César que no tiene derecho á pasar á cuchillo á los hombres, porque no puede quitarles la vida que no les ha dado, la vida, don de Dios; y Atanasio proclama delante de toda la córte de Constantinopla que Constancio no debe obligar á los hombres á que adoren la religion arriana, porque se ha concluido, merced al Cristianismo, el dominio de los Césares sobre la conciencia; y cuando Theodosio, entregándose á esas crueldades tan frecuentes en los que padecen de los vértigos causados por el poder absoluto, quema á Tesalónica, y degüella á sus infelices habitantes, Ambrosio de Milan le cierra el paso á la Iglesia, le dice que no puede penetrar en el templo sin profanarlo un tirano manchado de sangre; ejemplos todos que muestran que ha concluido la autocracia, el poder más bárbaro del mundo, el que más ha manchado

la historia y más ha envilecido nuestra noble naturaleza. (Aplausos.)

Roma pagana, que representa la autocracia antigua, debia caer así que le faltó su idea. Sinmaco no se engañaba. La idea es para las instituciones como el espíritu para nuestro cuerpo. La idea de la antigua civilizacion huia, y el cuerpo de esa civilizacion se desplomaba en el polvo. Se necesitaba, pues, en tan suprema crisis, un poder moral que salvase la civilizacion, y que el caos de todos los antiguos elementos representara la unidad espiritual y divina de la historia. Este gran poder moral era el Pontificado. ¡Qué ejemplo tan grande el de las relaciones del sacerdocio con los bárbaros para disuadir á los que creen que el Pontífice no puede ejercer su autoridad religiosa sin conservar su autoridad temporal y terrena! En aquellos dias de luto y sangre, en que San Jerónimo decia que el mundo se desquiciaba; cuando se cumplian las terribles amenazas del Apocalipsis y los ángeles exterminadores con sus largas espadas aventaban á los cuatro puntos del horizonte las cenizas de Roma; cuando los templos antiguos caian y en el rostro de los ídolos tegia la araña su tela, y los buhos anidaban en los altares encharcados en sangre; cuando del Rhin, del Danubio venian, como olas amargas de la cólera celeste, unos sobre otros los bárbaros, todos ambrientos y crueles, San Leon, que no era rey, hace retroceder á los

hunos, ébrios con la sangre de mil pueblos; San gregorio Magno, que no era rey, desarma á los lombardos, obligándoles á temblar delante de un sacerdote, á ellos que no habian temblado al arrancar sus garras al águila romana (Aplausos); Epifanio, que no era rey, obliga á los vándalos, que se gozaban en ver rodar á sus piés las ruinas de las ciudades entre el humo de los incendios, á perdonar á Roma; Severiano, que no era rey, salva la civilizacion de la crueldad de los ostrogodos, cuyas huellas impresas desde el Báltico hasta el Rhin eran huellas de sangre; porque todos aquellos fundadores ilustres del sacerdocio sabian que su fuerza no estaba en los escudos, ni en las lanzas, ni en los dominios temporales y terrenos, sino en la fé, en la caridad, en las grandes ideas morales, en cuya virtud trasformaron la conciencia y salvaron la civilizacion, venciendo la ferocidad de los bárbaros. (Aplausos.)

El poder moral de la Iglesia era tan grande porque el dogma acababa de llegar á su unidad perfecta. Esta unidad habia sido explicada por la ciencia. El hombre que representa la universalidad del dogma es San Agustin, que remata los primeros siglos del Cristianismo. Señores, leyendo las Confesiones del gran sacerdote, uno de mis libros predilectos, uno de esos libros que han dejado huellas hondísimas en mi alma, siempre me he parado en el capítulo segundo y tercero del libro

sexto, y en el capítulo décimo y undécimo del libro noveno en que San Agustín habla de su madre. Pocas veces, señores, se vé tan clara la influencia del corazón de la mujer sobre el espíritu del hombre. Bien es verdad que aquella mujer es una madre. (Sensación.) Considerad, señores, conmigo, recogiendo vuestro espíritu sobre el recuerdo de todo lo que hayais querido y respetado en el mundo, considerad cuánta ciencia guarda el corazón de una madre para educar á sus hijos; ciencia no aprendida, que es la revelación santísima del amor, la revelación de Dios en la naturaleza humana. (Aplausos.) La mujer desde el momento en que es madre tiene todas las ciencias juntas en su alma; sabe higiene y cura á su hijo; arte, y lo hermosea; sabe entonar canciones tan espontáneas como el gorgceo de las aves en los bosques, esas canciones que ningun músico puede repetir, y que desde la cuna despiertan la idea de lo infinito en el alma; sabe narrar esos cuentos maravillosos que no se olvidan en toda la vida, primeros gérmenes de los principios morales, que nos han de preservar de los contagios del mal; sabe hablar de Dios con la elocuencia incomparable que á torrentes brota del corazón; sabe dónde se ocultan las espinas, dónde el abismo de los grandes peligros, porque nada hay escondido á su amor, que adivina en la frente, en la mirada de su hijo el dolor y la enfermedad que le amenazan;

y pone en el corazón todas las cuerdas que han de resonar dulce y armoniosamente y han de ser nuestro consuelo en las tempestades de las pasiones; y restaña con el bálsamo de sus lágrimas todas las heridas del corazón; y nos deja en su vida eterno ejemplo de santidad y de pureza, y en su muerte eternas esperanzas religiosas; pues siempre que una gran idea se eleva en la mente, siempre que resuena en el corazón algún sentimiento generoso, siempre que la compasión por el infortunio y la caridad y el amor verdadero nos abrazan el alma, si subimos con el pensamiento á buscar su fuente misteriosa, su origen, encontraremos la eterna luz de la fantasía, la estrella que guió nuestros primeros pasos, el ángel custodio que cubrió con sus alas nuestra cuna, el amor, sí, el amor sublime de una madre. (Repetidos y prolongados aplausos que interrumpen al orador algunos instantes.)

Señores, combatido por tantos recuerdos como se despiertan en mi memoria, conturbado por las muestras que me dais de que sentís lo mismo que yo siento, no acierto á continuar, rotó el hilo del discurso. Hablaba de la madre de San Agustín. Perdonadme, señores, si apenas puedo coordinar mis ideas, porque la emoción me ahoga. El sagrado amor de una madre condujo al pagano, al gnóstico, al jóven maniqueo, al que llevaba vida epicúrea en Roma y en Milan, al seno del Cris-

tianismo. San Agustín ha de ser objeto único de una de mis lecciones en el próximo venidero curso, y entonces le estudiaré bajo todas sus fases. Hoy solo indicaré que aquel gran padre de la Iglesia que recoge toda la ciencia de su tiempo, que la formula en libros admirables, que vence á los maniqueos, que salva á la Iglesia del más grande y terrible de sus peligros, del pelagianismo, también ocasionado á quitarle toda su fuerza moral, es la síntesis de la ciencia de su tiempo, es el espíritu que ve morir el paganismo y lleva ya la corona del tempestuoso genio de la Edad media. Yo he seguido hasta el fin el propósito de estudiar los dogmas antes que en su pura idea religiosa en sus conclusiones sociales, en su trascendencia á la civilización. San Agustín en la genealogía de sus ideas se une, se enlaza, con Platón, es de tan gloriosa estirpe. La escuela neo-católica en su odio á la filosofía antigua ha pretendido negar esta verdad evidente. Pero en las escuelas verdaderamente católicas era ya un axioma el creer á San Agustín de la familia platónica. *Quidquid á Platone dicitur vivit in Augustino.* San Agustín es grande en sí, pero más grande aun cuando se le considera á la luz de su siglo. Su doctrina es la doctrina que necesitaba la Edad media, la doctrina que obliga á la humanidad á bajar la frente en presencia de Dios, la doctrina que ahoga el egoísmo de los bárbaros, la doctrina que doma la sal-

vaje individualidad germánica, la doctrina que tiñe con una esperanza celeste el caos donde batallan todas las ideas. La ciencia cristiana que tanto ha debido á la filosofía antigua, en este momento se aparta de las antiguas escuelas. San Agustín funda la psicología verdaderamente cristiana al decirnos que el fin del alma es unirse con Dios. Como todos los grandes atletas del pensamiento, vive gozoso en medio de las luchas, respira con placer entre las nubes de la tempestad. Dos grandes negaciones, dos tremendas herejías se levantaban en el camino de la Iglesia en este momento. El genio de Oriente y el genio de Occidente renegaban del Cristianismo. El genio de Oriente, místico por excelencia, renegaba de la libertad y del hombre. El genio de Occidente, positivo y humano, renegaba de Dios. El genio de Oriente sacrificaba la libertad en aras de Dios; el genio de Occidente sacrificaba á Dios en aras de la libertad. Dios sin el hombre es una idea sin palabra, un sol sin reflejos. El hombre sin Dios es un fantasma, una sombra que se dibuja en el universo para disiparse en lo vacío. La idea oriental es el maniqueísmo, la idea occidental es el pelagianismo. Maniqueo ha nacido en Asia, en la region del panteísmo y de la esclavitud; y Pelagio ha nacido en Inglaterra, en la region del individualismo y de la libertad. El problema que atormenta á Manés, al filósofo persa, es el problema

del origen del mal, terrible, pavoroso enigma. ¿Dios no es bueno? Pues si Dios es bueno, si no puede dejar de ser bueno sin dejar de ser Dios ¿cómo existe el mal en el mundo? Cada día tiene su dolor, cada hora su pena; en el cielo hay tempestades, rayos; en el mar abismos, tormentas; en las flores espinas; en el campo víboras, serpientes; en la vida enfermedades; en la gloria desengaño; en el amor desencanto y olvido; y al pié del universo que vive y brilla y produce eternamente nuevos seres, abre sus negras fáuces la muerte. Y no se diga que el mal es un castigo de los delitos humanos, dice Manés. El hombre antes de pecar ya padece el mal. ¿Qué delito ha cometido el pobre niño que viene á la vida con toda la ignorancia propia de la inocencia? Y apenas nace, ya padece. Y su primer expresion es el llanto como si ya sintiera cuán funesto don es la vida, y anhelara por sepultarse de nuevo en el vientre de su madre. Ningun delito ha cometido el ciego de nacimiento para que se le prive de ver la luz y los colores, y se le encierre en eterna noche, y sea á sus vacíos ojos el universo como una inmensa tumba. Las enfermedades orgánicas, los instintos inevitables, no pueden ser castigos, sino desgracias. ¿Y á quién atribuir estas desgracias? ¿A Dios? Entonces Dios seria injusto. ¿A la libertad? Pero la libertad no tiene parte en ciertos males. ¿Hareis responsable al impotente de no sentir amor, de no

tener posteridad? ¿Hareis responsable al hombre de la enfermedad que trajo consigo á la cuna? Luego es necesario, segun Manés, reconocer, como los antiguos persas, un genio que levanta la pena junto á la alegría, y vuela en pos de la luz con negro sudario de tinieblas, y pone con sarcástica risa la amargura de la hiel en el fondo de todos los placeres, y encierra un espantoso infierno en el abismo de los humanos deseos, y se burla de nuestras ambiciones, de nuestras esperanzas, convirtiéndolas en el polvo que llena las tumbas; inmensa araña que mancha los cielos de la vida y los cubre con la tela de la muerte en que caen los mundos y los hombres, todos los seres del universo. En el alma, segun Manés, luchan como en el universo Dios y el mal, la luz y las tinieblas. San Agustín combate este sistema, diciendo que el mal no tiene ese poder absoluto proclamado por Manés, puesto que contribuye tambien á la armonía del universo; que el libre arbitrio no sería posible sin el mal, pues el hombre no tendría mérito sino desmereciese tambien segun su voluntad y sus obras; que el mal no se puede atribuir á Dios sino á los seres limitados y contingentes; que los defectos, las desgracias físicas, las fatalidades orgánicas, con las cuales se pretende argüir de inícuo al Dios de la justicia, se explican en el pecado original, por aquella primera caída, en la cual todos caimos; que es evidente la unidad del

género humano contenida con toda su virtualidad en Adán, cuya fué la voluntad de renunciar por sí y por todos sus hijos á la inocencia del paraíso. Estas eran las doctrinas de San Agustín.

Pero su más grande combate fué el combate con Pelagio, con el espíritu de Occidente, terrible, amenazador. Pelagio es un monje. El aislamiento y la soledad le inspiraron ese amor, ese delirio por las ideas, propio de los solitarios que suelen concentrar en una idea todos los amores del alma. San Jerónimo nos lo pinta valeroso, atrevido, incansable, grande como el emperador Maximino, especie de gigantesco bárbaro venido de las oscuras selvas á escalar la luminosa ciudad del espíritu, la Roma de Cristo. Su larga estancia en Oriente le inspiró el deseo del combate, el afán del proselitismo. Fué tartamudo, y sin embargo, cuando su corazón se encendía, la palabra estallaba de su pecho tan sonora y majestuosa como el trueno de las nubes. Hijo del positivo Occidente, su doctrina era positiva; bárbaro, su idea era como su carácter, el aislamiento del hombre en la libertad. El individualismo de su raza se había convertido para Pelagio de carácter en doctrina, en religión. Según su idea, en la voluntad está la energía de la vida, y de la voluntad únicamente pende el destino humano. Su vida es la obra de su voluntad. Con la libertad tiene un cincel mediante el cual desbasta el frío mármol de su

sér y le dá todas las formas, y lo enciende con todas las ideas. Dios nos donó la conciencia y la voluntad, para conocer con aquella, para obrar con esta el bien ó el mal, y nos dejó luego abandonados á nuestro destino, obra de nuestras manos. La exaltacion pues de la voluntad y de la conciencia es la idea de Pelagio. El dogma cristiano de que Dios obra por la gracia en la voluntad y en la vida queda eclipsado. Todo lo universal perecia á los golpes de aquella lógica. La humanidad se encontraba huérfana, abandonada de Dios, perdida en el mundo, azotada por la tormenta, y sin confiar ni en el auxilio del cielo, como el náufrago que abrazado á una tabla y falto de fuerzas, viera el abismo del mar tragándosele y el cielo vacío. Siempre la idea de Dios es necesaria á la vida, pero mucho más en aquellos momentos en que las legiones de los bárbaros venian por los cuatro puntos del horizonte como inmensas trombas, y agonizaba Roma. Si se perdía la eficacia religiosa del Cristianismo se perdía la civilizacion. Si el bárbaro no encontraba en su camino una idea universal y divina que le educara, se acababa la sociedad, caian sobre el Capitolio las arenas de los desiertos, y se apagaba la última luz de la vida. San Agustin se levantó á conservar la eficacia religiosa del Cristianismo, á salvar en aquél naufragio la idea de Dios para que la recibieran en su alma los bárbaros. San Agustin dice que la

conciencia y la voluntad están quebrantadas y enfermas, y que el hombre por sí sólo no puede hacer sino perderse, como piedra arrojada á los abismos. Todos hemos errado en Adan, todos en Adan hemos pecado, todos en Adan hemos caido. La naturaleza humana se enfermó en aquel punto con terrible enfermedad, y enferma continúa en nosotros, enferma de duda y de error la inteligencia, enfermo de dolor y de pecado el corazon; enfermedad tan grande y corrosiva que trasciende el universo, y pone en él tinieblas como nuestros errores, ponzoña como nuestros pecados. La pérdida universal é irremediable de todo el género humano, la privacion de Dios, la eterna pena, el eterno tormento, las llamas sin fin, las lágrimas sin consuelo, los dolores sin remedio, serian justísimos castigos, porque todos en uno hemos faltado, y al faltar hemos traído el mal y el pecado que afean la vida, como el ángel rebelde cuando apartó los ojos de Dios y los puso en su propia hermosura, adorando como Dios lo que era sólo de Dios lejano resplandor, que sintió la amarga lágrima del mal en su mejilla, y el fuego del infierno abrasando las alas con que habia cruzado el éther de la gloria. Quitad el pecado del alma, y habreis quitado el mal del mundo. Quitad el pecado del alma, y todo lo que én el alma queda proviene de Dios. El pecado es tan profundo, y ha tanto ahondado en la mísera naturaleza humana, que sólo

Dios puede curarlo. Por eso nuestra caída ha traído consigo la redención, el sacrificio de Cristo. Lo que Cristo no ha tocado con su sangre y no ha redimido con su muerte, se perderá irremisiblemente como virus de corrupción; porque lo que Cristo no ha tocado con su sangre, tocado está por el mal; lo que no ha redimido Cristo con su muerte, muerto está para siempre. Toda la antigüedad con sus poetas, sus filósofos, sus sacerdotes, sus legisladores; Tiro la rica, Alejandría la sabia, Atenas la libre, Corinto la artística, Roma la inmensa, toda la antigüedad, perdida está en las tinieblas, encerrada en los sepulcros. ¡Infeliz! Sin la luz del cielo, sin el aliento creador de Dios, sus glorias son vanas sombras perdidas en los vientos. Los niños no bautizados, los pobres niños que no han podido sentir ni el error, ni la duda, ni el pecado en sus almas todavía encerradas en la flor de la inocencia, los niños que mueren sin haber conocido el mal, no serán castigados con aquel fuego de los réprobos, pero tampoco iluminados con aquella suave luz de los escogidos. El pecado original está en todos nosotros; mezclado como virus corrosivo con nuestra sangre, solicitándonos al mal con los ardores de la voluptuosidad difundidos por nuestra carne, oscureciendo con toques de sombra la claridad de nuestra inteligencia. Y este pecado, que es la duda, el mal, la concupiscencia, la muerte, no puede ser curado sino por aquel bálsamo

cuyas gotas podrian poblar de mundos la estéril nada, por la sangre de Cristo. Sin la redencion, toda nuestra vida seria muerte; sin la gracia, todas nuestras acciones pecados, todas nuestras ideas errores. En la union del alma con Dios está la vida. Dios toca el corazon y lo limpia como vaso de bendicion para su templo; derrama su aliento en la inteligencia y enciende una luz tan viva que en su presencia el sol se ofusca como las estrellas en el sol. Todo lo que es, por Dios es; todo lo que se mueve, de Dios recibe el movimiento; todo lo que vive por Dios, vive, y todo lo que muere en Dios se muere. Sin Dios todo seria nada. El que pone el mundo y el alma fuera de Dios, limita á Dios. El que limita á Dios, niega á Dios, porque en el límite está el escollo donde tropiezan con el mal todas las criaturas. Por estas ideas el gran sacerdote del siglo cuarto llevaba una doctrina severa, enérgica, de virtud poderosa, de fuerza eficaz al seno del bárbaro, solo domable por la voluntad de Dios. Rotas todas las barreras y acabadas todas las resistencias, solo podia ser vencido el hijo del desierto por la fuerza misma de Dios. El dogma de la solidaridad del delito adámico y de la eficacia de la gracia era el gran dogma de educacion social en el siglo cuarto. La prematura rebelion pelagiana no hubiera hecho más que extender sus ideas germánicas hasta la cima del Capitolio y desligar al hombre del hombre, y á todos los hom

brés de Dios, cuando se necesitaba un lazo social entre los hombres y una confianza ilimitada en Dios. Así, en aquel momento supremo de la historia, en aquella última noche del antiguo mundo, cuando á la oscuridad de las grandes tinieblas caídas sobre la vida, salían como aves nocturnas y carniceras los bárbaros á revolotear sobre los cadáveres que flotaban en los mares de sangre, los bárbaros, rudos, incultos, salvajes, adoradores de dioses antropófagos, desligados de todo lazo social, cuyo mundo era su carro de guerra, cuya nación era su pequeña tribu errante y desasosegada, los bárbaros que hubieran reducido la civilización á nube de polvo deshecha por el huracán si estas ideas no lo educaran para la sociedad, obligándole á bajar su frente ante Dios uno, y á llâmar hermanos á los hombres, unos con él en dolores, en desgracias y en esperanzas de redención y de eterna vida. (Aplausos.) Hé aquí pues, señores, cómo San Agustín es el gran doctor que acomoda el dogma á las necesidades más perentorias de la Edad media, del nuevo mundo que va á surgir, como un Apocalipsis grandioso, de las ruinas del Imperio romano destruido por los bárbaros. (Vivos y prolongados aplausos.)

Señores: hemos concluido en el presente año nuestra dificultosísima tarea. No resumiré cuanto he dicho, porque al volver la vista atrás me fatiga el largo, el penoso camino recorrido con tantos

y tan varios trabajos. Tampoco indicaré todas las consecuencias que de mi larga enseñanza se desprenden, porque lo dejo para el día en que termine toda esta obra y ponga la última piedra en todo este edificio. Pero en verdad os digo que hoy como en el siglo IV estamos necesitados de la idea de Dios, y de fé viva y racional de Dios, luz de todo espíritu, atmósfera de toda la vida. Las grandes revoluciones sociales se animan en una idea metafísica que en su esencia es una idea religiosa. Se oscurecerá, desfallecerá, porque el hombre puede en su libertad hasta renegar de sí mismo, pero la idea religiosa será siempre en la historia como la vida en el universo, como la conciencia en el alma. El hombre sentirá y conocerá un sér perfecto, absoluto, sobre-natural y sobre-espiritual, causa de todo sér, principio de toda vida. Y tenderá eternamente con esa sed de la razón que nunca se apaga, con esa ambición infinita de los amores y de los deseos espirituales que nunca se llena, á unir su sér contingente y limitado con el sér absoluto y perfecto. Y esta tendencia de la naturaleza humana será fundamento de la religión de ese lazo espiritual y divino, que nos hará en nuestra misma limitada vida partícipes hasta cierto punto de la esencia divina y de sus perfecciones. Esta necesidad vivísima del espíritu que se eleva de los amores de un día al amor perenne; de la pálida hermosura, semejante al rayo de sol

entre nieblas, á la eterna hermosura; del bien limitado circuido de males, como la flor de espinas, al bien supremo; de la verdad fraccionada y rota, á la verdad esencial y absoluta; de la vida fugaz, como el sueño, á la vida eterna; esta necesidad del espíritu hará siempre del hombre un sér religioso. El gran ministro de la creacion, el sacerdote del templo del universo, recogerá la palabra misteriosa desprendida de todas las armonías de la vida, la oracion inconsciente elevada por todos los séres, y las alzará en los altares del espacio como un holocausto de amor al Sér Supremo. Dios es el bien, la vida, el amor, la verdad eterna. A Dios deben volver su vista todos los séres, porque en nuestro pasado fué la causa de todo, en nuestro presente es el impulso y el movimiento de todo, y en nuestro porvenir será el fin de todo. La voz de Dios llamándonos á lo infinito y á lo eterno en medio de los dolores de lo limitado y de lo infinito, es la idea religiosa, primera necesidad de nuestras almas. Sí, el hombre religioso busca á Dios por todos los espacios y en todos los tiempos, siente su presencia en la naturaleza y la conoce en el espíritu; le ama con el amor santo, con el deseo infinito de la plenitud de la vida; vuelve á Dios sus ojos arrasados de lágrimas, su pensamiento conturbado por la duda; obra, cuando su conciencia está limpia, en intimidad con Dios; y si al bien se inclina en el fondo de toda obra buena, vis-

lumbra la luz de Dios; se une en la idea de Dios á todos los hombres considerándolos como hijos de un mismo padre, como individuos de una misma familia; ve en Dios la Providencia que le gobierna, la salud eterna del alma, la felicidad infinita, en cuyo blando regazo se han embotado un dia todas las espinas del mundo; se identifica con la naturaleza como obra de Dios, y con la humanidad como imágen de Dios; realiza la hermosura, esa eterna armonía; cumple la justicia, dice la verdad; se sacrifica por todas estas grandes leyes divinas, sabiendo que en su vida limitada puede sentir como un reflejo de la vida divina; se abri-llanta y bruñe su alma con la virtud; y en el amor y en la práctica de la virtud, cumplida sin ningun interés, realiza su esencia, cuyo último fin es atraer toda la suma de bienes posible sobre la tierra para continuar, en alas de las ideas, su vuelo á lo infinito. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Pero ¡ah! señores. Lamentémonos profundamente de que la escuela neo-católica, en mal hora nacida, haya hecho de esta idea religiosa, de este sentimiento religioso, eternas leyes de la vida, una argolla para oprimir á los pueblos, un fuego lento para devorar las ideas, un arma emponzoñada para defender los privilegios, algo terreno, mundanal, opuesto á la idea religiosa, que es verdadero espíritu, divina prenda de union de

los hombres con Dios, y de los hombres entre sí; la paz, no la guerra en el espíritu; el amor, no el odio; la libertad, no la servidumbre; la luz, no las tinieblas; la perfección, no el mal; la seguridad de un progreso continuo hacia el cumplimiento del bien y no la desesperación que se asienta á la sombra de la muerte. (Aplausos.) Los dos grandes principios de la religión, los que más profundamente se deben inculcar en el alma, son el amor á Dios sobre todas las cosas, y el amor á nuestros semejantes mayor aún, si es posible, que el amor que nos profesamos á nosotros mismos. Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo, dice la Religión. Y creyendo en la eficacia de estos grandes principios, creo, en contra de la desesperación neo-católica, creo que llegarán todos los hombres á unirse en la creencia de Dios y á amarse con amor divino. Creo que por esa continua elevación de la naturaleza al espíritu por medio del trabajo, y del espíritu á Dios por medio del pensamiento, Dios, la naturaleza y el espíritu vivirán en más íntimas y profundas relaciones, á medida que sea más verdadero el reinado de la justicia. La esencia de nuestra alma es la semejanza con Dios, y el fin de nuestra vida debe ser parecernos á Dios en todo cuanto sea posible, acercar nuestra fantasía á su hermosura, nuestra voluntad á su bien supremo, nuestra razón á su verdad; realizar una vida penetrada de divinos

pensamientos, enrojecida en el ideal divino que se levanta luminoso en nuestro espíritu.

La idea de Dios es la luz de la vida. Por eso la idea de Dios no debe estar aislada en el espíritu, separada de la voluntad, no; debe penetrar en la vida, impulsarla, hermosearla; porque nada más abominable que un espíritu lleno de Dios y una vida llena de mal, una vida que mezcla esa idea de Dios con el asqueroso cieno del mundo. (Aplausos.) No separemos la idea de Dios de la vida, y habremos realizado uno de nuestros más grandes deberes religiosos, y habremos cumplido en bien, verdad y hermosura nuestro destino sobre la tierra.

Pero la vida es también social. La aplicación de la idea de Dios á la vida social nos hará libres, nos hará iguales, nos hará hermanos. El gran principio social es el reconocimiento del derecho del hombre. El gran evangelio social es la reorganización de la sociedad fundada en el derecho del hombre. La sociedad será más cristiana, será más religiosa cuando no haya ni tiranos en su cúspide, ni esclavos en su base; cuando grandes instituciones de caridad, libre, espontánea, hayan extinguido los mendigos; cuando las escuelas fundadas para todos hayan matado esa mendicidad del alma que se llama ignorancia; cuando la guerra muera saciada ya de sangre humana, y el trabajo no sienta sobre sus hercúleas fuerzas

la cadena del privilegio; y el pueblo no se vea perseguido por la sombra de las castas; y las naciones no se llamen rivales sino hermanas asentadas en unos mismos derechos; y el pensamiento no tema las sombras que le oscurecen; y la conciencia se sienta firme en su inviolable seguridad; y todos se amen como iguales en esencia; y nos acerquemos á la unidad que ha ordenado todas las cosas y ha infundido las ideas en todos los espíritus; y proclamemos por padre de toda esta familia humana, por único señor á nuestro Dios que llena los cielos y la tierra. (Aplausos.)

La nueva idea lleva en sí un nuevo universo social, y ahora entramos, señores, en la realización de ese universo de libertad y de paz. ¡Sueño, utopías! dicen los privilegiados del mundo. No lo extrañéis. Casi siempre la utopía de hoy es la verdad de mañana. Sueño llamaban los fariseos á la unidad religiosa del mundo, y ese sueño fué el Cristianismo; sueño llamaban los sabios de la Edad media á la idea de Colon, y ese sueño fué la América, renovando la hermosura del Paraiso en la tierra; sueño llamaban los publicistas del renacimiento á la paz religiosa proclamada por Tomás Morus en su utopía, y ese sueño fué la paz de Westphalia; sueño llamaban los poderosos del mundo á la realización del derecho natural proclamado por los filósofos del pasado siglo, y ese sueño escribió las tablas de 1789 en el Sinaí de la

revolucion; sueño llaman hoy á las ideas de paz, de libertad, de union de toda la humanidad en la justicia, y ese sueño, ¡ah! señores, ese sueño será mañana la democracia universal. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores: yo no puedo despedirme de un público que tan feliz me ha hecho sosteniéndome en mi trabajo, sin participarle mis esperanzas. Es indispensable, sí, indispensable, que para cumplir el bien universal á que aspiramos, no nos desanimesmos ni admitamos el error en la inteligencia, ni el pecado en la voluntad, porque solamente las generaciones puras y virtuosas merecen ser libres. Volviendo los ojos á la vida pasada y compenetrando nuestro espíritu con el espíritu de nuestros predecesores, tan duramente probados en el trabajo de abrirnos el camino al bien, nos fortificaremos, con la confianza de toda la historia, en un esfuerzo continuado por la libertad; y haciendo de nuestra tierra un reflejo del universo, de nuestra alma un rayo de todo el espíritu humano, de nuestra vida una semejanza á la perfeccion suprema, lograremos ver cómo se unen todos los hombres, cual un coro de ángeles, en la misma idea religiosa; cómo se trasfiguran y se hermostean los mundos iluminados por esta felicidad del espíritu; cómo, hundido cada dia más el mal en los abismos, y realizado el bien más espléndidamente en los espacios, alcanzamos á ver

el premio de nuestros grandes trabajos, á ver á Dios, bendecido por los ángeles que no llorarán más nuestros dolores, por los hombres rescatados del mal, por los mundos que ya no llevarán en sí más desterrados, ni regalarán más lágrimas á lo vacío; por la nueva aurora del nuevo día, por todos los seres que al acercarse al reino de Dios, al sentir un vívido soplo como las brisas de una nueva patria, en nuevos cielos, exhalarán un hosanna inmortal, reconociendo en su Creador el eterno bien y la salud universal. He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos y grandes aclamaciones.)

FIN DEL CURSO TERCERO.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE.

CURSO TERCERO.

Leccion tercera.

DECADENCIA DEL IMPERIO, PROGRESOS DEL CRISTIANISMO.

Resúmen de la leccion anterior.—Esperanzas deducidas de la misma decadencia.—La decadencia en la antigüedad y en los pueblos modernos.—Síntomas de decadencia.—Idea positiva é idea negativa del Imperio.—El Imperio.—El regicidio.—Impotencia de los grandes emperadores para salvar el Imperio.—Los elementos sociales.—El senado.—La aristocracia.—La clase media.—El pueblo.—El trabajo en la antigüedad.—El esclavo.—El Cristianismo y el Imperio en sus relaciones con la esclavitud.—La guardia pretoriana.—Los tributos.—Decadencia de la poblacion.—Desesperacion universal.—Ineficacia del sincretismo religioso.—Reaccion de las nacionalidades.—La patria.—El Cristianismo.—El ideal cristiano y el ideal romano.—Propagacion del Cristianismo.—Escuelas cristianas. 1

Leccion cuarta.

FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

Consideraciones sobre nuestro espíritu filosófico.—Decadencia del Imperio.—Elevacion del espíritu por la filosofía.—Espíritu de la filosofía alejandrina.—Ale-

jandro.—Relaciones de la filosofía alejandrina con la idea de Alejandro.—Caractéres de la filosofía alejandrina.—La filosofía alejandrina en sus relaciones con toda la ciencia griega.—El Egipto.—Alejandría. Plotino.—Tendencias de su doctrina.—Método de la filosofía alejandrina.—La dialéctica.—La psicología.—La cosmología.—Su teología.—La trinidad alejandrina.—La filosofía alejandrina y el Cristianismo.—El neo-paganismo.—Los neo-paganos y los neocatólicos.—Estado religioso del mundo antiguo.—Porfirio.—Reaccion pagana.—La magia.—Combate del paganismo y el Cristianismo.—El helenismo.—Ruina del paganismo. 61

Leccion quinta.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO III.

Consideraciones religiosas.—Preparacion al Cristianismo.—La razon y la fé.—Educacion progresiva del género humano.—Aparicion de Jesús.—Presentimientos.—Movimiento religioso en Judea.—El Cristianismo y las heregias.—El Oriente y el Occidente en sus relaciones con el carácter de los padres de la Iglesia.—Tertuliano.—Su doctrina.—La libertad defendida por la Iglesia.—Orígenes.—Su doctrina.—Paralelo entre San Cipriano y San Clemente.—Filosofía cristiana.—Lucha con las heregias.—Las Iglesias y las escuelas cristianas.—Resúmen.—Ideas que funda esta época. 119

Leccion sexta.

LOS PERSEGUIDORES Y LOS PERSEGUIDOS.

Muerte de Roma.—Necesidad de una revolucion.—Profecías apocalípticas.—Ideas que pedian una trasformacion social.—Diversas fases del Imperio romano.—Alejandro Severo.—Juegos seculares.—Crímenes de los Césares.—Caracalla.—Heliógabalo.—Alejandro Severo.—Maximino.—Los Gordianos.—Felipe Decio.—Los treinta tiranos.—Descomposicion del

Imperio.—Emperadores desde Galieno hasta Diocleciano.—Necesidad del Cristianismo.—Los primeros cristianos en sus relaciones con el paganismo.—Las Catacumbas.—Castigos de los cristianos.—Los mártires.—Principales persecuciones. 171

Leccion sétima.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO IV.

Exordio.—Influencia en la idea religiosa de la traslacion de la silla del Imperio á Constantinopla.—Paganismo de Roma.—Caractéres de Bizancio.—Su influencia en la revolucion religiosa.—Gobiernos de Galerio y de Constancio.—Significacion política de Constantino.—Proclamacion de la libertad del culto cristiano.—Incertidumbre de Constantino.—Relaciones de la Iglesia y del Estado.—Lucha de la Iglesia con las heregías.—Arrianismo.—Atanasio.—Concilio de Nicea.—Reaccion pagana.—Causas políticas de esta reaccion.—Causas artísticas.—Juliano.—Idea de Juliano.—Su teología.—Sentido filosófico.—Themistio.—Tendencias humanitarias.—Sinmaco.—Ideas sociales de los padres de la Iglesia.—San Agustín.—Sus doctrinas.—Despedida. 223

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.